

QUE HACER?

BOLETIN DE
ELABORACION PROGRAMATICA

- ★ Enero de 1971:
la herencia del
CORDOBAZO
 - ★ Quién secuestró
a Martins?
 - ★ Quieren lucuma-
nizar Barisso
 - ★ 2 DEAS: el fan-
tasma del Comu-
nismo
 - ★ EL SOCIALISMO
-

febrero 1971 **1**
\$a. 1,20 **1**

SUMARIO

Revolución en el cono sur
Crisis del cordobazo
Cuestión salarial
Huelga política de masas
Lo nuevo y lo viejo
Las salidas burguesas
Fiat y el paro del 29 de enero
La ruptura de la OEA
Secuestro de Martins
Crisis de las carnes
Quieren tucumanizar Berisso
El programa socialista

advertencia

El lector con alguna experiencia política, llevado por natural curiosidad, buscará en nuestras páginas señales o afirmaciones que le permitan ubicarnos en relación con las tendencias políticas hoy actuantes. Las encontrará en abundancia. Preferimos, sin embargo, aclarar las cosas desde el comienzo: somos marxistas, no estamos enrolados en ninguno de los partidos que hoy se reivindican como tales, ni nos consideramos uno nuevo.

A través de este boletín y de todas las actividades posibles luchamos por la unificación en el plano de la política nacional, con el programa de la revolución socialista, de la vanguardia obrera y juvenil que surgió a la luz con el cordobazo. A este sector —al que pertenecemos, por otra parte— nos dirigimos, sus problemas son los que nos preocupan, su opinión es la que nos interesa. Nuestras páginas están abiertas para todos estos compañeros, por lo tanto; sin sectarismos ni falsos "espíritus de partido", sea para el aporte o para la polémica.

Que nos disculpen si esta advertencia, al ahorrar conjeturas, priva de suspense la lectura de las notas que presentamos.

Equipo de redacción

La revolución en el cono sur

El último obstáculo que opone la burguesía y el reformismo al avance de la conciencia proletaria es el pretendido carácter peculiar, "original", de las luchas obreras nacionales. Con esto no se busca otra cosa que hacer abjurar a los obreros de sus deberes internacionales, y oscurecer las perspectivas reales de la lucha de clases. En especial, la situación social y política del Cono Sur es decisiva para el desarrollo político de la clase obrera y para los compromisos adquiridos por la dictadura militar. Si a la crisis del capitalismo argentino le sumamos las perspectivas de agravamiento de la lucha de clases en el Cono Sur veremos que las posibilidades de "democratización" o de un ajuste reformista del capitalismo nacional no son más que una ilusión antiobrera.

El golpe de Onganía del 28 de junio 1966 ocurre a dos años de un golpe reaccionario similar en Brasil. Entre ambos y determinando sus políticas internacionales se ubica la guerra civil Dominicana y la intervención de los "marines". Es en estos años que la burguesía yanqui y latinoamericana se replantea el papel de la OEA y hasta donde llega la efectividad de sus compromisos internacionales. La OEA no había servido para impedir el surgimiento de la revolución cubana, demostrando que todos los compromisos diplomáticos como tales no eran más que papeles a la hora de las definiciones.

Es entonces que los yanquis comienzan a plantear la necesidad de una fuerza interamericana de "paz" que actuará como gendarme internacional y grupo móvil formado a partir

de contingentes de soldados de cada país, fuerza de la cual se reservaban la dirección política y militar. El intento de creación de esta fuerza no raga por la oposición popular que hubiera levantado y además por la negativa de varias burguesías nativas a comprometerse por adelantado a una aventura militar del imperialismo, prefiriendo regatear su participación en el momento adecuado a cambio de suculentos beneficios.

El imperialismo "acepta" este rechazo y se lanza a ordenar sus compromisos militares atento a la nueva situación política que se creaba en el Cono Sur.

La primera mitad de la década del 60 asiste al derrumbe de una serie de experiencias reformistas burguesas por su incapacidad en frenar la crisis capitalista. El destronamiento sucesivo de Frondizi y luego Illia, la victoria reaccionaria en Brasil contra el laborismo de Goulart y el golpe barrientista en Bolivia, obligan a los yanquis a desempolvar una vieja ciencia burguesa germana, la geopolítica. Es obvio que no son los afanes científicos de los yanquis los que motivan esta elección, sino los útiles servicios que le puede brindar.

La geopolítica es una ciencia diplomática y militar que a partir de las distintas divisiones geográficas y estatales se representa porciones enteras de continentes como un gigantesco campo de batalla, en el que algunos sectores geográficos y estatales tienen que jugar el papel de punta de lanza de sus intereses militares. Concretamente, Sudamérica pasa a ser distribuida en dos campos: la costa del Atlántico como zona militar proyectada encargada de contener y "arrojar" al Pacífico a cuanto régimen "rojo" pudiera llegar a surgir. La elección de Brasil y Argentina como gendarmes Sudamericanos no es casual. Son los únicos países del subcontinente que cuentan con reservas industriales, técnicas y militares más o menos suficientes para llevar durante algún tiempo la represión internacional por cuenta propia. Por supuesto que la posibilidad de este aprovechamiento está dado por el sesgo totalitario militar de las burguesías brasileña y argentina.

A partir del golpe de Onganía, el imperialismo y el capitalismo latinoamericano ven como más seguro y eficiente no esperar las "dádivas" militares de pequeñas repúblicas

inestables, sino contar con aliados seguros que tengan como objetivo su preparación militar para una verdadera guerra civil internacional. Antes de la segunda guerra mundial, la geopolítica tenía como objetivo hacer coincidir las fronteras militares con unidades diplomáticas y estatales independientes que jugaran a favor o en contra según los casos, y además trazar una estrategia para la utilización en las negociaciones de los llamados estado "tapón", los llamados "corredores" o las ciudades "libres". Estas eran piezas de un gigantesco tablero de ajedrez que se entregaban o remontaban según las necesidades diplomáticas y militares. Pero luego de la segunda guerra, la geopolítica empieza a preocuparse no por las fronteras estatales sino por las llamadas fronteras ideológicas o "internas". El avance de la revolución China, cubana y vietnamita, y del ejército soviético en los países del este europeo obligaban a dividir el mundo en zonas ideológicas o según su carácter de clase. En el Cono Sur el avance brasileño o argentino sobre los países del Pacífico, se darían con determinadas punta de lanza o quintacolumnas antiobreras. Las selvas del oriente peruano permitirían el desplazamiento de una lucha guerrillera contrarrevolucionaria; en el caso de Bolivia los departamentos limítrofes con Brasil, el Alto Beni zona de reciente colonización, o sea, con colonos que van a "hacer su América" y el departamento de Santa Cruz con sus viejos y renovados intereses separatistas y con un fuerte desarrollo del capitalismo privado (minería mediana, agricultura), y en el caso chileno toda la franja que se extiende desde Santiago a Concepción y Temuco. (es una zona de capitalistas agrarios anti-Allende) que ofrece a una aventura militar reaccionaria la posibilidad de cortar al norte chileno de sus zonas de provisión de acero y carbón, que cuenta con pasos cordilleros más bajos; todo esto va configurando la nueva geopolítica para el Cono Sur.

Los compromisos militares argentino-brasileños se remontan a la época del fracaso de la pretendida fuerza interamericana cuando Onganía era comandante en jefe. El primer acuerdo ante el auge de las luchas uruguayas trataba de poner un dique de contención al avance proletario por cuenta y riesgo propios visto la ineficiencia de la OEA para estos objetivos. Un paso más se dio con el apoyo en armas y medicamentos al ejército boliviano en la lucha antiguerrillera del 67; y la complicidad argentina en el golpe militar peruano. Sin embargo los hechos más significativos son los más recientes.

Según declaraciones de Julio Alsogaray, anterior comandante en jefe, el ejército argentino había llegado a claros compromisos militares chilenos, para frenar las posibilidades del ascenso de la Unidad Popular en forma preventiva, o sea, derrocar a Frei antes de las elecciones pasadas. Si bien no derrocaron a Frei en espera que el reaccionario A

lessandri les resolviera el problema "pacíficamente", hay dos hechos posteriores que demuestran estos compromisos. En primer lugar, en el asesinato del general Schneider estuvieron complicados varios generales con mando de tropa en la época de Frei, y además los diarios "El Siglo", "Clarín" y "Puro Chile" todos chilenos, denunciaron la ingerencia de Lanusse en el asunto Schneider. En segundo lugar, porque es por demás sugestivo que todos los arsenales reaccionarios que descubre el gobierno de Allende estén ubicados en haciendas sobre la frontera argentina, en las franjas de más fácil acceso y menos sometidas a ojos indiscretos como el norte de Neuquén. Por último, apenas realizadas las elecciones en Chile, comenzaron maniobras militares de alta montaña en la provincia de Neuquén a las que asiste el mismísimo jefe Chileno de la zona militar limítrofe con la Argentina.

Estos miserables compromisos no son más que una manifestación del control militar-estatal de la vida política interna y externa de la Argentina. En los últimos meses los altos mandos argentinos han sido los verdaderos portavoces de la diplomacia nativa. El viaje de Lanusse a Estados Unidos (visitó al jefe de Estado Mayor y al secretario para asuntos latinoamericanos) y al Perú, luego de las elecciones chilenas no tenían otro sentido que rediscutir la situación creada y buscar la participación peruana en una aventura antichilena.

La participación militar peruana (sugerida por la revista "Time" del 19 de octubre) es una pieza política clave. La aureola "nacionalista" y "antimperialista" del gobierno burgués peruano lo haría más potable a los ojos de los sectores populares más atrasados que una ingerencia abierta de los yanquis, esto para sorpresa de stalinistas e izquierdistas "nacionales" que ven en Perú una pretendida revolución antimperialista.

También Lanusse tuvo una directa ingerencia en la intentona Miranda en Bolivia. Esta servía a un doble fin: aplastar al proletariado boliviano -lo que hubiera servido como experiencia piloto para la propia Argenti

na- e instaurar un gobierno cuasi-fascista que hubiera agravado los conflictos fronterizos con Chile para montar una provocación antiallendista.

Por último el reciente enviado de la diplomacia militar argentina, López Aufranc, llegó a un compromiso con el ejército brasileño y con delegados del "muñeco" Stroessner para "unir a las fuerzas armadas argentinas y brasileñas en la lucha contra quienes, por medio de la violencia o de elecciones, pretenden romper las tradiciones democráticas" (Jornal do Brasil, 21-10-70).

Esta "amplitud" de miras del capitalismo latinoamericano -incluye las elecciones- demuestra que para la burguesía no es preferible el "método" pacífico de las elecciones al método violento. Si ambos significan triunfos proletarios de importancia, es sabido que tarde o temprano desembocarán en una prueba de fuerza entre capitalistas y obreros, en una guerra civil. Es esto lo que buscan liquidar junto con sus eventuales desenlaces anticapitalistas.

Estos compromisos no son producto del "antipatriotismo" ni de la pérdida de las "puras tradiciones sanmartinianas", como gusta decir al PC. Es insostenible para el capitalismo argentino, en primer lugar, y americano en general, un desenlace de guerra civil revolucionaria en Bolivia o en Chile. Si el proletariado argentino ya ha sentido el impacto del triunfo proletario chileno -electoral y parlamentario- cuanto más va a influir en él una crisis revolucionaria en los países limítrofes.

Este verdadero plan conspirativo capitalista impide, aunque no solo por esto, a la burguesía y al ejército argentinos otorgar concesiones democráticas efectivas al proletariado argentino. Las fuerzas armadas no pueden supeditarse a un Parlamento que controle y disponga de los compromisos exteriores del país, que vote o revoque las intervenciones militares o que desaprobe las partidas presupuestarias destinadas a esos fines. Por otra parte, es inconcebible una intervención militar y elecciones al mismo tiempo. Las simpatías allendistas del proletariado argentino y la utilización de conscriptos criollos como carne de cañón imperialista harían trizas en una elección, por más regimentada que sea, a los partidos de la guerra.

El papel de gendarme exterior es incompatible con el de "demócrata" interno. La razón

nás de fondo es que una intervención militar colocaría al proletariado argentino en un terreno extraño al peronismo. La política de "unidad nacional", antisolidaria y anticomunista en lo externo, del peronismo, educaron a la clase obrera argentina en una conciencia "de la propia suficiencia" de la Argentina como nación aparte. Una intencionalidad militar lanussista obligaría al proletariado a definirse ante sus deberes internacionales y estamos seguros que la "conciencia de la unidad nacional" llevaría las de perder. Esta desperonización en un terreno de tanta importancia va a obligar al capitalismo y a sus militares a liquidar cualquier rasgo de vida democrática como condición imprescindible para operar "allende los Andes".

La noche de las elecciones chilenas, la presencia de radios a transistores en los bares fué solo comparable a los partidos internacionales de Estudiantes. A partir de aquí la situación chilena comienza a jugar un papel semejante al de la revolución cubana en su momento, pero con la ventaja de que esta situación se produce en pleno período de huelgas políticas de masas en la Argentina. El "allendismo" comienza a aparecer como una alternativa más o menos confusa a las salidas peronistas, aparece como un gobierno que de alguna manera, pero mejor que el peronismo, expresaría las necesidades obreras. Además al ser producto de elecciones, del voto obrero, aparece como una variante más de clase, más centralizada por ella, que la salida "peruanista", producto directo de un golpe militar. No es casual entonces que el PC argentino comience a utilizar la situación chilena como prueba de la pretendida justeza de sus posiciones y a lucrar en beneficio propio con lo de "Chile es el camino del pueblo argentino". Idéntica actitud repite el PC uruguayo tratando de forjar un frente popular para las elecciones de este año.

Al margen de los objetivos golpistas y pro burgueses que persigue el "Encuentro de los Argentinos" -que analizaremos en otro lugar- pretender reducir el significado de una variante frentepopulista a sus objetivos golpistas inmediatos es pecar de miopía política, como han hecho algunas tendencias de izquierda. Este "encuentro" fue gestado como una alianza menor del PC con algunos sectores burgueses con objetivos "constitucionalistas" ultralimitados antes de la caída de Onganía. Si ahora el PC lo hace con bombos y platillos poniéndolo como eje de su activi-

dad no es más que por la influencia del triunfo proletario en Chile y, por supuesto, para apurar el golpe.

El PC y su "Encuentro de los argentinos" dista mucho de ser la expresión partidaria de ese "allendismo". La escasa significación de masas del stalinismo y el curso reaccionario de la burguesía "nacional" han convertido al "Encuentro" en un rastrerismo hacia objetivos burgueses limitados (ni siquiera se define claramente sobre la lucha salarial).

No caben dudas de que la crisis de la sociedad chilena va a ser resuelta por la guerra de clases revolucionaria y no por el desplazamiento de la composición del Parlamento y es por esto que lo que pueda cosechar el PC en la actualidad lo va a perder cuando muestre su hilacha reformista en el momento que en Chile las cosas pasen a mayores. Pero los que para Chile van a ser grados en el desarrollo concreto de la lucha de clases, para el proletariado argentino van a ser etapas en el desarrollo masivo de su conciencia política. Lo mismo podemos decir de un desmoronamiento revolucionario de la situación boliviana. Una reedición mayor de la casi prácticamente guerra civil desencadenada en octubre pasado, una reedición que termine en la formación de organismos obreros de poder armado frente al gobierno burgués va a ser una incisión profunda en la conciencia obrera argentina. Es natural entonces que el capitalismo argentino, a través de aventuras militares, lo que busca es proteger sus propias espaldas. Cuando en el caso uruguayo se pase de la actual lucha de terror político a una lucha abierta de clases entre el actual gobierno dictatorial y por imponer el respeto a los resultados electorales de noviembre próximo, también esto va a hacer mella en la lucha de clases en nuestro país.

Toda la situación en el cono sur no puede más que reflejarse en un agravamiento de la lucha de clases en nuestro país. Por un lado una fascistización creciente de la burguesía argentina y el intervencionismo militar directo con todas sus secuelas antidemocráticas internas. Por otro lado, un avance en la conciencia política obrera a través de la educación masiva que va a significar el desenlace de la lucha de clases en países limítrofes.

Los que como el PRT se ilusionan ahora con "salidas democráticas" del gobierno argentino haciendo caso omiso de la situación latente

te de guerra civil en el cono sur, pero que hace tres años se llenaban la boca con que el cono sur era el centro revolucionario por que el castrismo había elegido Bolivia como centro guerrillero, cuando hace tres años no había habido cordobazo en la Argentina ni Allende en Chile ni una casi insurrección obrera en Bolivia, los que así razonan no hacen más que ocultar al proletariado argentino la envergadura de sus próximas tareas internacionales.

La crisis del cordobazo no ha sido resuelta

A veinte meses del cordobazo, de vigencia política de la huelga de masas (sea por su presencia directa, sea por sus repercusiones) el eje de la lucha de clases en la Argentina sigue siendo el mismo que en el origen de este período: la carencia de una dirección proletaria, socialista y revolucionaria, y de envergadura nacional. Alrededor de este problema crucial giran todas las cuestiones reivindicativas y planes políticos que hacen a la lucha de clases.

Cabe entonces precisar en qué consiste esta nueva dirección. Debemos comenzar por señalar lo que no es. No es una "nueva dirección para la lucha" que tenga como objetivo montar una mayor presión sobre la dirección cegetista para sacar planes de lucha, pero que al mismo tiempo apoye una salida electo-

ral, por supuesto, con "plena independencia de clase" (La Verdad) que se expresaría en candidatos cegetistas. No es una "entente" de sindicatos electorales y populistas que sirva como correa de transmisión en el movimiento obrero de frentes democráticos o populares (PC, Tosco) ni una "entente" de sindicatos paralelos creados artificialmente a través de la hostilidad ultra hacia la burocracia (VC, PCR).

No es una dirección de "transición" que se constituiría como un frente único de tendencias que "formalmente" discrepan o son independientes de la burocracia cegetista, con un programa metodológico (PO). No es tampoco un frente de organizaciones terroristas que vaya librando una guerra de desgaste con la policía y luego con el ejército. Menos aún lo son presuntos frentes nacionalistas, democráticos o populares. Todas estas variantes las analizaremos con más detenimiento en esta y otras notas que le seguirán.

Esta dirección proletaria consiste en la unificación tras un programa de poder proletario, socialista, de todo el bloque de fuerzas obreras que estuvo en el origen y la organización del cordobazo, y que expuso a la luz pública su acta de nacimiento con el paro del 1º de julio de 1969 saboteado y carnerado por la inmensa mayoría de la burocracia sindical y que determinó solo en Buenos Aires que parara el 60% del proletariado. Esta unificación no puede ser otra que una unificación programática que dé una respuesta socialista a todas y cada una de las cuestiones nacionales y obreras, una unificación que demuestre que en el fondo de la supervivencia actual del capitalismo no está la carencia de distintos métodos, distintas formas de organización o distintas tácticas de lucha. Esto importa, pero el problema crucial consiste en cambiar de raíz los objetivos políticos globales que persiguen los distintos sectores del proletariado argentino, comenzando por el objetivo número uno: el objetivo de poder. Todas las salidas deben ser erradicadas por la clara necesidad por parte del proletariado de su propia dictadura, la clarificación acerca de la nueva forma de organización social a la cual debe y es necesario que aspire y acerca de la lucha obrera que conduce a ese objetivo.

Se trata de que el socialismo revolucionario se convierta en una nueva corriente programática nacional como lo fue el anarquismo el comunismo stalinista y el peronismo (al margen de su mayor o menor miseria ideológi-

ca y capitulación política). El proletariado argentino no carece de métodos más duros o más "de clase" sino de objetivos políticos definidos y anticapitalistas. En la raíz de los déficits de la huelga política de masas actual, detrás de la mayor o menor envergadura de la lucha salarial, está la falta de tradición socialista revolucionaria y de una tendencia nacional actual que la represente.

Cuando en los primeros años de este siglo la fracción leninista de la socialdemocracia se propuso como objetivo la unificación de todos los círculos obreros locales en un único partido obrero revolucionario, habían pasado diez años durante los cuales el marxismo había dado la batalla, con éxito, a todas las corrientes no proletarias, en especial los populistas. Esto determinaba que la mayoría de los círculos obreros locales que surgían proclamaran desde el vamos sus objetivos socialistas, o sea, sus objetivos de una sociedad anticapitalista. No es esta la situación de la lucha de clases en nuestro país. Veinticinco años de peronismo y cuarenta y cinco de stalinismo educaron a las generaciones obreras en el reformismo. Hasta la primitiva tradición anarquista anti-Estado burgués desapareció con el predominio de estas tendencias.

La nueva dirección proletaria, para la lucha por el poder obrero y para la lucha de todos los días, debe comenzar como surgieron todas las tendencias masivas del proletariado revolucionario que la precedieron: definiendo su posición de clase frente al Estado, al capitalismo y la burocracia sindical, frente a las tendencias más o menos mayoritarias que luchan con el capitalismo (peronismo, stalinismo, tercermundismo) y definiendo su propio Estado y su propia organización social. Los obstáculos principales que va a enfrentar la lucha proletaria no se reducen al mayor o menor peso de la burocracia en las luchas fabriles. Estas últimas van a depender de cómo resuelva el proletariado las agudas que la burguesía pretende imponerle: una electoral "a la brasileña", un golpe nacionalista "a la peruana", y llegado el caso un frente popular como en Chile.

Con la crisis del capitalismo las cuestiones de todos los días se resuelven según lo que piense el proletariado y su vanguardia del Estado, de la ganancia capitalista y de la propiedad privada. Que las luchas cotidianas se transforman en políticas, o mejor dicho, que sean políticas, no significa otra

cosa que lo que está a la orden del día son las cuestiones anteriormente señaladas. Tanto en el cordobazo como en el rosario está presente la cuestión de qué formas de poder deben suceder a la ocupación proletaria de las ciudades, en el tuco-manazo está la cuestión de quién decide sobre quién es preso, y quién no lo es, en el conflicto de Codex, la libertad de prensa burguesa o la libertad de los obreros para expresar como quieran sus ideas, en el Swift la cuestión de qué se hace con la ganancia capitalista y quién decide en materia de carnes, el Estado burgués o la clase obrera.

Si insistimos en esto es porque creemos que la lucha proletaria pasa hoy en día, por el respeto al Estado burgués (con mayor o menor desconfianza) o la lucha por el objetivo de consejos de trabajadores como forma de poder y de todas las formas de organización de la lucha actual íntimamente ligadas con ese objetivo. Lo que está en juego en estos momentos no son métodos o tácticas de lucha, está en juego el carácter que tiene y tendrá el movimiento proletario, un carácter pequeño-burgués que con métodos más o menos duros persiga objetivos compatibles con el capitalismo o un carácter proletario y socialista que haga que luche por un nuevo orden social.

La cuestión salarial

Si tomamos la cuestión salarial no es solo a título de ejemplo de que decimos, sino porque los enunciados de Ferrer sobre salarios y paritarias abren paso a una expropiación aún más profunda de la economía obrera. La CGT está de acuerdo con el gobierno y con los capitalistas en la cuestión de fondos: los salarios son los que determinan los precios de las mercancías. Unidos con esta teoría se unen a la "santa cruzada" contra la inflación ... de los salarios. Para la mayoría de los que critican la capitulación cegetista, los precios aumentan porque los monopolios tienen la "manija" de la economía y por lo

tanto con esa "manija" hacen lo que quieren, por ejemplo, PO. Contraponen a esta situación, la época de la libre competencia en que según ellos, los burgueses se disputaban al consumidor obrero y por esto no aumentaban los precios de las mercancías cuando crecían los salarios. Esta posición se reduce a sostener lo mismo que la CGT, cuando esta habla de los "monopolios internacionales encaramados en el gobierno". Con la libre competencia, los capitalistas "hacen de tripa corazón" y se aguantan el aumento salarial sin trasladarlo a los precios; en cambio, los monopolios como tendrían el negocio asegurado, desde el comienzo, cumplen con la "teoría" trasladando el aumento salarial a los precios, claro que de esta forma todo aparece como producto de la "maldad" capitalista.

Libre competencia y monopolio

Para el marxismo, en líneas generales, todo aumento de salarios al incrementar la masa de dinero en los bolsillos obreros, provoca un aumento en la demanda de bienes de consumo personal (alimentos, ropas, etc.). Este aumento en la demanda al volver más codiciados a esos bienes hace que los precios aumenten, aumentando a su vez la tasa de ganancia de los capitalistas dedicados a la producción de aquellos bienes (agrarios, agrotransformadores, textiles, artículos para el hogar). Este aumento en la tasa de ganancia de este sector atrae a los capitales anteriormente invertidos en aquellas ramas de la producción en que el aumento salarial sólo representa un menor beneficio para el capitalista y no mayores ventas.

En especial, esta situación afecta a aquellos sectores dedicados a la producción de bienes de consumo individual pero alejados de la economía obrera según sea el nivel de vida proletario en un período determinado (en algunos casos excluiría a los autos, en otros no). La reducción del beneficio se da en este sector por el aumento salarial que le corresponde, por la baja relativa de sus ventas y por los mayores gastos de los capitalistas en el consumo de aquellos productos

que forzosamente coincide con el obrero. Esta baja provoca una emigración del capital y luego del trabajo hacia el sector que vio aumentada su tasa de ganancia. La entrada de nuevos capitales que se invierten determina un aumento en la oferta de mercancías de ese sector, se equilibra con la nueva demanda y los precios tienden a bajar. El resultado general de este proceso es el de una baja general para todos los capitalistas en su tasa de ganancia. Adicionalmente, la inversión en medios de producción también baja, porque al reducirse la tasa de ganancia es menor la demanda de los capitalistas en equipos y maquinarias.

Esquemáticamente así funcionaba el capitalismo de libre competencia y así funciona el actual. Esta baja en la tasa de ganancia producto de la lucha salarial, vino a reforzar una tendencia más de fondo, la fundamental del capitalismo, que consiste en que con el incremento de la productividad del trabajo y con los adelantos técnicos, tiende a reducirse relativamente la utilización de trabajo humano en comparación con la inversión en máquinas. Como la tasa de ganancia depende de la proporción en que se utilice el trabajo a salariado (ya que la ganancia se extrae del trabajo no retribuido al obrero), esta reducción relativa provoca la tendencia histórica a la baja de la tasa de ganancia. Esta baja unida a las necesidades de la producción a grandes escalas para satisfacer la ampliación del mercado mundial llevó al hundimiento de pequeñas y medianas empresas. Con esto aparece el capitalismo de los monopolios. Los monopolios implicaban la apropiación de grandes mercados, para compensar con grandes ventas la baja en su tasa de ganancia.

La apropiación monopolística de mercados y ramas de producción no forzosamente impide el libre movimiento de capitales. En general nada prohíbe que se pueda invertir en tierra ganado, alimentos o autos. Ver sino la evolución de los precios en los países desarrollados. Fue notoria la reducción en su valor y relativamente rápido el traslado de aquella a los precios.

Por qué no sucedió lo mismo en la Argentina? Luego de la crisis mundial de los años 30, comienza un progresivo retroceso del capitalismo argentino en el mercado mundial. La forma de inserción del capitalismo nacional era a través de bienes que hacían directamente al consumo proletario (carne, cereales). Este retroceso, y el derrumbe de pre-

cios en los mercados mundiales por las políticas defensivas de los países imperialistas, implicó una disminución relativa de mercados que condujo a un reforzamiento de la tendencia a la baja en la cuota de ganancia. La producción agraria e industria de productos agropecuarios se ha vuelto poco rentable y esto ahuyenta nuevas inversiones en estas ramas de producción pese a los aumentos salariales habidos en los últimos 30 años.

De esta forma, la oferta de alimentos no crece hasta compensar la demanda. Con el capitalismo de libre competencia los precios aumentaban, pero transitoriamente. En la época de capitalismo monopolista en crisis, en la Argentina, eslabón débil de la cadena del comercio mundial, aumentan en forma definitiva.

Vemos que si los precios se mantienen, y la oferta no crece acorde con las necesidades del mercado interno, no se debe a pequeñas triquiñuelas capitalistas por el hecho de tener la "manija". Desde ya que la manija permite triquiñuelas y negociados. Pero lo decisivo es que la ganancia capitalista es la que decide qué se va a producir, la propiedad privada sobre los capitales y la propiedad privada en las decisiones es la que orienta la marcha de la economía. Extrás de la carestía está la propiedad privada, el capitalismo.

La "revolución argentina" vino a "liquidar" esta situación (baja en la tasa de ganancia), frenando la lucha salarial para obtener dos objetivos. El primero consiste en reducir la tendencia a la baja en la cuota de ganancia capitalista, no sólo impidiendo aumentos sustanciales, sino tratando de recuperar posiciones perdidas por el capitalismo con el avance del nivel de vida proletario, que consiste no sólo en más alimentos y ropas sino en diversificar y ampliar su consumo personal. El precio de las mercancías no se forma sumando el salario del obrero, más lo gastado en máquinas y materias primas, más un porcentaje sobre todo esto que sería la ganancia del capitalista. En general, el precio de las mercancías expresa su valor, y como este mide por la cantidad de trabajo humano acumulado y vivo que fue necesario para producirlas, esta cantidad se divide entre el capitalista y el proletario, en forma de dinero.

El precio de las mercancías no puede ser aumentado a su antojo. Por ejemplo, si el vi-

no común aumentara de 95¢ a 300¢, en un corto tiempo se reduciría el precio porque disminuirían las ventas a favor de la cerveza, por ejemplo, o porque todos producirían vino aumentaría la oferta y el precio disminuiría nuevamente. Al capitalista no le queda otro "remedio" que rebajar el salario obrero, aumentar la jornada de trabajo o incentivar el esfuerzo de los obreros, para incrementar su cuota de ganancia.

El segundo objetivo buscado por la dictadura militar al congelar los salarios era abrir la canilla para que los capitales emigraran de aquellos sectores más ligados al consumo personal (frigoríficos, agrarios, textiles, azúcar, confecciones) hacia los sectores más concentrados y ligados a innovaciones tecnológicas o más rentables (construcción, química, electrónica, etc.). Estos son los que controlan el Estado argentino. El incentivo para este movimiento de capitales de una rama de producción a otra es la escasa rentabilidad de los sectores ligados al consumo popular. El "desarrollismo" se ha realizado mostrando la cara antiobrero de su "nacionalismo".

El nivel de vida obrero

Al reducir la oferta de una serie de artículos de consumo popular, restringiendo el acceso obrero a ellos el capitalismo trató de rebajar el valor de la fuerza de trabajo. Esta se determina por el valor de los artículos y servicios necesarios para el obrero y sus hijos. Si estos artículos se encarecen, a la larga se incorporan los nuevos valores al salario obrero. Pero si su oferta se reduce apuntando a excluirlas de la llamada canasta familiar lo que se busca es una depreciación forzosa de la fuerza de trabajo, reducir el salario llamado real y aumentar así la cuota de ganancia. Con la dictadura, el capitalismo avanzó sobre las necesidades sociales de la clase obrera y luego sobre la calidad y cantidad de los consumos "físicos".

Como vemos la cuota de ganancia no es algo fijo o decidido arbitrariamente. Es un producto de la lucha salarial y de sus resultados y de la lucha obrera por enriquecer su

vida aumentando la variedad y cantidad de sus consumos. El marxismo hizo tabla rasa de la llamada ley de bronce de los salarios que afirmaba que con el aumento de la población obrera, la oferta de trabajo crecía continuamente y por ende el salario tendía a coincidir con el mínimo fisiológico para sobrevivir. Con la urbanización y el desarrollo capitalista, el proletariado aspira a nuevas necesidades sociales y culturales que por hábito y costumbre se incorporan a su nivel de vida. Una ropa variada, un televisor, discos, espectáculos, son tan necesarios para el obrero moderno como los alimentos. Busca incorporar estas adquisiciones sobre la riqueza social a su salario, y para esto tiene que luchar por aumentar la parte de su trabajo retribuido. Las costas del trabajo no retribuido apropiado por el capitalista bajo la forma de ganancia. No hay un mínimo fisiológico sobre el cual medir la pauperización de la clase obrera. Un obrero sin artículos para el hogar es un pauperizado aunque coma carne todos los días. Pensar lo contrario por parte de los que se llaman revolucionarios es suponer que ciertas "comodidades" y necesidades espirituales son atributos de burgueses o de intelectuales radicalizados.

En este sentido es que denunciemos todos los cálculos conocidos sobre el nivel de vida de los obreros argentinos. El gobierno, la burocracia y la izquierda calculan la baja del salario real en base a la canasta familiar compuesta por 285 artículos y 15 servicios según una encuesta oficial en una familia obrera en el año 1960. Según este esquema y según cálculos propios el costo de vida desde el plan de Krieger hasta la actualidad trepó en un 42% y los salarios promedio para oficiales y operarios en un 33,5%. Haciendo una simple resta hay un empobrecimiento del 8,5%, o sea, que si hace 4 años se compraban 100 artículos, en la actualidad se compran 91 ó 92. Si a esto agregamos un crecimiento de la riqueza social para esos años de un 16%, el empobrecimiento llega hasta casi una cuarta parte en relación a lo que se podría comprar en la actualidad si los salarios hubieran aumentado igual que el costo de vida y en relación al incremento de la riqueza nacional. Si a esto le agregamos una estimación para el presente año de un 30% de incremento en el costo de vida frente a un aumento previsto del 16% en salarios y un 6% en la productividad, el empobrecimiento total llegaría en cinco años a un 45% y el absoluto a un 22,5%.

Se trata entonces solamente de exigir un aumento de emergencia del 45 o 25% según se estime el empobrecimiento obrero? No estamos por supuesto en contra de ningún aumento salarial (20.000, 40%) pero la cuestión para resolverse dista mucho de un planteo de aumento.

Todos calculan el empobrecimiento obrero suponiendo que su consumo no cambió en absoluto en diez años. La canasta familiar sobre la que se calcula ese empobrecimiento es el consumo de una familia obrera completamente marginada de todo tipo de satisfacciones que no tengan que ver con su supervivencia física, y aún en esto está distorsionada. En esa canasta familiar no se incluye la inmensa mayoría de los alimentos en conserva, cuando la extensión de los supermercados incrementó el porcentaje de estos alimentos en el consumo popular, al margen de la mayor facilidad que ofrece para la mujer obrera. No incluye todas las nuevas variedades en materia de vestimenta, en especial fibras sintéticas. Parece que esto es un derecho de "niños bien" a los que no podría aspirar un joven obrero; excluye el viaje en tren suburbano (!), excluye toda clase de espectáculos, excepto el cine; excluye todo artículo de belleza para la mujer obrera (parece que la belleza es un atributo la burguesía), y por último, pero fundamental, no incluye ningún artículo para el hogar (heladera, lavarropas, televisor, tocadiscos, radio, etc.), ni vacaciones ni ningún medio de locomoción propio (ni siquiera una bicicleta).

Suponer que el empobrecimiento es sólo fisiológico y que no abarca estas necesidades sociales vitales de los obreros es un insulto y una arrogancia de clase frente a estos. Además con la suplantación de viejos artículos (hielo, carbón) por nuevos, el precio de aquellos que han caído en desuso han subido relativamente menos que el de los nuevos artículos y servicios, lo cual supone una distorsión total en los cálculos de empobrecimiento completamente favorables para los capitalistas.

El punto de vista proletario y socialista ante la cuestión salarial no se reduce a un aumento ni a una ingerencia sobre los precios. Hay que imponer la expropiación de toda empresa agraria e industrial ligada al consumo popular y la asignación de los recursos del presupuesto nacional para aumentar

su oferta acorde con las necesidades populares y su productividad para rebajar los precios. Junto con esto la escala móvil de salarios, el reajuste automático de los mismos según el incremento en el costo de vida, escala controlada y decidida por los sindicatos según encuestas propias y mensuales que reflejen el incremento de los precios y las variaciones en el consumo popular.

No somos ni queremos ser apologistas de la miseria obrera. Este triste papel se lo dejamos a puritanos cristianos, marcusianos y obreristas. La clase obrera ha desarrollado mal que le pese a la burguesía su propio nivel de vida, nivel de vida que hay que respetar e incrementar so pena de descomposición moral y material del proletariado. El socialismo no consiste en repartir la miseria sino en llevar a la humanidad trabajadora a un nivel de vida humanizado jamás visto antes.

Huelga política de masas

El cordobazo y los levantamientos similares que le siguieron no han sido un nuevo método incorporado a las luchas obreras. Como "método" tiene un precedente: la Semana Trágica de 1919. El cordobazo ha constituido el inicio de una etapa definida por parte de gruesos sectores proletarios del interior como de repudio al intervencionismo estatal, conciliador y a las sucesivas traiciones burocráticas. Como tal refleja un estadio de la conciencia política obrera, una madura-

ción política de hostilidad al dominio totalitario de la dictadura militar sobre todos los órdenes de la vida social y política nacional. Hostilidad que se ha ido formando por los innumerables agravios de todo tipo del capitalismo y su dictadura a la condición obrera. Es esta hostilidad política lo que ha vuelto explosivo las luchas fabriles, mal llamadas económicas, en especial en Córdoba, pero también en otras zonas de la Argentina. Cuando la ocupación de Fiat Concord se transforma en un problema nacional, cuando la dictadura propone la ofensiva militar contra los obreros y luego tiene que retroceder con una "intimidación" a la patronal, no está mostrando el carácter explosivo de las luchas económicas. Años atrás el despido de 7 obreros o de 1.000 pasaba en muchos casos sin pena ni gloria, y no merecía su tratamiento a nivel presidencial. Por el contrario, los despidos y la posterior ocupación de Fiat llevaron a seis fábricas a salir a la calle en manifestación repudiando la medida patronal. Detrás de esto hay un determinado grado de conciencia política obrera, de hostilidad a la dictadura y deseo de derrocarla. Esta es la politización que está en los orígenes del cordobazo y que a su vez llegó al conjunto del proletariado. Al mismo tiempo la huelga política de masas mostró un camino perfectamente accesible a las masas obreras, un camino que rompía el anquilosamiento y el aislamiento de las estructuras sindicales para ya en la calle llamar activamente al apoyo de la población explotada. El camino que mostró cuál era la forma de batir la policía, de voltear a un gabinete y en el futuro de cambiar un régimen social.

En los orígenes inmediatos y locales de la primera huelga política de masas, el cordobazo, hubo verdaderos agravios salariales y sociales a la clase obrera. Una seguidilla de aumentos que enervaron aún más el costo de vida, y la derogación del sábado inglés comportaban un deterioro salarial y una prolongación de la jornada laboral. El aumento draconiano en los impuestos a la propiedad de la vivienda y la supresión de los turnos nocturnos en la enseñanza deterioraba aún más la condición social de un cierto sector proletario. Pero los orígenes reales, políticos, son otros. En 1965 la huelga de Fiat fue la primera luego de un largo retroceso que incorpora claras consignas antiimperialistas a sus movilizaciones. El 28 de junio del 68 los obreros de IKA defienden a tiros contra la policía su derecho a la huelga. La ocupación del centro de Rosario una semana

antes del cordobazo mostraba la posibilidad de una acción de mayor envergadura que ocupara literalmente toda la ciudad. De esta maduración política de un sector de vanguardia obrera que no es representada por ninguna tendencia con anterioridad (con esto no negamos la participación de activistas ligados a tendencias de izquierda). Son los objetivos políticos de esta vanguardia obrera los que van a definir en buena medida el curso del cordobazo. El cordobazo, su vanguardia no se proponía batir a la policía, tomar el control de la ciudad e instaurar, aunque provisoriamente, formas sociales y democráticas de poder obrero. Fue el programa político de la vanguardia obrera cordobesa, ajeno a la burocracia y a la dictadura, pero ajeno aún al socialismo y a la dictadura proletaria lo que determinó el curso de los acontecimientos. Ese programa implicaba dismantelar todas las tentativas estatales y participacionistas de coartar a los obreros y resquebrajar la rígida política de congelamiento salarial impuesta por Krieger. Desde ese punto de vista, los objetivos políticos del cordobazo fueron logrados por completo. El participacionismo se hundió definitivamente con Onganía como forma estatal específica, y se obtuvieron una seguidilla de pequeños aumentos salariales en los dos últimos años que sólo sirvieron para que no nos muramos demasiado rápido de hambre.

Esta experiencia fue decisiva para la maduración política de la vanguardia obrera. La intervención obrera directa en la lucha callejera ahuyentó a los partidos burgueses (durante el cordobazo), pero luego que la agitación callejera pasó, los partidos burgueses volvieron a reclamar los favores de los obreros. La condición para que esto no sucediera era provocar un salto político, objetivo, real, durante el cordobazo. La constitución de Córdoba ocupada de formas de poder obrero, aunque luego fueran barridas por el ejército, era lo que realmente iba a condenar al ostracismo a los partidos burgueses (incluido el peronismo) en la conciencia de los obreros. La formación de una conciencia obrera revolucionaria pasa por estos saltos decisivos de la lucha de clases. El proletariado puede retroceder una y mil veces, y mientras no tome el poder esto es inevitable. Pero la conciencia obrera depende de los picos más altos alcanzados en la lucha de clases. Luego de 1907 en Rusia, el proletariado inicia un retroceso de 7 años que comenzó a liquidarse la primera guerra mundial. Pero en 1917, los

obreros comenzaron por donde habían terminado los Soviets. Como toda conquista revolucionaria, la de 1905 fue pasajera y no una etapa institucional a la cual siguieran otras. Fue una etapa en la conciencia obrera.

El cordobazo liquidó una variante burguesa de salida política: el participacionismo. Liquidó a la congelación estricta de los salarios e incorporó el paro activo al arsenal de los métodos de lucha del sindicalismo argentino. Sin embargo no ha impedido la inten-

tona de salida electoral antiobrero y antidemocrática de Lanusse dió pie a una seguidilla de pequeños aumentos salariales que son una burla a la economía obrera, y el paro ordenado, digitado y saboteado por la burocracia no es ninguna garantía siquiera para la continuidad de las luchas obreras. Que la situación haya degenerado así no es más que la muestra de la crisis en que ha entrado el período iniciado por el cordobazo, prueba que se están cerrando las posibilidades de obtener "algo más" a costas del cordobazo.

Sin embargo el cordobazo, la huelga política de masas sigue absolutamente vigente. No sólo porque mostró cuál era el camino para frenar a la dictadura, sino por los cambios revolucionarios que introdujo en la lucha de clases en nuestro país. Incorporó a sectores proletarios rezagados y a zonas enteras de la población a la lucha de clases. El porcentaje de adhesión de los bancarios y los empleados de comercio a los paros nacionales, creció abruptamente. Entre estos últimos creció su interés por la sindicalización, provocando luchas como la ocupación del Mercado del Plata. Provocó una huelga explosiva entre los no docentes, incorporó a los docentes, demostrando su carácter asalariado más allá de las patranas sobre "la función sagrada de la enseñanza". Atrajo a la lucha salarial a los empleados públicos del interior del país. En una semana de lucha callejera Tucumán se recompuso en buena medida de la diérgación impuesta por la dictadura y determinó que en Cetaamarca el Obispo sintiera por primera vez en su vida "olor a pólvora y gases lacrimógenos". En el lapso de medio año hizo crecer el porcentaje de ausentismo en los paros nacionales—según estimaciones en los paros nacionales—según estimaciones oficiales en casi un 50% (56% de paro el 23 de abril, 82% el 13 de noviembre). Esto muestra la vitalidad y la plena vigencia de la huelga política de masas, además de su continuidad en Rosario, El Chocón y Tucumán. Pensar que la huelga política perdió vigencia porque del rosariazo al Tucumanazo transcu-

trieron 14 meses, demuestra una impresionismo total para las formas más violentas de la lucha de clases. Su extensión nacional a través de la lucha salarial y sindical en sectores anteriormente completamente marginados o disgregados muestra que el sindicalismo no ha servido absolutamente para nada para cambiar el curso de la política nacional, en parte por la parálisis burocrática pero en lo fundamental por el carácter defensivo, aislado y reformista de los propios sindicatos.

lo nuevo y lo viejo

Si el cordobazo marcó el surgimiento del período de huelgas políticas de masas, el paro del 1 de julio de 1969 mostró públicamente sobre qué se apoyaba este alza desde el punto de vista proletario. Pese a la defección de la inmensa mayoría de la burocracia se evidenció un bloque de fuerzas obreras, que si bien necesitó del Ongarismo como "ordenador" del paro, corrió por cuenta de aquellos su efectivización y agitación a través de reuniones de sección, de activistas, asambleas, piquetes obreros. Este bloque de fuerzas se agrupaba organizativamente de muy variadas maneras. En los partidos de izquierda en las listas sindicales ongaristas stalinistas y de izquierda, en comisiones internas, en grupos más o menos esporádicos de activistas obreros. Surgió para asegurar la ola huelguística iniciada en el mes de mayo ante la capitulación cegetista. Su expresión pública fue en los paros pero el proceso de surgimiento fue la maduración política de los activistas obreros en las fábricas. Llevó a la desesperonización progresiva iniciada en el cordobazo al terreno de una prueba de fuerza con la burocracia sindical peronista: quién decidía si los obreros paraban o no. Su contenido político era el repudio antidictatorial y la identificación con el cordobazo, con la huelga política.

Su expresión fue sindical y con el objetivo de un paro que el sindicalismo tradicional no aseguraba. Esta forma de expresión de las nuevas fuerzas obreras ayudó a confundir a la totalidad de los partidos de izquierda. Se creyó que se estaba ante el surgimiento de una corriente sindical más o menos difusamente antiburocrática. Por su repudio a la dictadura, a la burocracia y al grupo de dirección peronista, por su adhesión a la huelga política, al cordobazo, por su rechazo al curso que tomaba el capitalismo bajo la dictadura, por sus influencias internacionales más o menos veladas (simpatías por el castrismo), por todo esto este bloque de fuerzas poseía una conciencia política propia más que puramente sindical, y es ese surgimiento político lo que nutrió la voluntad y la fuerza del activo obrero de efectivizar el paro del 1 de julio.

Algunos sectores de izquierda intentaron dar una salida sindical a este bloque de fuerzas que consistía en asegurar la continuidad de los paros nacionales ante la debacle vanguardista y la crisis del ongarismo. Otra tendencia la Verdad tildó de aventura la primera expresión independiente en contra de la burocracia de la vanguardia obrera argentina. Este miserable "partido" entiendo que la principal virtud que deben mostrar los obreros es ser reflexivos, cautos y cuidadosos.

Al intentar dar una salida sindical a esta vanguardia obrera se la condenaba a diferenciarse progresivamente del cordobazo por los métodos más o menos duros, más o menos clasistas, respecto de la burocracia. Al ofrecer en el fondo un programa metodológico a estas fuerzas obreras volvía posible un frente de las tendencias de izquierda que apoyaban con reticencia o sin ella la utilización métodos distintos a los de la burocracia. De hecho la unificación concebida en términos sindicales de estos nuevos sectores obreros conducía a la posibilidad de transformar esa unificación en un acuerdo o frente de tendencias sindicales y políticas de izquierda. El método de frente único presupone el frente en especial entre las direcciones sindicales y partidarias, por el mismo carácter organizativo que tienen los organismos de frente (acuerdo entre tendencias definidas alrededor de una determinada plataforma). Esta unificación condenaba al oscurantismo político a los sectores obreros no directamente ligados a fuerzas organizadas, reducía el papel de las bases de esas tendencias y confundía todo al no poner de relieve

las tareas prioritarias políticas a las que debía hacer frente la joven vanguardia obrera.

Antes del 1 de julio, el ongarismo intentó aparecer como un eje de unificación política alrededor de un frente opositor proburgués y de unificación sindical "antipartidariista". Lo que definía al ongarismo ante todo que sus métodos burocráticos eran el carácter frentista y acuerdista procapitalista de toda su línea. Ideológicamente el ongarismo se nutría de un peronismo más "revolucionario", el tercermundismo. Sindicalmente se expresaba en la disputa por arriba con la burocracia vanderista. A todo esto el ongarismo intentó darle un carácter partidario para evitar el avance de su crisis. La adhesión incondicional que exigía respecto al programa frentista, la publicidad de su linaje ideológico tercermundista, la edición de un periódico, lo iban configurando como una especie de partido obrero basado en los sindicatos.

Todo esto contrastaba abiertamente con el sindicalismo vanderista, expresión mucho más fiel de la crisis reformista de los sindicatos en los marcos del capitalismo. Pero el partido obrero basado en los sindicatos, una especie de Partido Laborista inglés, se constituye como nexo organizativo entre el sindicalismo y la política en las altas esferas, interviene en el Parlamento y en la composición de los gabinetes. Como tal sólo es posible en épocas de florecimiento de la democracia capitalista. Con la crisis del capitalismo, la democracia se hunde arrastrando consigo los intentos reformistas como el de un Laborismo inglés. La crisis capitalista y el comienzo del período de la huelga política de masas hundió la intentona reformista ongarista a través de la quiebra del frentismo con los radicales y el apoyo de Perón al vanderismo y al gobierno. Las causas fundamentales del hundimiento del ongarismo son políticas y no gremiales o de métodos. El cordobazo desplazó a un papel de segundo violín al frente burgués opositor; con él a las expectativas ongaristas. Entre un frente burgués que hacía aguas por un lado, y por otro, el vanderismo con estrechamiento de los lazos que lo unían al estado burgués, la mayoría de los burócratas optó por lo segundo: el estado burgués y su dictadura militar. Como vemos la quiebra del frente y el apuntalamiento del vanderismo también son políticos.

La quiebra del ongarismo se vio como una quiebra más del sindicalismo burocrático, "

como el fracaso de un intento de unificación política del proletariado tras una política nacionalista burguesa en acuerdo con partidos antiobreros. La CGT de los Argentinos demostró su vocación "partidaria" al terminar en una secta política bien definida, anticomunista y antiradical. Este carácter "partidario" no vino del aire. Esta izquierda reformista para disputarle los obreros al vanderismo necesitaba superar la absoluta descomposición ideológica y su conversión en maniobrerismo político por parte de aquel.

Cierta coherencia ideológica, exigencias programáticas, un periódico, una variante política distinta a la que la dictadura pudiera ofrecer, eran necesarios como eje de unificación política del activo obrero. De la CGT vanderista a la ongarista y de esta al cordobazo y al bloque del 1 de julio se produce un verdadero corrimiento hacia la izquierda en el eje de unificación obrera. La quiebra del ongarismo y su progresivo reemplazo por una conciencia política aún difusa de la vanguardia obrera, muestran que esta necesitaba más que una dirección sindical a la izquierda, una nueva salida política global que mostrara claramente los objetivos hacia los que tendía el cordobazo y la naturaleza del programa para lograrlos.

Se nos dirá que este es un planteo sectario que no asegura la unidad de acción de la clase obrera, y que no resuelve la crisis de dirección. Responderemos por partes:

1) Cuando se dice que un frente sindical de izquierda asegura la unidad de acción de la clase obrera se parte del supuesto que la vanguardia obrera, o sea, aquel sector de obreros concientes que por su peso sobre el resto de sus compañeros es el que decide, se distribuye orgánica o políticamente según todas las variantes de izquierda. O estarían afiliados a tendencias sindicales y políticas de izquierda, o sin estarlo, reflejarían el pensamiento político de esas tendencias. En cierta medida esto es cierto. Pero veamos en qué medida. La vanguardia obrera en su progresiva desperonización intenta darse distintas respuestas a sus necesidades políticas que son distintos estadios en la evolución de la conciencia obrera. Los partidos de izquierda en sus distintas variantes también reflejan estos estadios de la conciencia proletaria.

Pero entre una situación y otra hay un abismo. Mientras en los primeros, esos esta-

dios con expresión de la dura lucha proletaria. Para llegar a una conciencia histórica revolucionaria, en los segundos son expresiones orgánicas de su vinculación con distintas facciones burguesas, pequeño - burguesas o burocráticas, o en todo caso de su identificación con pretendidas etapas de la revolución proletaria. Estas tendencias de izquierda tienden a cristalizar, a frenar, a hacer abortar este desarrollo político de los obreros. Decir que los obreros están "representados" de esta manera es hacer tabla rasa de la diferencia cualitativa, de fondo, que separa a unos y otros. Que esto no es tan teórico lo demuestra la imposibilidad de forjar una dirección de transición con tendencias que aspiran a una salida electoral, o a un frente popular que persigue objetivos políticos golpistas. En reemplazo de esto los acuerdos metodológicos se reducen a acuerdos parciales que no merecen una teoría especial.

Lo sucedido con la Comisión de Solidaridad con Fiat, verdadero intento de frente único, es harto demostrativo. Tanto Tosco como el MUGS intentaron "diplomáticamente" sacarse de encima a las agrupaciones que estaban a su izquierda y evitar un trabajo de base de aquella sobre el resto de las fábricas cordobesas. Esto que podría llamarse un "método burocrático y anticlasista" respondía a su necesidad política de no romper con la CGT cordobesa y a la vez mostraba que sus objetivos políticos eran convertir a la Comisión en el núcleo cordobés del Plenario Intera Sindical y luego del Encuentro de los Argentinos. Su programa de frente democrático los obligaba a no romper lanzas con la regional cordobesa y a sacarse la izquierda de encima. Como no lo lograron, sabotearon la Comisión.

La 1ª de mayo dejó de lado los métodos y planteó directamente su alternativa de poder. Este sectarismo no era más que el reflejo de su propia incapacidad de definir formas de lucha y organización acordes con el objetivo del poder obrero. Lo que sucede es que esta tendencia no se proponen ningún poder obrero sino un difuso gobierno popular revolucionario.

El planteo de VCM-VM de unir la Comisión en base a un programa metodológico evitando la "esterilidad" de la discusión programática ocultaba que tras los distintos "métodos" se barajaban variantes programáticas (frente democrático y salida electoral, gobierno popular revolucionario, gobierno obrero y popu-

lar entendido como gobierno del frente único). Es ridículo sostener que la Comisión se hundió por el sectarismo. Se hundió porque los objetivos políticos perseguidos por cada sector y que se manifestaban en los métodos del frente y del trabajo fabril eran incompatibles. Pensar que basta con los métodos y algunos objetivos mínimos para formar el frente y luego ganar posiciones con la discusión programática es absurdo. El carácter del frente está determinado por cómo se forme, por cómo se logre el primer acuerdo, será oportunista o revolucionario desde el vamos. El único "frente" posible que permite desde sus orígenes discutir las calidas programáticas son aquellos que se basan en la unión con grupos de la vanguardia obrera que provienen de ruptura con los aparatos burocráticos. Este es el camino que hemos empezado a transitar, el único que ofrece perspectivas para un partido obrero revolucionario.

La táctica del frente único planteado por la Tercera Internacional y aclarado por Trotsky tenía otro sentido. Buscaba un acuerdo defensivo entre las direcciones proletarias efectivas de gruesos sectores de las masas explotadas. Suponía la existencia de 2 o 3 grandes partidos obreros socialistas, sea por su identificación con la revolución rusa sea por la tradición "marxista" de la socialdemocracia europea. Trotsky ilustra gráficamente esta situación. En condiciones de un partido bolchevique mayoritario, el frente carecía de motivos por razones obvias; en caso de ser una minoría, la escasa envergadura de las tareas emprendidas por sus militantes impedían demostrar en forma pública y masiva a las amplias masas socialdemócratas las virtudes de la política bolchevique. El tercer caso era donde cabía la política de frente único. La existencia de grandes partidos obreros posibilitaba un verdadero frente de clase. Este frente podía evolucionar en un sentido anticapitalista al compás de la ruptura de las bases con sus direcciones reformistas. Este no es el caso argentino.

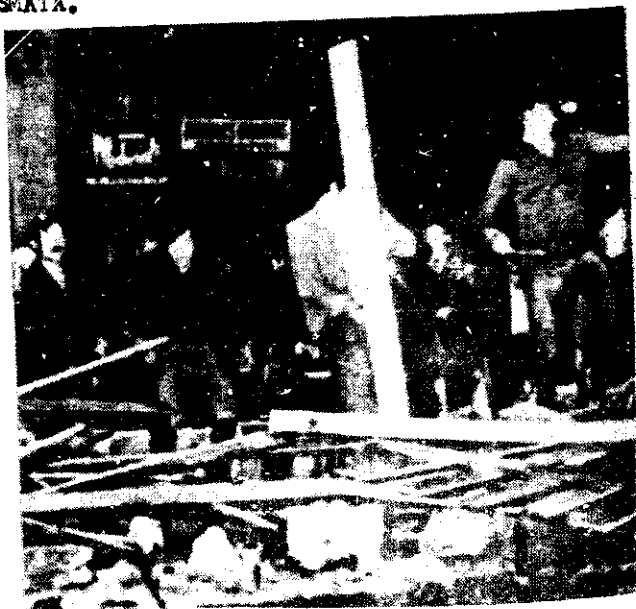
2) El otro argumento es que nuestro planteo no resuelve la crisis de dirección. En parte está contestado en el apartado anterior. Pero además la forja de una nueva dirección efectiva, real, se produce en los sucesivos momentos culminantes que alcance la lucha de clases. Sólo la tendencia que sepa expresar en un programa y política coherentes esos picos del alza obrera, que luche por formas de organización indisolublemente ligadas al poder obrero, será capaz de zanjar la crisis

de dirección. El eje de la actividad revolucionaria sigue siendo el partido obrero revolucionario como expresión social y política del movimiento de la lucha de clases en sus momentos álgidos y no un frente metodológico de tendencias que nada tienen que ver con ese movimiento.

Es indudable que las manifestaciones, actos y asambleas obreras son más acordes con un programa obrero revolucionario, que con uno que quiera hacer jugar al proletariado de furgón de cola de la burguesía. Y también es cierto que todos aprenden y maduran en la lucha real y efectiva. Salvo un saboteador, nadie se opone a un acuerdo parcial que imponga una manifestación o una asamblea obrera.

Pero lo que está en discusión es la consistencia y solidez proletarias de las luchas obreras. Suponer que a esto responde un programa metodológico es condenar al movimiento obrero a seguir una dirección sometida de continuo a cuanta presión pequeño-burguesa o burocrática podamos imaginar.

Un detalle. Hablar de la "independencia formal frente a la burocracia" de las tendencias de izquierda como una de las posibilidades o "bases del frente" es... formal. Esa "independencia" no va más allá del apoyo "crítico" o del hecho que sus miembros no sean dirigentes sindicales burocratizados. Pero son burocráticos o pequeños-burgueses debido a sus programas reformistas y por la historia de sus compromisos políticos efectivos. El caso extremo de esto lo constituye La Verdad, en que hablar de su "independencia" suena a criminal en especial a cualquier militante obrero antiburocrático del SMATA.



El terrorismo

Los planteos de los grupos de izquierda obreros tienen más puntos de contacto que lo que ellos suponen con los grupos terroristas.

La lucha armada entendida como lucha especial de grupos comando contra la policía, parte del supuesto de que en un momento de crisis de direcciones "traidoras", el eje de elección de la vanguardia obrera pasa por aquellos que armas en mano demuestran ya ahora su condición de revolucionarios. Los grupos terroristas parten de suponer que el proletariado argentino está ya maduro para voltear al "régimen" o al "sistema" y de lo que se trata es de mostrar caminos posibles a los obreros que demuestren la factibilidad de derrocar a las fuerzas represivas. La suposición acerca de la madurez revolucionaria de el proletariado es una verdadera capitulación ante el peronismo, en especial en el caso de los Montoneros, FAP y FAR (estas últimas discuten su adhesión al peronismo), ante el reformismo allendista de un gobierno popular revolucionario (FAL) y en el caso de el ERP la capitulación se oculta tras el papel que se asigna al propio ejército revolucionario. Este sería un conglomerado pluriclasista y de distinta extracción política que aspira a un gobierno antiimperialista anticapitalista y democrático. El socialismo se reserva para sus comisarios políticos y para el PRT que está detrás. El pluriclasismo más el antiimperialismo y la democracia es una peligrosísima correa de transmisión hacia gobiernos pequeño-burgueses nacionalistas que no han resuelto nada, ni siquiera la propia actividad guerrillera (Torres en Bolivia).

En el caso de los peronistas o properonistas la capitulación ante los objetivos burgueses-retorno de Perón a secas o Perón más socialismo-es evidente. En el caso de los autodenominados marxistas leninistas su identificación con las pretendidas etapas o transiciones se pone a contramano de la revolución proletaria y no sólo por la sabida acusación de que se aíslan de las masas y de la insurrección obrera, sino porque persiguen objetivos distintos a los del proletariado revolucionario. Es esta identificación lo que permite en el caso del ERP su adhesión al oportunismo de la Cuarta Internacional.

El fenómeno terrorista va a merecer una serie de notas en los números siguientes del

boletín. Pero esto no puede ser encarado desde el punto de vista de tacharlos de individualistas, pequeñosburgueses o policías. Esto que de crítica política tiene poco o nada y de difamación mucho, oculta el problema fundamental del surgimiento del terrorismo. En la Argentina surge y se consolida prácticamente luego del cordobazo. Paradojalmente surge con el alza de masas y no en su retroceso. Esto ayuda a mostrar que no basta el alza obrera para imponer una salida proletaria. Más aún, la confusión programática y la traición burocrática pueden impulsar incluso a activistas obreros a las prácticas terroristas, como forma de resolver la crisis de dirección. El reportaje publicado por Jerónimo al ERP es más que ilustrativo. Según el ERP este surge para liquidar las formas espontáneas del cordobazo y organizar el combate que permita batir como corresponde al ejército. Se intenta suplantar una unificación política de la vanguardia obrera a través de una dirección, - una dirección, - especializada en el combate militar. Para ellos el cordobazo no fue más que el inicio de la guerra popular que la deben proseguir los grupos terroristas en forma privada. Pero si esta guerra puede ser privada es porque los objetivos políticos que persiguen son susceptibles de lograrlos sin necesidad de la intervención directa proletaria. La dualidad de poderes (ejército burgués, ejército popular) que busca el ERP es una invención pretendidamente impuesta a la lucha de clases. Aquella surge como expresión de la propia dualidad en la conciencia política obrera en una crisis revolucionaria. Dualidad entre su aspiración a lograr un gobierno propio y el mantenimiento de la confianza en el gobierno burgués "progresista" y de la desconfianza en sus propias fuerzas.

LAS SALIDAS BURGUESAS

Para la burguesía nacional más concentrada del comercio y la industria se trata en la actualidad de reiniciar el ciclo económico, proseguir la acumulación capitalista, a través de la transferencia de capitalistas a los sectores más rentables, industrias básicas tales como la petroquímica, la siderurgia, la minería ferrosa. Estos sectores jugarían,

el mismo papel que la construcción en los dos primeros años de Onganía. Y alrededor de estos gira la cuestión del "estatismo" y "nacionalismo" de los planes de Ferrer. Para esta burguesía el plan del gobierno prevé la ingerencia estatal en los pocos sectores rentables que aún quedan. Las críticas al estatismo no giran ya alrededor de los servicios públicos, - se los dejan al estado, - sino a beneficio de quién se van a explotar las industrias básicas: con la ingerencia estatal que extiende los beneficios a amplios sectores capitalistas, o en beneficio directo y exclusivo de la gran burguesía nacional imperialista. Como se vé se discute la distribución actual y futura de la plusvalía obrera, del trabajo no retribuido a los obreros. La condición para esta discusión es el mantenimiento o aumento de la tasa de ganancia a costas del salario obrero. En esto todos están de acuerdo, nacionalistas y liberales.

El plan de Ferrer difiere en parte de estos objetivos. Ferrer trata de reanimar el conjunto de la explotación capitalista insuflando una corriente financiera que provendría de una expropiación directa y coactiva del salario obrero con el Banco Nacional de Desarrollo y con las actuales leyes salariales, y en la provisión de mano de obra barata a través de un seguro de desempleo que asegure el entrenamiento y la emigración de obreros según las necesidades de la producción capitalista. El primer beneficiario de esta mano de obra barata sería el propio estado a través de sus planes de inversiones públicas, una especie de Operativo Tucumán en gigante. Este plan de Ferrer no contempla el menor avance expropiatorio sobre la propiedad privada imperialista y menos aún "nacional". El zarandeado "Compre Nacional" salió para ser negociado con el capital financiero como lo demuestra ya el curso de las negociaciones para obtener un préstamo del Banco Mundial para el plan ferroviario.

Es este "nacionalismo" de Ferrer y Livingston el que salió a defender Alende, viejo caudillo podrido de las trenzas radicales. En el terreno económico Alende no dio un paso más allá del plan de Ferrer. Su "nacionalización integral del crédito" se reduce a otorgar los encajes mínimos desahucados de los bancos a una mayor cantidad de capitalistas. El resto del "programa" no merece el menor comentario.

En lo que hace a la "salida política" Alende comparte el objetivo de regimentación po-

lítica de la vida estatal con la formación de los consabidos tres grandes partidos que impidan la vida política legal para la vanguardia obrera, y apoya el intento de Lanusse de control militar directo sobre la elección presidencial.

Que a la salida de una entrevista con Levingston haya sido usado semejante "quemado" para hablar de un "nacionalismo" que en nada difiere del de Ferrer, incapaz de capitalizar el menor apoyo popular demuestra que los objetivos del discurso de Alende eran otros. Su transmisión por la red oficial de radios lo demuestra. Levingston habló por boca de Alende, y lo hizo con el intento de frenar una intencional golpista por parte del lanussismo. El eje de este golpismo, en lo inmediato lo constituye la crisis gubernamental a raíz de la ocupación de Fiat en Córdoba y su eventual desenlace en una huelga masiva cordobesa. Ni la burguesía ni el ejército han quedado conformes ni mucho menos con la salida equilibrada que Levingston le dió al conflicto. Cada vez más el carácter preventivo de las intervenciones militares aparece más al descubierto. No fue necesario esperar una ciudad ocupada o en vías de ocupación para que el ejército (López Aufranc y Lanusse) con el apoyo de toda la burguesía intentara una represión ejemplizadora sobre los obreros cordobeses.

Levingston frenó esta salida en parte por las presiones del gobierno cordobés tendientes a evitar el "caos" social y en parte para impedir que en un frente de tanta importancia el lanussismo tomara abiertamente la iniciativa política y militar. La intervención a Córdoba hubiera sido el preludio de un golpe de estado militar, cuya primera consecuencia sería liquidar las paritarias de un plumazo. Toda la burguesía apoya una intervención militar antiobrero (se trabaja en este sentido en la Presidencia) y algunos sectores estimulan el golpe militar. A su vez la patronal de Fiat no solo prepara el terreno para mantener los despidos, sino incluso para montar una provocación que sería un precedente gravísimo para las luchas obreras: prepara argumentos para un juicio criminal contra el SITRAC por supuestas vinculaciones con grupos guerrilleros. Esto hay que frenarlo en seco.

Lo que se discute detrás de estas maniobras es cuáles son las condiciones para dar una salida estable a la crisis del capitalismo

mo y de la "revolución Argentina". El tema de discusión es el mismo que precedió a la caída de Onganía. El Lanussismo ha llegado al copamiento casi absoluto del ejército: limpió a este de "nacionalistas" a lo Labanca y de "populistas" a lo Carcagno. Córdoba y Rosario pasaron a manos de incondicionales y líderes de este sector. (L. Aufranc). Este control político del aparato militar persigue un triple objetivo: asegurar que la salida "política" se oriente hacia un régimen de excepción contra el proletariado y el socialismo y hacia el control totalitario militar de la vida política y social. El código penal se transformaría en el régimen constitucional normal a lo cual se agrega una serie de aditamentos para liquidar aún los pocos controles democrático-burgueses de la sociedad sobre el estado. Un segundo objetivo es estar preparados, para que el proletariado acepte "pacíficamente" esta salida política. La reforma a la constitución, el estatuto y la ley electoral tienden a conformar un acuerdo liberal-radical-peronista con objetivos políticos continuistas de la "revolución argentina" y con candidatos que aseguren, sin lugar a sorpresas, este continuismo. Este plan político es imposible que el proletariado acepte pacíficamente su imposición.

Conviene hacer una digresión. El triunfo allendista en Chile y lo que pueda suceder en Uruguay con el Frente amplio hacen imposible para el proletariado argentino una elección en la cual cualquier candidato y conjunto de fuerzas semejantes al allendismo sean vetados por no compartir los objetivos de los estatutos de Onganía o la Constitución Nacional (como dicen los gorilas). En el desarrollo actual de la lucha de clases es imposible imponer cualquier tipo de elección para el proletariado argentino. Afirmar lo contrario es suponer un cretinismo "democrático" en la conciencia proletaria argentina. Si en 1963, en pleno retroceso y derrota política de los obreros argentinos, sin los sucesos bolivianos y chilenos, sin el coraobazo, y con un plan político menos represivo, tuvo que ser retirada la candidatura de Solano Lima y con él la variante del frente nacional y popular, no cabe ninguna duda de cual va a ser el grado de aceptación política proletaria del plan político del lanussismo.

Consciente de esto, Lanusse definió sus ob

jetivos en su discurso de fin de año. Para el el país está en guerra y el ejército en operaciones, y pidió que esto no se entendiera como una figura retórica. El carácter de estas operaciones lo definió López Aufranc en Mendoza. Según él, apuntarían a intervenir cuantas veces fuera necesario para aplastar toda huelga política, todo levantamiento obrero. Para L. Aufranc la lucha guerrillera, por su parte, no superó ni espera que supere en el futuro el marco de las acciones meramente policiales. No caben dudas de que el proletariado es el objetivo.

Sin embargo, estos miserables no pueden operar en cualquier condición. La experiencia de la aventura reaccionaria de Miranda en Bolivia mostró los peligros de una acción preventiva del ejército contra la clase obrera. Es más, pensamos que la iniciativa para una verdadera guerra civil (no para una represalia militar que significaría el desencadenamiento de una intervención militar generalizada contra un cordobazo generalizado) corresponderá al proletariado. El ejército no cuenta con ninguna fuerza social significativa, en especial en la pequeña burguesía, como sucedió en 1955, que lo acompañe en una aventura reaccionaria. Hoy por hoy el partido fascista se reduce en buena medida a los propios organismos de seguridad. Esta carencia de apoyo social propio del lanussismo se convierte en un desafío político de primera magnitud para la vanguardia obrera argentina.

Forjar un programa socialista que arranque a la pequeña burguesía, tras una salida obrera, del terreno de la reacción.

Alende tiene razón cuando dice que el único sector que puede relevar en la actualidad a Levingston es el lanussismo. Pero esto también coloca al ejército como destinatario de un eventual golpe "nacionalista" a la peruana. En la Argentina este "peruanismo" consistiría en reordenar el capitalismo con métodos totalitarios: transferir compulsivamente capitales a los sectores rentables, levantar la bandera de la eficiencia y la productividad, alentar la concentración y fusión de la burguesía nacional (a no otra cosa aspira Guaglianelli), colocar así a los sectores capitalistas nacionales más concentrados en posición competitiva con los capitales imperialistas, y eventualmente dividirse la economía nacional en zonas de influencia. La in-

versión extranjera destinada a desarrollar sectores de novísima tecnología, y los capitales "nacionales" fuertes a los sectores demostrados como rentables. El programa "nacionalista" de la Unión Industrial se reduce a esto: para evitar la "desnacionalización" concentrar los capitales "nacionales". Ningún sector burgués está acorde con un aumento de la demanda a costa de un aumento salarial, e incluso algunos llaman a la austeridad para terminar con una "demanda hipertrofiada" de bienes de consumo. El complemento sería la exportación para los sectores más rentables y competitivos.

El nacionalismo como el plan "liberal" tienden a hacerse incompatibles con la maduración política del proletariado argentino. Si bien el rechazo a estos planes coloca al proletariado en el terreno de la guerra civil, agravado aún más por la evolución previsible en el cono sur, la única garantía de que aquel salga victorioso de esta prueba de fuerza es su lucha, programática, política y organizativa presente por la futura dictadura del proletariado. No permitamos una nueva España.

Carlos Monasterios
1 de febrero de 1971

CORDOBA, Fiat y el paro del 29 de enero

El paro del viernes 29 en Córdoba mostró una vez más que la táctica del paro activo, digitado y saboteado por la burocracia, ha perdido todo su carácter de movilizador y unificador de las luchas obreras. La "prepara-

ción" del paro activo, la "Semana de lucha" de la CGT fue bien caracterizada por el Sitrac como "Semana Santa". El sabotaje burocrático fue evidente.

Pero la responsabilidad mayor por el fracaso consiste en haberlo postergado quince días después de la ocupación de Fiat. En esto, estuvieron juntos peronistas e independientes (Tosco). Un paro activo para el mismo viernes de la ocupación hubiera contado con la movilización callejera de los obreros de todas las plantas de Fiat, de Perkins, de parte de Santa Isabel pese a las maniobras Torristas y hubiera convulsionado a todo el barrio de Ferreyra. Lo que sucedió en la realidad es un ejemplo más que la reedición de la huelga política no va a venir por cuenta de la burocracia. El paro activo se ha convertido en un método más, ha dejado de ser la expresión política y callejera de la maduración de importantes sectores obreros, para terminar en una especie de "válvula de seguridad" de la burocracia para aflojar las tensiones en su contra.

Pese a sus recientes declaraciones, Tosco está en el golpe que posibilite la "salida democrática" de la manera que sea. No es otro el objetivo inmediato que tiene su participación en el "Encuentro de los Argentinos". De acuerdo con esta política, el tosquismo ha desplegado sus tácticas y sus métodos. En el plenario del viernes 15 (reunido con 29 gremios, saboteado por el resto) plantea que el plenario resuelva de todas maneras "medidas". Esas medidas de "lucha" fueron... llamar a un nuevo plenario para una semana después que resolvería un paro activo para... otra semana más tarde. Con esto el tosquismo quedó retratado de cuerpo entero. Fue burocrático porque decidió mantener sus alianzas con el resto de la burocracia y porque su objetivo es frenar el desarrollo de las luchas obreras de tal manera que el recambio del actual gobierno venga a través de los militares de Lanusse.

Las declaraciones de Luz y Fuerza en la resistencia (Tosco) confirman lo que decimos a propósito del paro dice que su objetivo es contra el golpe y la dictadura, y a favor de devolver al pueblo su soberanía y "normalizar institucionalmente" al país. Esto se llama salida electoral y confía en Lanusse y sus "liberales" para realizarla.

En toda esta maniobra antiobrero, Tosco aspira a participar con derechos propios. Es por eso, que decidido a "profundizar" el paro activo, llama a un acto de Luz y Fuerza previo al de la CGT, hablan sus oradores, despliega sus banderas y luego todos a la CGT donde Tosco comparte la tribuna con el resto de la burocracia. Tosco ha hecho su propia propaganda y "profundizado" los métodos, para hacer abortar cualquier intento de movilización obrera contra el capitalismo y la burocracia.

La política de SITRAC - SITRAM

En un volante distribuido el 28 de enero, los sindicatos de Fiat llamaron al conjunto de la población a participar en un acto paralelo al de la CGT en puerta de fábrica, para poder así asegurar sus propios oradores que representarían su línea "antipatronal, antidictatorial y antiburocrática". A su vez, en la conferencia de prensa del jueves 28, el Sitrac denunciaba la capitulación cegetista, planteaba que ni los oradores de la CGT, ni las 62 y Tosco expresaban la línea clasista de Fiat, y por último que de concurrir al acto de la CGT sólo provocarían incidentes, ya que sus oradores tendrían que imponerse violentamente.

Esto es un viraje completo frente a la política desarrollada por estos sindicatos en el acto del paro del 12 de noviembre en que violentamente impusieron sus oradores, transformando un acto burocrático en un verdadero acto obrero. Esto fue un triunfo. Mayor hubiera sido el triunfo el viernes 29 ante el prestigio e influencia logrados por los obreros de Fiat con la ocupación. Con ésta, con las movilizaciones que arrancó, los obreros de Fiat se convirtieron en el eje de la lucha de clases en Córdoba. Fácil con los obreros, aunque violento con la burocracia, hubiera sido imponer sus oradores. No haber hecho esto, permitió que el acto fuera un fracaso manejado por la burocracia.

Podrós suponer que el Sitrac y el Sitram lo que intentaban era realizar una prueba de fuerza con la burocracia a través del acto paralelo. O sea, constituir una dirección paralela a la CGT en caso de una adhesión obrera mayoritaria al acto de Fiat. Lo ocurrido, pese a la lluvia, demuestra que por el momento la "autoridad" sobre la mayoría del proletariado cordobés sigue estando en buena medida en manos de la propia CGT. Además el obrero, en su mayoría, no se aleja del sindicato. Exige en cambio la lucha dentro de él.

El intento de acto paralelo es una consecuencia de la no participación de Sitrac-Sitram en el plenario de gremios del viernes 15. Como delegados poco hubieran podido imponer, pero si ambas direcciones hubieran orientado las movilizaciones obreras en apoyo a Fiat, difícil hubiera sido una negativa del resto de la burocracia. Y de haber ocurrido así, ambos sindicatos hubieran tenido plena autoridad ante semejante barra para imponer junto al grueso de los obreros una verdadera lucha callejera.

El motivo de la táctica adoptada por los sindicatos de Fiat es una concepción política que consiste en suponer que a la quiebra política de una vieja dirección sindical es posible oponer una nueva dirección sindical a través de sindicatos paralelos. Nosotros decimos que esta táctica y esta concepción están destinadas al fracaso. Las repetidas traiciones de la burocracia peronista y de todo pelaje no son más que la forma actual que toma el desarrollo necesario del mismo sindicalismo. Los sindicatos han sido constituidos como organismos de defensa y mejoras de las condiciones en que se vende la fuerza de trabajo obrera por el salario. El hecho de que sus objetivos no sean anticapitalistas se desprende en primer lugar, del objetivo reformista que acompañó su formación histórica, y en segundo término, del hecho que agrupa al conjunto de los obreros de cada oficio sin hacer distinciones entre los distintos grados de actividad y conciencia en el seno del proletariado. El sindicalismo por sus objetivos y por su composición tiende a reducir todo a una negociación exitosa con el capitalismo y su Estado. De aquí surge el estrechamiento de sus lazos con el Estado. Para "mejor" negociar, todos piensan que cuantos más amigos y contactos tengan en el aparato estatal, más perspectivas de éxito habrá. Poco a poco, con el progresivo carácter totalitario del Estado y el avance de

La crisis capitalista, los "amigos" son los que dictan las condiciones, "pacíficamente" o por la fuerza, ejército y policía mediante. La capitulación es inevitable.

La burocracia peronista surge como dirección en la última etapa de desarrollo del sindicalismo, ligado y subordinado al aparato estatal (Perón). Acompaña y refleja este fenómeno capitulador del sindicalismo. Pero el sindicato, no es sólo esto. Ha sido una conquista obrera (poder organizarse para la defensa) y ha expresado, y lo sigue haciendo aún en buena medida, un cierto grado de conciencia política de los obreros ya que se reconocen como clase a través de sus organizaciones sindicales.

Oponer a este proceso histórico y necesario un nuevo sindicato más combativo es absurdo porque no ofrece una perspectiva real de lucha anticapitalista al proletariado y a su vanguardia. Es más. Ofrece una "perspectiva", la de negociar por cuenta propia con el Estado desde posiciones más duras. Este curso es inevitable. Un sindicato que no quisiera ninguna reforma, que proclamara que su único objetivo es derrocar al capitalismo, dejaría de ser un sindicato, se reduciría a su sector más consciente y alejaría de sus filas a los obreros que no fueran aún revolucionarios. Sólo en una crisis revolucionaria podría no suceder esto. Hoy en día, se convertiría en una corriente sindical revolucionaria. Pero esta corriente, al margen de un partido revolucionario y sin luchar por formas de organización social y políticas de la clase que planteen un poder contrapuesto al del Estado, carecería de perspectivas revolucionarias serias. Porque se opondría al capitalismo pero no tendría con qué suplantarlos: la democracia proletaria y socialista.

Cabe una digresión. En el caso español, las Comisiones Obreras, verdadero sindicato antes que paralelo, tienen su razón de ser en que los sindicatos españoles son corporaciones de burgueses y proletarios organizativamente integrados al aparato estatal, como los jueces y la policía. El obrero español mínimamente consciente de sus intereses no puede sentirse identificado con semejante engendro fascista. No es este, el caso argentino.

Sin embargo, no podemos reducirnos simplemente el papel de corrientes opositoras. La

lucha dentro del sindicato si bien es necesaria no termina de dar una salida a un conjunto de obreros que por repudio a la burocracia plantean desentenderse de los sindicatos. El eje de una actividad proletaria y revolucionaria en la actualidad es forjar una política que tenga un doble objetivo: imponer decisiones obreras a la burocracia (por ejemplo, el acto del 12 de noviembre), batir a la burocracia imponiendo planes de lucha y delegados surgidos de las bases obreras, lo segundo y fundamental laborar por la constitución de un nuevo organismo obrero, compuesto por fábricas, barrios y explotados en general, un organismo que se vaya progresivamente formando por asambleas fabriles y barriales frente a cada acto de opresión salarial, social y política, asambleas que elijan delegados con mandato expreso para votar todo tipo de medidas de lucha y cambiáblelos si no cumplen, delegados que se puedan reunir entre sí y se den su propia organización. Se trata de ir forjando un organismo político y social que tenga ingerencia sobre todos los actos de la dictadura.

La lucha por esta nueva organización es la que permitirá preparar a un nivel superior las próximas e inevitables huelgas políticas de masas, pero también al dar por primera vez una expresión orgánica a todas las inquietudes y repudios de la población explotada frente al Estado, se irá constituyendo como una forma larvada de poder obrero. Es esta experiencia la que preparará saltos revolucionarios en la lucha de clases.

Este objetivo es posible. La primera lucha consiste en propagandear, en explicar los objetivos de este organismo obrero y la necesidad para terminar con la pasividad y traición de todas las formas de organización conocidas (sindicatos y partidos reformistas). Lo segundo es luchar porque toda organización intersindical, interfábrica o barrial que se forme por motivos inmediatos tenga como una de sus tareas prioritarias entenderse, ligarse, a todo organismo semejante, sea obrero, estudiantil, zonal, de inquilinos, etc., que luche contra la opresión política.

Una organización así rompe con toda la pasividad y apatía de la militancia sindical, hace depender sus éxitos y fracasos de la voluntad de lucha obrera y no de las maniobras burocráticas. Este es el organismo que per-

mite unificar a todo activista sindical, a toda agrupación sindical antiburocrática, con el resto de la población explotada. Es en la lucha por este objetivo político y en su desarrollo, que irá surgiendo una nueva dirección obrera.

Entre otros, invitamos a los compañeros y grupos obreros de Fiat, y al Sitrac y al Sitram a debatir esta salida. Nuestras páginas están abiertas para su respuesta.

Carlos Monasterios
2 de febrero de 1971

La ruptura de la OEA

La OEA, incapaz de frenar a la revolución cubana y el alza de masas en el continente, sometida de continuo a todas las maniobras y presiones reaccionarias, inútil para asegurar acuerdos estables a la burguesía imperialista y latinoamericana, la OEA, engendro reaccionario, se ha roto. Y como era inevitable, la ha quebrado una provocación de derecha.

Todas las agencias internacionales destacan que en los 22 años de su podrida historia, jamás seis países se habían retirado en forma colectiva. En 1961, Cuba se retiró de una reunión de la OEA que pretendía impedir que los países americanos tuvieran relaciones con quien les viniera en ganas; en 1971,

las dictaduras militares. La revolución y la contrarrevolución hicieron trizas a la OEA ahogando a toda la charca centrista y melindrosa que se llenó y se llena la boca con la unidad continental.

Hace diez meses a iniciativa de la Argentina y con el aval de Estados Unidos y Brasil comienza una campaña internacional para liquidar el derecho de asilo de la legislación internacional americana. Al compás de la resonancia de los secuestros diplomáticos, la burguesía imperialista y latinoamericana trata de aprovechar aquellos para imponer una reforma de la legislación de la OEA tendiente a combatir toda clase de actividad "subversiva" en su sentido más amplio: se intentaba tender un cerco estatal a la actividad de la vanguardia obrera y revolucionaria americana. A tal punto este era el verdadero objetivo que el canciller argentino de Pablo Pardo declaró que el combate contra los secuestros no estaba entre los objetivos prioritarios de su propuesta. Por su parte, el canciller brasileño dijo que en asuntos de secuestros su gobierno ya había mostrado como proceder. Se trataba de incursionar en otros terrenos.

Aprovechando esta "confusión" alrededor de los objetivos a combatir, Argentina y Brasil, con el apoyo yanqui, logran imponer en el segundo semestre del año pasado, un proyecto de convención en el Comité Jurídico Interamericano (encargado de redactar la propuesta), para reprimir todo delito político contra la sociedad capitalista. La propuesta contemplaba la abolición del derecho de asilo para todo refugiado político del capitalismo y recomendaba modificar el código penal en cada país que aún no tuviera incorporadas cláusulas expresas contra el terrorismo y la "subversión". Asimismo, trataba de modificar los límites de extradición en la legislación procesal en vigor. En síntesis, promulgar una especie de "Ley Anticomunista" internacional.

Con esta propuesta, y con el compromiso de aprobarla por parte de la mayoría, se abre la última asamblea de la OEA. Sin embargo, los cambios políticos en algunos países (triumfo de la UP en Chile, crisis revolucionaria en Bolivia) y los compromisos internos o externos en otros (Venezuela, "pacificación" con los guerrilleros, y México, relaciones con Cuba) obligaron a varios países a

revertir su posición original si querían mantener una cierta estabilidad política en el seno de la OEA.

Esta necesidad de frenar la crisis de la OEA, manteniendo acuerdos precarios, llevó a la mayoría a tratar el terrorismo en su "aspecto restringido", los secuestros diplomáticos. Alrededor de esto, todos estuvieron de acuerdo en condenar los secuestros como atentados a la dignidad humana, a la seguridad individual y otras patrañas. Para todos los presentes, los diplomáticos serían personajes inocentes que nada tienen que ver con la lucha de clases en cada país. Acorde con esto, catorce países votaron por la derogación en la práctica del derecho de asilo para los secuestradores de diplomáticos. Entre estos 14, figura México, que en un principio se oponía a toda convención sobre el terrorismo. Los que se abstuvieron, Bolivia y Perú, dedicaron sus intervenciones a contrabandear sus pretendidos regímenes nacionalistas como antidotos contra el terrorismo, aunque no contra la insurrección obrera, y sino que lo diga Torres.

Por su parte, Chile haciendo tabla rasa de las promesas electorales de Allende sobre que iba a permanecer en la OEA como tribuna de denuncia política, votó en contra del proyecto de convención aprobado porque era "ineficaz" ya que se reducía al ámbito regional. Parece que lo que lamenta el gobierno chileno es que los revolucionarios puedan seguir asilándose en Argelia. Esto abre las puertas a un voto favorable chileno contra el derecho de asilo si se resuelve en las Naciones Unidas.

Haciéndose "eco" de este disgusto allendista, Rogers, secretario de Estado yanqui, afirmó que tratará que otros países fuera de América firmen la resolución o por lo menos manifiesten su acuerdo en los hechos. Se trataría de ir creando un cerco para obligar a países como Argelia a abjurar de su respeto al asilo.

Si a esto se hubiera reducido todo, tendríamos una vuelta de tuerca más al curso reaccionario de la OEA, en medio de su crisis crónica. El retiro de Argentina y Brasil, acompañados de otros cuatro países menores, liquidó esa crisis, liquidando a la mismísima OEA. Según el canciller Pablo Pardo, Argentina había llegado al límite de las concesiones y por eso los "duros", Brasil y otros

países se aprestaban a votar en contra de la mayoría. De haber sucedido así, la OEA se hubiera resquebrajado al no aprobarse una resolución de tanta importancia por unanimidad. Argentina y Brasil hubieran seguido trabajando bajo cuerda alrededor de sus compromisos internacionales mientras se llenaban la boca con frases vacías sobre la unidad americana.

Pero la iniciativa de la retirada, de no convalidar con un voto en contra a la reunión y a la misma OEA, tiene el significado de forzar a la ruptura formal de la OEA. Se trató de poner a la luz del día la ineficacia de la organización y su escasa razón de ser cuando se trata de forjar una santa cruzada contrarrevolucionaria. El retiro colectivo y el propósito de formar una especie de OEA paralela es una declaración de guerra contra los países "rojos" del Pacífico. Argentina y Brasil anunciaron que no se consideran atados a ninguna resolución futura de la OEA que incida en sus planes de intervenciones militares. En lo inmediato tratarán de lograr un acuerdo regional contra el terrorismo al que se sumarían algunos países que en la reunión votaron en forma circunstancial con la mayoría: Uruguay y Colombia.

Toda esta maniobra se hizo con el pleno aval de Estados Unidos. Si éste no se retiró fue porque su condición de "amo" lo obliga a mantener una política específica acorde con cada una de las burguesías latinoamericanas, sean "duras" o "blandas". Pero además, Estados Unidos trató de modificar a último momento el proyecto de mayoría para captar los votos "duros". La oposición de varios países frustró este propósito. El aval yanqui a la maniobra del retiro responde a su necesidad de contar con un sólido bloque contrarrevolucionario para forzar posiciones a la OEA mayoritaria y "blanda". Ya se habla de una nueva reunión en abril para volver a tratar el tema del terrorismo. Se supone que esta vez se ocuparía de otros temas que los raptos de diplomáticos.

Carlos Monasterios
3 de febrero de 1971

El fascismo policial se- cuestro a Martins

El fascismo ha ganado la calle. Si alcanza mos a recopilar hechos, nos vamos a dar cuenta que se está gestando en la Argentina un Partido Fascista. El intento de secuestro del Cónsul soviético como respuesta al secuestro del Cónsul paraguayo -llevado a cabo por el Frete Argentino de Liberación exigiendo la aparición de Baldú, militante político de esa organización (detenido por la policía), demostrando públicamente su desaparición y asesinato-, bombas colocadas a jueces y abogados, atentados contra el presidente de la FUA y Corral, el secuestro de Hector Polino con el propósito de interrogarlo sobre la existencia de grupos terroristas y su más notable expresión política con la desaparición de Martins y de Centeno; reafirma la existencia de un Partido Fascista con claros objetivos políticos.

Es evidente que su conformación no cuenta por ahora con ningún apoyo social, ni representa propósitos ni intereses políticos de ningún sector social masivo y popular. Esta clase de partido tuvo participación histórica y política, pudo desarrollarse y reafirmarse, cuando contó con el apoyo de la pequeña-burguesía. Por su falta de objetivos políticos propios, esta clase fue el único sector popular que pudo apoyar un régimen fascista. En la Argentina, ahora, es difícil que apoye un régimen fascista. Sólo apoyaría una salida política fascista si el proletariado se levantara provocando "el caos" sin

un programa socialista que le dé continuidad y orientación a sus luchas. Esto hoy en la Argentina no sucede y la pequeño-burguesía argentina, se orienta más por una salida a la "peruana".

Decíamos que era un partido con claros objetivos políticos y a la vez una línea política. El estado de sitio, la ley de pena de muerte, la eliminación del habeas-corpus, el secuestro de Martins y de Centeno configuran lo que nosotros podríamos llamarle un régimen de excepción, el cual persigue la derogación de leyes y de procedimientos judiciales que liquiden el resto de garantías democráticas elementales. Es decir una línea antiobrero y antidemocrática, que en parte se está practicando; con el secuestro de Martins es especialmente una presión a la dictadura para que permita legalizar el resto, hasta llegar a la "tortura legal".

La Comisión "Pro vida y libertad" se propone utilizar el caso Martins en un frente de aramburistas, radicales y PC, y así apurar más la normalización constitucional y las elecciones. Si su propósito es demostrar que todo esto sucede por la no existencia de un Parlamento, quedarían totalmente descolocados con la desaparición de Vallese en 1963 y que no mereció la investigación del Parlamento radical-peronista-aramburista. Sin lugar a dudas el Parlamento burgués no funciona cuando los crímenes son contra la clase obrera.

Todos ladrarán por el puesto, nadie quiere "laburar", como dice el tango. Panorama un semanario pseudo-izquierdista, pretende dar a entender que Martins tenía muchas simpatías por el ongarismo, levantando así, la decaída bandera del ongarismo. Martins que tampoco era del PC fué secuestrado para averiguar sobre el asesinato de Sandoval, y su supuesta, vinculación con el FAL. Para el Colegio de abogados simplemente está en peligro el "libre ejercicio de la profesión". Para abogados que se asustan ante la "cana", para abogados que son incapaces de impugnar un juicio como el de los Montoneros, hecho bajo la ley de juicio oral, con pruebas sobre torturas y con jueces aramburistas, no hay impedimento para el miserable "ejercicio de la profesión".

Martins tenía la suficiente conciencia ideológica sobre el Estado y la policía como para poder faltarle el respeto a jueces y

"canas" y llevar a la policía al campo de los acusados.

Eliminación del Partido Fascista compuesto por la policía. Atejo el régimen de excepción protegido y practicado por la dictadura. Adelante la huelga política de masas, la destitución de la policía y todo el aparato de represión de la dictadura. Por la derogación de todas las leyes represivas. Por la formación de milicias obreras armadas.

Tito Robles
1 de febrero



Swift: Nuestra posición en el conflicto

Introducción

El trabajo que publicamos a continuación fué elaborado como parte de una labor de militancia común en el conflicto de la carne con los compañeros del grupo obrero independiente de Berisso y Ensenada.

Prosigue, en este sentido, al folleto que editamos en noviembre de 1970 -con el pie de imprenta "Ediciones de mayo"- bajo la responsabilidad conjunta de dicho grupo obrero, otra organización independiente, y el equipo editor de este boletín.

El trabajo no consiste en el consabido "comentario" económico, que complementa una práctica oportunista con una teoría abstracta. El análisis marxista de la economía política está al servicio de la crítica a la acción práctica, para que esta conciencia encañada en la vanguardia proletaria como conciencia de su propia situación, extienda y profundice la lucha espontánea más allá de sus propios límites reformistas. Esta relación dinámica, conflictiva, es el eje de la elaboración programática, que surge a la vez como elaboración teórica, lucha ideológica, compromiso político concreto y relación de la vanguardia con las luchas y conciencia espontánea de la clase.

En otras palabras: para nosotros el programa no consiste en la "libre elección" por parte de un grupo político de "momentos" de la historia del pensamiento socialista, para

reivindicarlos como justos frente a otros oportunistas o sectarios. Esta identificación puede ser hecha, a lo sumo, como conclusión posterior: la historia es la historia de la lucha de clases y no del pensamiento, por más socialista que éste sea. Tampoco nos identificamos con momentos de la historia concreta de la lucha de clases desprendidos abstractamente de sus circunstancias, y generalizados teóricamente como "modelos": ni modelo ruso, ni modelo chino, ni modelo cubano, ni modelo uruguayo. Justamente por haber sido, por haber concurrido al devenir histórico, estos hechos no pueden volver a ser, ni "puros" ni combinados". Justamente por ser el mundo una unidad, las circunstancias son para cada destacamento proletario completamente distintas.

Todos los programas sectarios han nacido de esta manera: volviendo credo idealista momentos históricamente superados del materialismo marxista, con lo que lo niegan endosándolo. Pero la concepción opuesta es simétrica y complementaria de ésta: es la simple generalización teórica de la práctica presente, su elevación a programa oportunista. Esta concepción va del cinismo del "realismo político" a la ingenuidad del activismo independiente, que se aferra a su práctica presente para no perderse en los vericuetos de la "teoría" sectaria.

Nosotros no nos identificamos con las luchas presentes de la clase sino con su objetivo final. No generalizamos su actual miseria sino que buscamos en ella el elemento subversivo, el germen de su superación revolucionaria. Por eso, en nuestra relación con el activo, no nos basta con el compromiso político, la unidad para la lucha presente, ni este elemento nos define: necesitamos también la lucha ideológica, verdadero punto de apoyo para la elaboración del programa de los partidarios de la revolución socialista.

Pedimos a los compañeros que nos disculpen por esta necesaria "lata" teórica previa. Si hay cosas que no se entienden es por nuestro propio escaso desarrollo programático, que nos impide presentar como cuerpo robusto lo que en esta introducción aparece como esqueleto, como realización lo que aquí aparece como expresión de deseos y objetivos. El trabajo que presentamos, como las restantes notas de este boletín, es una parte pequeña e incompleta de la gigantesca labor que tenemos por delante, y que solo podremos completar con la inteligencia y la labor práctica de toda la vanguardia revolucionaria. Dejemos que diga de sí por sí mismo.

Quieren tu- cumanizar Berisso!

Los irresponsables dueños imperialistas del Swift abandonaron todo y se declararon en quiebra. El gobierno no piensa sino en cómo liquidar más rápido las fábricas. Para los trabajadores que quedan en la calle, para la ciudad que prácticamente desmantelan, reservan un plan de "emergencia" como el aplicado con tanto éxito antipopular en Tucumán. Como se llegó a esta situación?

La crisis de las carnes

Antes de la segunda guerra mundial la ganadería argentina tenía los costos más bajos del mundo, y la industria frigorífica de Berisso, Avellaneda y Rosario era la más moderna y avanzada del planeta, solo comparable con la norteamericana de Chicago. Los capitales imperialistas se disputaban duramente tan rentable negocio; hubo por lo menos tres grandes "guerras" financieras entre capitalistas norteamericanos e ingleses, en las que fueron resultando ganadores los primeros. Los ganaderos argentinos se llenaron también de oro, y más especialmente se enriquecieron los propietarios de las mejores tierras, los "invernadores". La Argentina Oligárquica era feliz: estos son los dorados tiempos que añoran los "nacionalistas" como Tomás de Anchorena. Claro que había quienes no recibían nada de esta prosperidad: eran justamente los que la producían, los trabajadores. Los peones del campo, condenados a vivir solteros porque sus "nacionalistas" patrones querían gastar lo menos posible en e-

llos; trabajando de sol a sol, durmiendo en galpones. Los obreros de los frigoríficos, retribuidos con sueldos de hambre porque siempre había nuevos inmigrantes para explotar, viviendo amontonados en conventillos, arruinando su salud en las cámaras para ser tirados después como trapos viejos.

Viendo su miseria en medio de tanta riqueza se rebelaron los obreros. El "ejército nacional" se acordó entonces de ellos, pero para asesinarlos a mansalva en defensa de la patronal imperialista. Los viejos de Berisso aún recuerdan cuando las balas de ametralladora disparadas desde la fábrica atravesaban las paredes de chapa. No eran ellos la "nación" entonces, cuando se trataba de repartir riqueza. La nación era la oligarquía burguesa y el capital imperialista. También los peones hicieron su rebelión, que tuvo su centro en el sur patagónico: el "ejército nacio-

nal" los derrotó a traición, los hizo cavar sus propias fosas y los fusiló después; fueron miles de muertos. Los tiempos de oro del capitalismo argentino son de triste recordación para el trabajador argentino.

La crisis mundial de 1930 derrumbó esa insolente riqueza. El capitalismo, basado en la explotación del hombre por el hombre, es un régimen irracional, incapaz de mantener el desarrollo de la economía y de la sociedad moderna. Los trabajadores, que no sacaron nada de los buenos tiempos, tuvieron que pagar con su hambre y desocupación la crisis que ocasionó la avaricia de sus patrones.

Con la crisis comenzaron las peleas entre los capitalistas. El latifundista Lisandro de la Torre descubrió el "interés nacional". Durante 30 años hizo buenos negocios y se calló la boca. Cuando la plata empezó a faltar se acordó del nacionalismo. De los obreros, que estaban pagando la crisis realmente con su miseria, nadie se acordó.

A partir de entonces el mercado internacional de carnes—como el de otros productos—quedó dividido y deformado. Cada país imperialista encontró la forma de salvar sus intereses a costa de los demás. La Argentina, eslabón débil de la cadena del comercio mundial, quedó "en el aire": no tenía acuerdos especiales con Inglaterra, como Australia, ni un mercado interno gigantesco, como Estados Unidos, ni un "Mercado Común" como Francia o Alemania. El mercado de Smithfield, en Lon-

...y allí iban a hacer la mejor parte de las exportaciones argentinas. Para todos los competidores vendían los servicios del gobierno inglés, menos la Argentina, que se veía obligada así a conformarse con precios verdaderamente ridículos.

La exportación de carnes dejó de ser un buen negocio; los capitales imperialistas hicieron ese valijero y se las tomaron. Los que pudieron, vendiendo sus acciones; los que no dejando de invertir, no reemplazando las máquinas y equipos envejecidos y retirando las ganaderías para ponerlas en otro negocio. Los ganaderos "nacionales" hicieron lo mismo. Retiraron sus capitales de la ganadería y los invirtieron en la industria. El resultado fue que en cuarenta años los avances en tecnificación de la ganadería fueron mínimos. Los costos se mantuvieron iguales o subieron mientras el resto del mundo adelantaba, y la cantidad de vacunos en los campos se mantuvo estancada mientras aumentaba en los demás países.

Mientras las exportaciones, jaqueadas por la crisis del comercio mundial y las chicanas defensivas de los imperialistas, caían sin cesar, el consumo interno de carne aumentaba, hasta representar actualmente un 80% del total. Los capitalistas protestan, pero se trata de un fenómeno normal. Esto fue así por el crecimiento de la población y por su emigración a las ciudades, a trabajar en la industria, que elevó su nivel de vida y por lo tanto su capacidad de consumo.

Se puede razonar que, siendo el total de carne faeneada el mismo y hasta superior, los grandes frigoríficos no tenían por qué entrar en crisis; después de todo les da lo mismo vender adentro o afuera. No fue así, sin embargo; para abastecer el mercado interno aparecieron una cantidad de mataderos clandestinos, frigoríficos chicos y medianos. Sucede que los consumidores extranjeros son exigentes, y sus gobiernos les protegen la salud con una serie de reglamentaciones. A los consumidores argentinos no sea al pueblo no los protege nadie, las leyes sanitarias no se cumplen. La "carne de exportación" tiene por lo tanto costos más altos, y no puede competir en el mercado interno. Los mataderos clandestinos, gracias a esto, hacen un gran negocio a costa de los trabajadores cuando consumen, y también a costa de los trabajadores que explotan, sin cumplir convenios ni leyes sociales.

Mejora la racha

En los últimos diez años el comercio mundial de carnes volvió a ser negocio para los capitalistas argentinos, aunque no fuera ni la sombra de su época de oro. El turismo internacional convirtió a España, Italia y Grecia en compradores de carnes de calidad. Estados Unidos comenzó a necesitar carne barata para hacer hamburguesas, porque la de ellos es demasiado cara para eso. El plan agrario del Mercado Común Europeo está resultando un gran fracaso. Pero tanto los frigoríficos exportadores como los ganaderos de la Argentina estaban anticuados y descapitalizados por cuarenta años de retirar sus capitales y ponerlos en otra cosa.

La "nueva onda" exigía cambios técnicos y financieros. Carne magra, "cortes" en vez de cuartos, cocido congelado. Hacía falta también más capital para financiar la exportación porque ahora en el mundo se vende a crédito. Los frigoríficos -los antiguos gigantes y algunos "medianos" nuevos- hicieron inversiones para adaptarse; como el ganado estaba barato podían hacerlo y ganar plata. Claro que se endeudaron hasta la manija con el capital financiero internacional.

Dos grupos de prestamistas financiaron, especialmente: ADELA y DELTEC, este último, como es sabido, al Swift. Los dos grupos de piratas internacionales, expertos en evasiones impositivas, capitales negros y moneda cambiante.

La "primavera" se cortó de golpe, demostrando que profunda es la crisis del capitalismo argentino: el ganado estaba barato, sí, pero no porque los ganaderos hubieran hecho inversiones y abaratado sus costos sino porque estaban liquidando el stock. En 1968 había 51 millones y medio de cabezas de ganado -no mucho más que cuarenta años antes, por cierto- y en 1969 48 millones. O sea que los precios bajos se habían conseguido a costa de liquidar 3 millones y medio de cabezas del stock. En 1968 había 51 millones y medio de cabezas de ganado -no mucho más que cuarenta años antes- y en 1969 48 millones. O sea que los precios bajos se habían conseguido a

costa de liquidar 3 millones y medio de cabezas del stock.

Lo que tenía que pasar pasó: se redujo enormemente la producción de carne y los precios, por lo tanto, se fueron arriba. El descalabro total de la industria exportadora demostró la base ilusoria de su recuperación; no solamente los grandes frigoríficos sino también los "medianos" tuvieron que dejar de exportar. Los capitalistas empezaron a pelearse, echándose mutuamente las culpas. Idearon una cantidad de planes, cada grupo tenía el suyo; todos los planes muy "nacionales", pero también todos destinados a llenar los bolsillos propios. La crisis terminó siendo pagada... por los trabajadores, como siempre había pasado. Subió el precio de la carne, y los trabajadores tuvieron que dejar de comprarla o privarse de otras cosas. Cayeron la venta en el mercado interno y las exportaciones y los trabajadores de la carne quedaron desocupados.

La solución final: tucumanización

El gobierno decidió que había que dar una "solución final" al problema. Después de conocer la historia, no hay que pensar mucho para saber quienes se le ocurrió que deben pagarla: los trabajadores. La clase social que creó esa riqueza ha sido también la que tuvo que pagar su prosperidad, su crisis, su decadencia, y ahora su "solución final". Pero no se crea que este involuntario sacrificio significa la recuperación de un importante sector de la economía del país; la solución de los tecnócratas del gobierno "salva" solamente las ganancias de sus capitalistas amigos, a costa de preparar una futura y mayor crisis.

La "onda" es ahora defender las ganancias de los "capitalistas" nacionales. Como este afán coincide sospechosamente con el interés de los imperialistas por tomárselas de la industria de la carne argentina, dista mucho de ser una hazaña antimperialista. El gobierno quiere defender los precios altos de la burguesía ganadera "nacional" no tocando el comercio de carne, quiere defender los in-

tereses de la burguesía industrial "nacional" dándole una porción mayor del mercado de carnes. Acerca de la forma de hacerlo hay diferencias. Ferrer y Fernández Mendi están con los frigoríficos "medianos": quieren cerrar el Swift y el Anglo, directamente. La Federación de la carne (nuestros dirigentes) y el grupo Salimei prefieren hacerse cargo ellos mismos de las fábricas. Claro que sin poner un peso: proponen que las deudas las avale el estado, y que los obreros compren las acciones necesarias para que los burócratas se sienten en los sillones del Directorio mediante 1.200 millones de pesos descontados en cuatro años. (Guana niega que exista esta manobra, pero para su desgracia las conversaciones que mantuvieron con el "grupo nacional" fueron mucho menos secretas que lo que ellos hubieran deseado; si tiene alguna duda que le pregunte a Zorila, no sea que lo "pasen"). Otra solución que se planteó en algún momento, aunque hoy nadie la defiende en el gobierno, es la estatización directa.

El "detalle" es que todas las salidas se basan en la desocupación obrera. La de Ferrer por el cierre, y las otras por un plan de "racionalización" que significaría el despido de 5.000 compañeros entre las dos plantas del Swift.

Por eso se formó la "Comisión de emergencia"; dan a la desocupación como un hecho, y luego se preocupan hipócritamente del "problema social" que se crea. Como si ellos no fueran los culpables, como si encima hubiera que agradecerse. El "operativo" gubernamental tiene el propósito de hacer con Berisso, y las otras barriadas de obreros de la carne, lo mismo que hicieron con Tucumán: "correr" a la gente, obligarla a emigrar, a abandonar sus casas y la zona, haciendo a la vez vagas promesas que eviten la cólera de los trabajadores y un levantamiento popular. Quieren ganar tiempo, para que la gente, presionada por la miseria y el desengaño, se vayan sin crearles problemas.

Anunciaron el "seguro de desempleo". Esta ley es una colosal burla: los trabajadores ocupados, a través de un nuevo descuento especial, tendrán que mantener a los desocupados; el gobierno queda bien sin gastar un peso. El agravante es que la ley comprende una lista obligatoria de trabajo: el inscripto que no se presente de inmediato al puesto que a ellos se les ocurra darle, sea en lo que sea, pierde automáticamente el seguro.

De esta manera, con el dinero de la propia clase trabajadora, mantienen una "reserva" de mano de obra destinada a bajar los salarios de la misma clase trabajadora. No es de extrañarse que se los allege a utilizar como carneros a la fuerza.

Pero resulta que hasta esta ley trampa es apenas una promesa. En el ministerio de economía, que tendría que organizar su aplicación, no se sabe nada; el anteproyecto está en Trabajo, destinado seguramente a deslumbrar a dirigentes incautos.

Lo único que parece más o menos concreto es la construcción de un aeropuerto, destinado parcialmente al envío de cortes especiales, y quizás terneros en pie, por vía aérea. Es algo experimental, que requeriría una vez funcionando, escasa mano de obra. El trabajo que les darán a los del Swift parece ser, por ahora, cavar zanjas y limpiar terrenos. Además "entrenarían" gente para otras tareas, como en Tucumán. Claro que fuentes de trabajo... no. Los "entrenados" deberán competir con los obreros de la zona que ya están trabajando; ganan solamente los capitalistas.

Hay otra salida?

El gobierno intenta hacer aparecer la situación como completamente sin salida. Pero esto es falso: no hay salida para la ganancia privada, pero sí para la economía nacional, y con plena ocupación obrera. Los ingenios azucareros de Tucumán son un problema distinto: sus costos eran demasiado altos, había superproducción. La exportación es imposible si el estado no pone dinero encima, dinero que tienen que pagar los trabajadores por el encarecimiento del producto. Había otra solución allí, sin embargo, que era la industrialización de la provincia, pero en serio.

En el caso de la carne se trata de una industria con posibilidades de competir en el mundo perfectamente demostradas. En cuanto a la economía de los grandes frigoríficos, basta ver la evolución en los países avanzados para darse cuenta que son la mejor solución: tanto en el mercado común europeo como en Estados Unidos predominan las gran-

des empresas integradas, que producen toda clase de alimentos, y no sólo carnes. Si los capitalistas privados no quieren invertir porque la ganancia es baja, puede hacerlo el Estado. Tendría que modernizar las instalaciones fijas, ampliar la capacidad de producción, diversificar a nuevos productos, como comidas preparadas, carne de cerdo, pollos, verduras enlatadas y desecadas. No sólo no habría que despedir a nadie, sino que haría falta más personal.

La raíz de la crisis son los costos ganaderos, demasiado altos porque los capitalistas estancieros no invierten en tecnificación. También aquí puede intervenir el Estado, expropiando las grandes estancias y realizando las inversiones necesarias para abaratar el ganado e incrementar su producción.

En cuanto a los mercados externos, hay una cantidad de países que no tienen la suerte de contar con tierras y climas como los nuestros. Puede llegarse a acuerdos comerciales sobre bases justas, desconociendo el comercio imperialista, su crisis y sus trampas.

Por qué el gobierno no lo hace, entonces? Porque este es un gobierno de los capitalistas, extranjeros y "nacionales". "Hacer un buen gobierno es para ellos defender y mejorar la ganancia de los capitalistas; sus opiniones son las que le importan, sus críticas son las que escuchan, las leyes que los favorecen son las que aplican.

Solamente un gobierno socialista, un gobierno de los trabajadores y que responda nada más que a las necesidades de los trabajadores puede hacerlo, porque la ganancia privada no le interesa, y sí el bienestar del pueblo.

Qué hacer ahora

No hay un gobierno socialista, sino una dictadura del gran capital. Para que los trabajadores tomen el poder hace falta años de luchas, de experiencias, de fortalecimiento y conciencia para el pueblo, de crisis para el aparato represivo antipopular. La

lucha que debemos esforzarnos por desarrollar para que no nos tucumanicen, para que no nos apliquen la solución del capital, es estrictamente defensiva. Y aún esa defensa parece utópica. Los trabajadores del frigorífico siguen confiando en Guana, y Guana sigue confiando en Manrique, Saleño y demás funcionarios, que solo quieren liquidar el asunto con el mínimo de disturbios. La vanguardia es débil, atomizada, y se encuentra en general a la zaga de la base. La lucha continúa de los compañeros del GOI, recién ha logrado generar una "punta" de resistencia.

Las restantes tendencias se desprecupan del problema central: el hecho de que ante las masas no aparezca una salida propia, una salida obrera, sino solamente distintas variantes burguesas. La Gris, el COR, la Celeste se conforman con "profundizar" alguna de estas salidas, sin plantear una alternativa distinta. Nacionalización ... pero sin pago, o con control obrero. Plan de lucha ... pero clasista, combativo. De esta manera se constituyen en ala izquierda de la burocracia, sin atacar la principal base de apoyo de ésta: la confianza de la mayoría de los obreros en la "buena voluntad" del estado capitalista.

La salida obrera consiste en el mantenimiento de la plena ocupación: que no haya ni un suspendido ni un despido. Pero como a la clase trabajadora le interesa la economía del país, planteamos también la forma concreta en que esto puede realizarse enriqueciendo de paso a la Nación: expropiación de los grandes frigoríficos y estancias, intervención estatal para modernizarlas, comercio bilateral con los nuevos países, con Cuba, con China, con la URSS, pero sobre la base de acuerdos justos. Si el gobierno, defensor de los capitalistas, no quiere hacerlo hoy, nosotros mismos lo haremos mañana, porque un gobierno que se apoya en la crisis y el hambre terminará siendo derrocado.

La forma de luchar es llevar nuestra salida al terreno de la lucha de masas: es el camino de Córdoba, de Tucumán, de Catamarca, de Rosario. El Estado no entiende más idioma que el de la fuerza, y los trabajadores no pueden imponerse si no es a través de la fuerza de su rebelión. Las negociaciones, cuando no se apoyan en una política propia, hecha carne en levantamiento popular, solo sirven para adormecernos y engañarnos. Solo nuestra fuerza en la calle puede impedir la tucumanización; los aliados están allí: son los demás trabajadores, hambreados y desocupados como nosotros; son los estudiantes, rebeldes frente a la falta de esperanzas de un

país en crisis; son los pequeños comerciantes, condenados a endeudarse y a cerrar. Pero esto no es todo: en plena defensiva, esta conciencia de los propios intereses y de la propia fuerza es el germen de la ofensiva, el comienzo de la lucha por un gobierno de los trabajadores que resuelva de una vez por todas la crisis en beneficio de las masas y del país. A la vez, la necesaria unidad de la población trabajadora para luchar en defensa propia es el germen de la futura organización del estado, de los Consejos de trabajadores que en cada ciudad del país administrarán por sí mismos la economía, sin dejarla en manos de patrones y funcionarios. Es un sueño, sí, pero que surge de la propia y triste situación actual, que se deduce de las actuales condiciones de lucha, de la dinámica concreta de la lucha de clases argentina, dinámica de la que Córdoba es importante jalón, que está tomando cuerpo hoy y ahora en nosotros mismos. Es un sueño de gentes prácticas, de materialistas.

21 de enero de 1971
Antonio Morel



El Socialismo, objetivo de nuestra lucha revolucionaria

"Esa libertad por la cual el fuego mismo ha llegado a ser hombre" André Breton- 1934

Con esta nota iniciamos una serie destinada a retomar las concepciones esenciales del marxismo revolucionario. La intención es doble: divulgación y precisión de conceptos; educación de la vanguardia revolucionaria y lucha ideológica. Esta tarea es hoy más que nunca necesaria; el despertar revolucionario de capas proletarias y juveniles se da en condiciones de confusión ideológica sin igual. Los restos del marxismo corrompido por los oportunistas del pasado para justificarse se confunden con las nuevas justificaciones de los nuevos oportunistas; los restos de las concepciones que la burguesía inculca en las masas a través de la educación y la política con las ideas propias de nuevos sectores radicalizados; los intentos burgueses de hacer pasar sus ideas por revolucionarias con los intentos de "revolucionarios" por hacer pasar sus ideas como respetables; la conciencia aún reformista de la clase obrera y las ideas de quienes se inclinan servilmente frente a ella. El ascenso revolucionario de las masas hará una colosal barrida con esta neblina corrupta. Esperamos que esta serie como el resto de nuestra labor teórica y práctica, contribuya en alguna medida a que la limpieza se realice a fondo.

El socialismo en los programas políticos

No hay prácticamente, entre las corrientes que se disputan la dirección política del proletariado argentino, quien no postule para un futuro más o menos lejano el advenimiento de una sociedad socialista. Claro que tampoco hay quien la inscriba en su programa como objetivo concreto, como propuesta política a las masas.

El peronismo, por boca del propio Perón, predijo que el socialismo será el futuro de la humanidad. Pero los objetivos de su partido, también por expresión de su líder, se reducen al "justicialismo": un régimen burgués de explotación moderado, "humanizado", por la intervención bienhechora del Estado.

El partido Comunista -en privado, por supuesto- jura que se propone llegar al socialismo. Pero su programa -el programa del partido, porque el que propaga entre las masas se reduce al parlamentarismo burgués más ramplón- se reduce a reivindicar un estado burgués democrático, una utopía pequeño burguesa que, si se la plantea en serio, es totalmente imposible. Lo de "vistas al socialismo" parece una broma. Todo estado burgués, por desgracia para la clase dominante, tiene "vistas al socialismo". Revolución mediante, por supuesto.

Esto también es válido para Chile: sin la disolución del actual parlamento, con mayoría burguesa; sin el desarme del ejército profesional, nido de conspiradores, y el armamento del proletariado revolucionario; sin la disolución del aparato burocrático estatal y su reemplazo por la gestión directa de comités de trabajadores; sin mandar al paredón o al exilio a los terratenientes y burgueses armados; en una palabra, sin la revolución socialista, lo de "vistas al socialismo" será solo una broma trágica, y la actual "transición" una manera de exasperar la lucha de clases sin resolverla, multiplicando los sufrimientos de la futura guerra civil.

Los desprendimientos de izquierda del partido Comunista, como el PCR, también hablan solo en privado del socialismo. En su programa plantean un "Gobierno popular revolucionario con hegemonía del proletariado". El carácter de clase de este estado, vaya uno a

saberlo. La innovación respecto del PC tradicional es que el difuso "gobierno popular" se apoyaría en el pueblo en armas. Si postulan en serio lo que plantean, puede uno imaginarse el caos colosal, la guerra civil permanente, que significaría poner armas en manos de un pueblo... dividido en explotadores y explotados. Nadie dice que hay que expropiar a todos los burgueses de inmediato; simplemente que las armas, y el poder, deben estar en manos de una de las clases en pugna, y que si esa clase es el proletariado, su ejercicio del poder es la dictadura del proletariado y su objetivo político es el socialismo. Lo mismo vale para el "Estado Popular" de los maoístas.

Los partidos trotskistas -en vez de seguir el sano ejemplo del POR boliviano- prefieren la noche de los gatos pardos. Del socialismo ni una palabra, al menos ante los trabajadores. Reivindican un "Gobierno obrero y popular", al que la diluida definición del PRT La Verdad adjudica tareas democráticas y antimperialistas exclusivas, en el mejor estilo del PC moscovita. Política Obrera mantiene la cuestión del carácter de clase y objetivos políticos del "Gobierno obrero y popular" en un limbo nebuloso. De acuerdo a las necesidades políticas oscila desde un "Estado popular" basado en las organizaciones obreras y pequeño burguesas hasta una peculiar "dictadura obrera fabril", pasando por identificarla con la dictadura del proletariado. Si esta última es la que vale no aclaran por qué le cambian el nombre. Su posición respecto de Chile puede aclarar algo: dicen que, siendo un país atrasado, no está ma duro para el socialismo, y debe conformarse con un "gobierno obrero y campesino", que realice tareas burguesas con "métodos" de masas. En la Argentina, por lo visto, deberemos conformarnos con un gobierno obrero y pequeño-burgués, por razones similares y a falta de campesinos suficientes.

En cuanto a los guerrilleros, inscriben en su programa una sola consigna: la destrucción del poder armado, del ejército. Como dicen los Tupamaros, "el movimiento no difiere de los planteos programáticos de otros movimientos revolucionarios que están en el poder... que aspiran a él". El problema es que estos "planteos programáticos"... difieren todos sustancialmente entre sí. Cuando hablamos de "guerrilleros" nos referimos al aspecto que los define, y que, en el caso de los Tupas, como frente único con esa base define también su programa. Porque al dife-

renciarse como tendencias solo por el uso de "métodos" violentos, hay prácticamente tantas concepciones guerrilleras como partidos y corrientes populares, desde el peronismo al trotskismo. El problema es que la destrucción del poder burgués es un espejismo si en la propia lucha subversiva no se forja el poder proletario que lo reemplace; esto quedó demostrado en Argelia y en la Hungría de Béla Kun; en Bolivia y hasta en la desdichada experiencia del militar Marmaduke Grove en Chile, que quiso imponer los soviets por decreto.

Que cosa es el socialismo

El agravante de esta situación es que el propio concepto de socialismo está bastardeado deformado por la acción conjunta de las teorías pequenoburguesas y las prácticas burocráticas y represivas de los llamados "países socialistas".

Hay una concepción tecnocrática que invierte curiosamente los términos: el socialismo sería, no un régimen social avanzado, inevitable por el desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad, sino un método, un camino, para que los países atrasados puedan salir de su subdesarrollo. Esta concepción encaja muy bien con las apetencias y frustraciones de una intelectualidad encajonada por la crisis del capitalismo dependiente; de los arquitectos, economistas, sociólogos, ingenieros con muchas ideas y pocos medios materiales para realizarlas. Conciben el socialismo como su propia dictadura; una dictadura progresista, ilustrada y patriótica. Suspiran pensando en la privilegiada situación de sus colegas de la URSS; reducen la cuestión a estatización, planes centralizados y disciplina. El látigo y los campos de trabajo forzado serían apenas males necesarios.

Para otros, más liberales y más burgueses, es una cuestión de "modelos": hay un "modelo socialista" y uno capitalista, con sus ventajas y sus desventajas. El primero permite planificar tranquilo, pero tiene el inconveniente de la falta de libertad; el segundo tiene libertad(?) pero es anárquico. No faltan los que proponen "cóckteles" de ambos.

Otra concepción más ligada al marxismo, plantea como requisito previo al socialismo, un "gran" desarrollo de las fuerzas productivas y completar la revolución en todo el mundo. Convierte al socialismo en un reino de los cielos que advendrá recién después del "juicio final": la expropiación de todos los burgueses del planeta. Mientras tanto propone Estados obreros, que serían formas estatales intermedias entre el capitalismo y el socialismo, y de los que la URSS, por ejemplo, sería expresión burocrática y deformada.

Otros por fin, consideran que el socialismo es el régimen social vigente en la URSS (los del PC moscovita), en China (los maoístas) en Cuba (los castristas) y hasta en Argelia o Egipto (los "tercermundistas").

No faltan los que lo convierten en una cuestión de justicia distributiva, o en una mística del ascetismo y la pobreza, en oposición a la sociedad de consumo, o en una revolución espiritual y subjetiva, o en un retorno a la armonía social, o en un humanismo abstracto.

El socialismo para el Marxismo Revolucionario

Antes de comenzar la exposición conviene aclarar algo. En esta nota utilizamos el término "socialismo" para referirnos a la sociedad futura. Marx utilizaba indistintamente "socialismo" y "comunismo", prefiriendo el segundo por el uso que los reformistas hacían del primero. Lenin ensaya, seguramente por razones pedagógicas, utilizar el término "socialismo" para definir la primera fase de la sociedad futura, y "comunismo" para la segunda, aunque aclara cuidadosamente en "El estado y la revolución" que eso no implica una cuestión de principios; utiliza también el término "comunismo" para ambas fases indistintamente. Si bien esta concepción de Lenin tiene alguna difusión entre izquierdistas, preferimos hablar de "socialismo" porque es el término más conocido en medios obreros de vanguardia y más utilizado por los partidos, mientras que "comunismo", desgraciadamente, aunque científicamente más exacto, se

identifica popularmente sólo con "partido comunista".

Para Marx el derecho (entendido como conjunto de formas de propiedad, jurídicas, estatales) no puede superar el nivel que le impone la cultura social y las condiciones materiales de ésta. Con esta afirmación derrumba las ilusiones de los utopistas: que es posible reformar la sociedad por la acción voluntaria de los hombres, si se convencen previamente de que la reforma propuesta es justa y razonable. La voluntad humana puede "reformular" la sociedad sólo si las condiciones materiales se lo permiten, condiciones que la historia, la humanidad pasada, ha creado. Más aún: esa propia voluntad de reforma es un producto de las condiciones creadas por la historia; la humanidad "se convence" sólo de lo que está en condiciones de convencerse, "el ser social determina la conciencia, y no a la inversa". Es el socialismo imposible, entonces? Es... simplemente una utopía?

No, porque el mismo capitalismo desarrolla las condiciones materiales y culturales para su superación revolucionaria, y estas son la base material de la sorprendente propagación de las ideas socialistas (la "voluntad" de los hombres) y a la vez las condiciones necesarias para la realización de estas ideas.

Las leyes de la economía capitalista son el desarrollo de la "lógica interna" de la propiedad privada; pero esta lógica implica lo que constituye la médula del capitalismo: una constante y masiva expropiación de la propiedad privada de la mayoría de los hombres. Primero de los trabajadores independientes: campesinos y artesanos, después de los capitalistas menores; después de las burguesías de los países más débiles por parte de las burguesías de los países más fuertes. El resultado es barrer con todas las diferencias de clases de la vieja sociedad, para dejar sólo dos clases: la de los poseedores, cada vez más reducida numéricamente, y la de los desposeídos, cada vez mayor. En una sociedad mercantil, en que comprar y vender es la relación fundamental entre los hombres y la única para sobrevivir, los últimos no tienen nada para vender, ni medios para fabricar algo que vender. Su única "mercadería" es su capacidad de trabajar, su fuerza y conocimientos: es el proletariado. La situación del proletariado es la negación de la propiedad privada, mientras que la concentración del capital organiza la producción -

y por lo tanto su trabajo- en una escala cada vez mayor de socialización. Este es "el ser social" que determina la conciencia socialista, o, precisando para evitar equívocos, la condición material que posibilita la propagación de las ideas socialistas y a la vez su triunfo.

Los oportunistas aducen que este proceso de proletarización de la población, que arroja a esta situación a la abrumadora mayoría, ha dejado de producirse en el capitalismo moderno. Según ellos el capitalismo forma una "nueva clase media", que serían los empleados. Pero resulta que los empleados son asalariados, vendedores de fuerza de trabajo; la formación de esta capa indica, precisamente, que el proceso de proletarización llega también a las tareas intelectuales. Sus privilegios son sólo temporarios: el capitalismo "racionaliza" y mecaniza su labor, igualándola a la del obrero fabril, y las leyes de la oferta y la demanda, reducen continuamente su salario hasta el nivel medio o debajo de él. Si no ver la situación de los "peritos mercantiles" en la Argentina.

Otros sostienen que cualquier clase -campesinos, estudiantes- puede ser "agente" de la revolución socialista, sin ver que la cuestión no es la capacidad de subversión, ya que levantamientos ha habido muchos desde Espartaco en adelante, sino la capacidad de transformar efectivamente la sociedad en socialista.

El Socialismo, reino de la libertad

La condición del trabajador es el resumen, la esencia, de una determinada sociedad. La sociedad, como decía Darwin, es la forma de adaptación del hombre a las condiciones naturales. La práctica de esa adaptación es el trabajo, que consiste en la transformación del mundo natural de acuerdo a las necesidades humanas, en su "humanización". La civilización no es más que este proceso de emancipación del hombre de la necesidad ciega, natural.

Los medios de producción, o sea la tierra trabajada y los tractores, los animales adaptados a las necesidades humanas, las máquinas y los motores, los automóviles y los caminos, los combustibles y las materias pri-

mas, y los bienes de consumo, todo lo que constituye la riqueza material de la humanidad, no es más que el medio natural humanizado, adaptado a las necesidades del hombre por el trabajo del hombre.

Para el trabajador en el capitalismo, para el proletario, este inmenso mundo de las cosas humanizadas, humanizadas precisamente por su trabajo, es tan ajeno como el mundo natural, es de los capitalistas. El producto del trabajo humano se levanta frente al hombre proletario vuelto propiedad privada, y lo esclaviza. El hombre primitivo vivía esclavizado por las leyes de la naturaleza que no podía conocer ni controlar; por las plagas y las tormentas, la lluvia y la sequía, que determinaban su vida o su muerte sin que pudiera remediarlo. El trabajador moderno vive esclavizado por las leyes de la sociedad, de la propiedad privada, del capital; por las leyes de ese mundo de las cosas que levante con su trabajo. De ellas depende que consiga trabajo o se muera de hambre, que viva o muera.

El socialismo consiste en la liberación del trabajador, no sólo respecto de la necesidad natural, sino también de la moderna "necesidad social", que se expresa en las leyes de la economía y la propiedad privada. El socialismo será, por lo tanto, el reino de "esa libertad por la cual el fuego mismo ha llegado a ser hombre", de acuerdo con la hermosa imagen del poeta surrealista.

La madurez para el socialismo

El marxismo rechaza esa concepción reaccionaria del "sistema", según la cual el capitalismo es una mole compacta y la transformación revolucionaria deberá "venir desde afuera", desde donde ellos suponen que no hay "sistema". El propio desarrollo del capitalismo genera las condiciones materiales y la voluntad subjetiva de la revolución socialista, encarnadas ambas en el proletariado moderno. Esto no es un dogma de fe o algo por el estilo; sabemos bien que, en determinados momentos y condiciones de este desarrollo caídas enormes del proletariado pueden constituirse en vallas reaccionarias. Pero las leyes de desarrollo del capitalismo exigen que

todos los privilegios sean abolidos, hasta los que los mismos capitalistas concedieron para apuntalar su poder político. No vemos al anticomunista proletariado alemán, hasta hace poco orgulloso de su "milagro" económico, luchar contra la racionalización y los despidos en el Ruhr? No vemos al anticomunista y próspero obrero industrial norteamericano acogotado por el alza del costo de la vida?

Dado que el marxismo busca las condiciones para el socialismo en el mundo actual y no fuera de él, es lógico que la cuestión de la "madurez" para el socialismo tenga una gran importancia. Lo utilizaron los reformistas como argumento, para alegar que la revolución era imposible; y también los revolucionarios, para demostrar, no sólo su posibilidad, sino también su necesidad ineludible. También lo utilizaron los revisionistas, antiguos y modernos, para justificar su tesis de "transformación pacífica" del capitalismo monopolista en socialismo.

Un cierto economicismo vulgar, explotado hasta el cansancio por los reformistas, ha hecho estragos en las discusiones marxistas sobre la "madurez". Un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas sociales es, ciertamente, la condición ineludible para que el socialismo sea realizable. Pero este mínimo necesario es imposible de determinar por sí: nadie puede decir cuántas máquinas textiles y tractores, automóviles y teléfonos, toneladas de petróleo y escuelas hacen falta. Podemos constatar, simplemente, que la creciente escala de producción fabril choca con los límites de la propiedad privada, y aún con las fronteras nacionales; que la planificación choca con las leyes de la ganancia privada; que la expansión de la producción choca con el limitado consumo de las masas. Podemos establecer que en nuestra época la humanidad está madura para el socialismo, pero no cuantificar esa madurez en cada caso.

El desarrollo de las fuerzas productivas y de su forma actual, el propio capitalismo, se expresa como madurez de las relaciones de clase. Cuanto mayor sea el peso relativo del trabajador moderno, del proletario, y menor el del campesino tradicional, el trabajador independiente y el burgués propietario en la población, mayor será la madurez de esas relaciones de clase.

Pero esa madurez debe expresarse aún en el plano de la lucha de clases, o sea en el de la conciencia, para que la transformación revolucionaria sea posible.

El avance en la maduración de las fuerzas productivas y las relaciones de clases es realmente arrollador. Lo que en la época de Lenin era una novedad —que una fábrica, o un puñado de ellas que puede contarse con los dedos de una mano, abasteciera países enteros o grupos de países en un determinado producto— es hoy realidad corriente. Ver sino la industria del automóvil, o la del tractor, o la petroquímica, o la siderurgia. La cibernética ha llevado la potenciación del trabajo humano a un grado increíble; la biología y la mecanización convirtieron la agricultura, de actividad basada en la tradición, la rutina y la superstición en ciencia exacta. Las comunicaciones y el transporte revolucionaron la economía y la vida humana. La ciencia permite avizorar una completa remodelación del mundo de acuerdo a las necesidades humanas, y hasta la creación de condiciones favorables para la vida del hombre en otros planetas.

En la época de Marx el proletariado moderno existía solamente en los estrechos límites de Europa occidental, y apenas si nacía en los Estados Unidos. Su peso social era muy pequeño; minoría en las ciudades frente a artesanos y pequeños burgueses, se perdía a nivel nacional en la masa campesina. Ni hablar del mundo colonial, entre la esclavitud, la servidumbre y la tribu. En nuestra época el proletariado es mayoría absoluta en una cantidad de países, en los que la población agraria, ahora también dividida en las dos grandes clases del mundo moderno, representa en conjunto apenas entre el 7 y el 20% de la población. El capitalismo barrió en las ciudades con los antiguamente mayoritarios artesanos; expropió a los propios burgueses menores por millones; proletarizó el trabajo intelectual y arremetió con las antiguas profesiones. El avance de las modernas relaciones de producción en el mundo, especialmente después de la segunda guerra mundial, es verdaderamente sorprendente. Excolonias, como la India y Egipto, cuentan ya con un proletariado industrial con un peso social más considerable que el que tenía Francia en la época de la Comuna, por ejemplo, o Rusia cuando la revolución soviética. La industria pesada de China es hoy mayor, en términos absolutos, que la de Inglaterra.

En un país nuevo como la Argentina, prácticamente deshabitado en la época de Marx, esta maduración es muy rápida, lo que constituye el secreto de la crisis económica y política crónica de su capitalismo dependiente. La joven industria, nacida en la época de la decadencia del capitalismo mundial, es monopólica desde el principio, y enfrenta millones de proletarios a reducidos grupos de burgueses, asociados y sometidos al capital financiero internacional. La población agraria es marcadamente minoritaria, y en la población urbana el peso de los proletarios fabriles y no fabriles es abrumador.

El fantasma del comunismo, que en la época de Marx recorría el mundo civilizado erizando la nuca de los burgueses, ha sido hoy llevado por éstos -bien involuntariamente, por cierto- a todo el planeta. Hoy más que nunca la revolución socialista es posible; cada transformación económica o social no hace más que confirmarla en el orden del día de la historia.

Este proceso de maduración fue enarbolado a principios de siglo por el social-demócrata Bernstein, y hoy por los partidos comunistas europeos, como fundamento para una "transición pacífica" del capitalismo al socialismo. Bastaría, según ellos, con sucesivas reformas institucionales respaldadas por el aplastante peso electoral del proletariado.

Para su desgracia, el desarrollo histórico es mucho menos idílico. Cuanto mayor es el desarrollo de las fuerzas productivas, y de las relaciones de clase que en ellas se apoyan, mayor es el muro de violencia institucionalizada que la burguesía opone al peligro de su sanción en el plano político, o sea la revolución socialista. Tira al tacho de basura la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y de asociación, los derechos personales en general. Convierte las elecciones en una burla, o las suprime directamente; designa a dedo, desconoce o suprime directamente los parlamentos; se entrega en manos de militares y policías, sus defensores pero también sus nuevos amos; recurre a la extorsión, al asesinato, a las torturas más feroces, forma un selecto cuerpo internacional de asesinos a sueldo, y convierte a estos personajes en sus héroes predilectos; gobierna el terror convertido en sistema totalitario permanente, y masacra cuando puede las rebeliones en verdaderos genocidios masivos. Y conste que no hablamos sólo de nosotros mismos, los "subdesarrolla-

dos" argentinos; también de los avanzados norteamericanos y los "democráticos" europeos, y hasta de los "socialistas" estados que oprimen a los trabajadores en la URSS, en Checoslovaquia o en Polonia.

La revolución socialista está en el orden del día de la historia, pero como decía Marx la violencia revolucionaria es su partera.

El estado, la revolución y el socialismo

Las diversas tendencias anarquistas de fines del siglo pasado planteaban desde el desconocimiento del Estado y de la acción política hasta su abolición inmediata como primera medida de una insurrección triunfante. Su planteo tenía una grave falla: nada hay tan autoritario, como una revolución, decía Engels. Se quiera o no se quiera, el proletariado triunfante es un poder, aunque sea un poder distinto, aunque sea un poder democrático, aunque sea un poder de la mayoría sobre la minoría. Derogar la constitución burguesa y sus leyes, expropiar una buena parte de la industria y la propiedad terrateniente, disolver el ejército y las fuerzas de represión, fusilar a los conspiradores burgueses son sin duda actos de fuerza. Por eso Marx prefirió hablar claro, y llamar al poder de la revolución "dictadura del proletariado".

El Estado, y el ejército como su brazo armado, es la violencia organizada, sistematizada en leyes, santificada por la tradición. El Estado no es eterno; surgió ante la necesidad de una fuerza organizada para mantener el orden (el gorilaje tiene antiguos antecesores) cuando la sociedad se dividió en clases, para que el antagonismo de éstas no llevara al sistema a la destrucción. Como las clases formadas eran precisamente explotadores y explotados, no hace falta pensar mucho para darse cuenta quienes querían mantener el orden existente y contra quiénes.

Las sucesivas revoluciones, encabezadas como estaban por clases explotadoras "nuevas", no hicieron sino perfeccionar la maquinita, para utilizarla a su vez para mantener su

orden. El Estado llegó a convertirse, en nuestros días, en un verdadero monstruo, y en la síntesis de esa barrera de violencia que levanta la burguesía frente a ese socialismo que incuba en su seno.

Nuestra lucha revolucionaria es contra este Estado y por su completa destrucción. Esta tarea es inmediata, y no admite más dilaciones que las derivadas de la debilidad del proletariado para consumarla con éxito, en un momento dado.

El poder político con que el proletariado reemplaza al Estado no es ya, en rigor un Estado. Este, como institución histórica tiene por objeto la sumisión permanente de la clase explotada. El poder proletario, en cambio, está destinado a extinguir la clase explotadora como tal, lo que necesariamente es una misión transitoria. Toda su estructura, su organización, debe adaptarse a dos hechos: que es el gobierno, el poder directo de las masas proletarias, de la mayoría absoluta de la población, y que su objetivo es aplastar la violencia del adversario para abrir paso a la libre asociación, a la gestión directa de la economía y de la sociedad por los propios trabajadores, a la administración de las cosas y no de las personas.

Por eso es una burla llamar "Estados socialistas" a los adefesios burocráticos destinados a apagar y reprimir los impulsos revolucionarios de los trabajadores de la URSS y Europa Oriental. Preferimos, como sugería Engels a Bebel en 1875, referirnos al poder político de la revolución como "Comuna", para diferenciarlo claramente del aparato burocrático-militar-parlamentario - destinado a reprimir a las masas-, que impera en los países capitalistas, y del aparato burocrático-partidario-militar que impera donde las revoluciones proletarias fueron traicionadas.

Estas últimas, lejos de ser "dictaduras del proletariado", forman parte de la "barrera de violencia institucionalizada" que la burguesía mundial levanta frente al avance del proletariado revolucionario. Si estos estados revisten formas especialmente brutales es justamente porque deben ahogar a los descontentos proletarios más "peligrosos" para el capitalismo mundial, porque ya se liberaron de sus burguesías nacionales y porque su organización social es muy avanzada.

La Comuna proletaria

La revolución proletaria debe derrotar y disolver para siempre el ejército profesional, y reemplazarlo por el proletariado en armas. La "tecnificación" de la guerra moderna no es un pretexto; nada impide a los proletarios tener un doble oficio, civil y militar. Allí donde sea posible los mandos militares deben ser delegados elegidos por la base, y cuando no sea así contar con tal consenso de ésta. El poderío del imperialismo tampoco es pretexto. Nada mejor para enfrentarlo que un pueblo entero en armas; nada peor que una nueva casta burocrática militar, aunque esté formada por revolucionarios.

La gestión de todas las empresas debe estar en manos de los propios trabajadores. No se trata del simple "control": deben ejercer la dirección, en forma exclusiva. Los economistas, los arquitectos, los ingenieros, los administradores deben actuar como empleados de los trabajadores en conjunto y no como sus amos. Las cuestiones económicas deben ser decididas en los organismos políticos, democráticos, que instaure el proletariado, en el que los "especialistas" podrán sólo defender sus ideas. Nada de paternalismo tecnocrático. Esto vale a nivel nacional, local, y de una simple fábrica. Los mismos organismos dirigirán la marcha del sector de la economía aún no socializado, a través del voto de resoluciones indirectas (impuestos, precios) o directas (condiciones de trabajo, co-operativización, expropiación de contrarrevolucionarios).

El sistema yugoslavo, que combina la gestión con la distribución de las utilidades, es reaccionario porque divide al proletariado, corrompe y establece diferenciaciones salariales injustas. Los salarios deben ser discutidos a nivel nacional, en la asamblea u organismo político de las masas. Esto no implica una "igualación" hacia abajo. Ningún trabajador asalariado debe ver reducidos sus ingresos. La igualación debe hacerse paulatinamente "hacia arriba", y "desde" abajo, a través de la creciente gratuidad de servicios y productos, como se experimentó en Cuba. La igualdad, en realidad, no se realizará nunca. Cuando los ingresos sean suficientes para realizarla al máximo nivel, y los trabajadores hayan alcanzado el nivel de conciencia necesario, se pasará directamente a

la gratuidad de los bienes de consumo y servicios personales.

Se deberá abolir la distinción entre organismos deliberativos y poder ejecutivo. Este sistema parlamentario sirve solamente para engañar a las masas con charlas interminables. El poder proletario deberá constar de una asamblea nacional única y asambleas locales, que discutirán lo que hay que hacer y lo llevarán a cabo, mediante comisiones especiales formadas en su seno. Los representantes de los trabajadores no serán votados por cuatro años, para que después hagan lo que quieren: se mandatos deberá ser revocable en cualquier momento; sus electores deben poder imponerle su opinión también, cuando lo consideren necesario.

Ningún funcionario público podrá ganar más que un obrero fabril, sea quien sea. Todos los responsables deben ser elegidos por el voto del pueblo, y no como en el parlamentarismo burgués en que es el presidente el que designa a gusto y piacere a los que verdaderamente cortan la milanesa.

La libertad política debe ser irrestricta, salvo para los enemigos de la revolución que deben ser aplastados sin vacilaciones. Se considerará enemigos de la revolución sólo a los que se levanten en armas contra ella, conspiren probadamente para hacerlo o llamen públicamente a su derrocamiento. Deben proscribirse las canalladas "interpretaciones" al estilo de los "Juicios de Moscú" del stalinismo.

Esta es, en rasgos generales, la dictadura del proletariado que proponemos como única transición posible del capitalismo al socialismo, y a la vez como primer paso de éste. No hemos hecho más que recoger el análisis de Marx de la Comuna de París y precisarlo y ampliarlo en algunos puntos (como gestión y salarios) de acuerdo a la experiencia, muchas veces triste, de una docena de revoluciones proletarias. Se trata de un esbozo tosco: en nuestra época, en que la revolución socialista, con sus avances y retrocesos, es una realidad, el programa de los partidarios de la revolución socialista debe ser más minucioso y detallado, analizar cuidadosamente la experiencia histórica habida, definirse con claridad sobre cuestiones como estímulo material y conciencia revolucionaria, planificación y descentralización, acumulación y fondo de consumo, fusión del trabajo intelectual y manual, cultura y arte, educación, ocio, gratuidad

Los dos niveles del socialismo

La dictadura del proletariado inicia la primera fase de la sociedad socialista o comunista. Durante su transcurso, de acuerdo a la conocida y feliz definición, imperará el principio "a cada cual de acuerdo a su trabajo". Esto significa que cada trabajador cobrará, de acuerdo al nivel salarial de su Oficio y categoría, la cantidad de horas que haya trabajado. De más está decir que la sociedad garantizará trabajo a todo hombre, manteniéndole como si lo hiciera durante todo el tiempo en que esté involuntariamente desocupado. También durante el tiempo en que la función social que se le asigne sea estudiar. Las experiencias de pago a destajo, premios a la producción, etc. demostraron tener un carácter reaccionario. El argumento de la "calidad" del trabajo aportado a la sociedad no es válido, porque las fuerzas de trabajo son colectivas, y la "calidad" el resultado del esfuerzo de conjunto. Lo que se paga, aún bajo el capitalismo, es un determinado desgaste de energía o tiempo humano, que solo se puede medir en horas. Los "premios" a la mayor producción son simples zanahorias delante de la nariz. Las leyes de trabajo forzoso como la recientemente sancionada en Cuba, también son reaccionarias. El que no quiera trabajar, simplemente, no comerá. Hacer más es entregar el proletariado a la burocracia y la policía, con el peligro que esto presupone para la propia dirección revolucionaria. A las masas se las dirige con política revolucionaria, y no con decretos. Esto en Cuba significa organización socialista del poder la producción y la cultura.

La segunda fase del socialismo se inicia con la extinción del poder político y de la misma democracia, entendida como sometimiento de la minoría a la mayoría. También se terminará con la "igualdad" económica del sistema salarial, que no es tal porque se aplica a hombres desiguales. El principio será entonces: "a cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades". La gratuidad será completamente general y el trabajo completamente libre, sin otra obligación que la que cada cual libremente se imponga. Esto dista de ser un utópico paraíso, fin de las contradicciones y de la historia. Las dos premisas lógicamente sobre la base de un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

son perfectamente realizables, y la ciencia actual lo demuestra. En cuanto al consumo gratuito, no habrá nadie que se atiborre de pan si el pan es gratis, siéndolo también los restantes alimentos. El equilibrio se establecerá en un nivel elevado de consumo—seguramente mucho mayor que el actual—pero será completamente estable. En cuanto al trabajo libre, se basará en la total automatización de las tareas penosas o simplemente repetitivas quedando para los hombres el continuo avance sobre los límites de la ley natural.

La objeción más común al marxismo se apoya, precisamente, en este su objetivo final como movimiento político. Según los detractores, este "paraíso final" muestra la falacia del sistema entero, porque siendo la historia a historia de la lucha de clases, avanzando la sociedad a través de contradicciones, el fin de éstas sería el fin de la historia, lo que es imposible. Lo que estos señores omiten es que las clases surgieron en un determinado estadio del desarrollo de la humanidad, como necesidad de este mismo desarrollo. Quiere decir esto que hay una historia anterior a las contradicciones de clase, y que puede haber una posterior. La contradicción básica del hombre es con el mundo natural; sus armas en esta lucha son su trabajo material de transformación, infinitamente potenciado por las máquinas que también son "mundo natural" transformado; el trabajo científico y el trabajo artístico. La historia del futuro será la historia de la libertad contra la necesidad, del hombre contra el destino, contra la fatalidad, contra la muerte. Será la continuación de aquella lucha que inició la humanidad hace milenios y de la que Prometeo, el que le robó el fuego a los dioses, fue un símbolo.

Las 'tareas' y el 'carácter' de la revolución

Cuestiones tales como el "carácter" de la revolución y sus "tareas" han desvelado por décadas a la izquierda argentina. Es este un problema que tiene gran importancia en la historia del pensamiento marxista. Sucede que el desarrollo del capitalismo en el mundo es desigual, de manera tal que coexisten en un mismo equilibrio político internacional factores derivados de distintas relaciones de clase. Pero esto no es todo: el comer-

cio, la guerra, la inversión de capitales, la difusión de la cultura y la ciencia combinan estos factores para un país dado.

En 1848 se desató una ola revolucionaria en Europa. Mientras en Francia acaudillaba las luchas el proletariado contra los capitalistas, en Alemania—social y sobre todo políticamente retrasada—la lucha era del "pueblo" por la unidad nacional y contra los restos del feudalismo. Ese "pueblo", sin embargo, ya estaba dividido en clases; no era ya igual al que hiciera la revolución francesa y la inglesa en los siglos anteriores. Había un proletariado y una burguesía que debían definir su política en la revolución burguesa atrasada.

Marx propuso una política para el proletariado alemán que consistía en participar activamente en la revolución democrático-burguesa, "impulsar la rueda de la historia". Pero a la vez, reconociendo la peculiar combinación de madurez y atraso que significaba una revolución burguesa con un proletariado en su seno diferenciado como clase, sostenía que el proletariado debía llevar la revolución hasta el extremo y no reducirla a realizar las "tareas" burguesas sino proseguirla hasta conseguir sus propios objetivos socialistas. Marx denominó a esto "revolución permanente".

En los últimos años de Marx hubo una polémica en el movimiento socialista europeo. En Europa occidental el ciclo de revoluciones burguesas había terminado. Como los burgueses también temían una permanencia de la revolución como la propugnada por Marx, estas últimas revoluciones terminaron... sin revolución, ya que los capitalistas alemanes e italianos se apresuraron a pactar con monarcas y señores para enfrentar juntos, con un mutuo y reforzado poder estatal, la amenaza proletaria.

Pero había tres grandes "enfermos" de Europa: el imperio ruso, el imperio turco de los Balcanes y España. En los tres mantenía un caduco pero reforzado por las circunstancias poder absolutista, en los tres la débil burguesía estaba en la oposición y no en el gobierno. Marx alcanzó a propugnar para Rusia, que le interesaba sobre manera por su papel en la política continental, una nueva tesis de "revolución permanente": la unión de la revolución socialista occidental con el antiabsolutismo ruso, que permitiría a las comunas campesinas del imperio con la ayuda del proletariado de occidente, saltar del despotismo asiático al socialismo, sin pa-

sar por el capitalismo.

Triunfó en la socialdemocracia otra tesis, hecha después célebre por el estalinismo debido a su aplicación "demoledora" de revoluciones: la de las "etapas". Según esta teoría, el proletariado de un país donde la burguesía aún no logró el poder y por lo tanto la posibilidad de imponer su constitución y leyes a la sociedad, debe apoyar a la burguesía hasta que esta lo consiga, y recién entonces, en el marco de las instituciones políticas del capitalismo, iniciar la lucha por el socialismo. El triunfo de esta teoría tenía un secreto: una insurrección obrera puede combinarse internacionalmente con una insurrección democrática, pero una práctica parlamentaria y reformista no. Si los stalinistas la reflataron después tampoco fue casualidad: para "construir el socialismo en un solo país", la URSS, sin que el imperialismo los acosara, necesitaban "paz" social en el mundo; lo de las etapas les evitaba incómodas responsabilidades y solidaridades.

La revolución rusa fué, finalmente, "permanente", pero solo en el viejo sentido que Marx le había dado para Alemania: prosecución de la revolución democrática hasta la destrucción de todo Estado represor y la instauración del poder político proletario. Si no lo llegó a ser en el segundo sentido, vital porque era la única esperanza de realizar el socialismo en un país con aplastante mayoría pequeño-burguesa, fué justamente por la traición de la socialdemocracia europea, de la que la propia tesis de las etapas fuera uno de los primeros síntomas.

La cuestión famosa del carácter de la revolución volvió al candelero a raíz de la revolución española y la ola de rebeliones anticoloniales. La suerte fué aquí desigual. En España como reconocimiento quizás al mayor desarrollo del proletariado español - la burguesía terminó con el viejo absolutismo, pero para reemplazarlo, después de sofocar en sangre la revolución, por una "moderna" dictadura fascista, o sea por lo más nuevo que ofrecía el capitalismo en cuestión de Estados. La revolución anticolonial, por su parte, dado el raquitismo de sus burguesías locales, culminó en pocos casos en regímenes burgueses más o menos estables (India, y Egipto, por ejemplo), se desarrolló como "permanente" en otros (China, Corea, sudeste asiático) o desembocó en el estancamiento, en la guerra civil endémica, por debilidad de todas las clases (África negra). El drama de estas revolucio-

nes, el de Rusia, es falta de "permanencia" en un sentido internacional de la revolución: la ausencia a la cita del proletariado de los países avanzados.

En América latina el ciclo de revoluciones anticoloniales abarca desde 1810 a 1820, con excepción del retrasado Caribe. La casi inexistencia de clases modernas perpetuó la revolución en guerra civil endémica hasta el primer cuarto de siglo, prácticamente. El efecto combinado de las inversiones extranjeras, la inmigración, la valorización de los productos de la tierra y de las minas en el mercado mundial y la pauperización de extensos sectores campesinos por la competencia o la violencia posibilitó el surgimiento de una sociedad "moderna", aunque de manera sumamente desigual por países. Las burguesías locales, apenas nacidas del crimen y del robo de tierras, se encontraron con un Estado propio, que podían comenzar a usar de inmediato y sin necesidad de voltear a nadie para imponer su "orden" y legalizar su explotación.

La legalidad burguesa tan fácilmente conquistada, con la sangre de los patriotas de un siglo antes, les sirvió apenas para obtener las migajas del botín. Quienes aprovecharon sus "constituciones" y "códigos" para desarrollar el capitalismo y explotar proletarios fueron los "capitanes" del capital financiero internacional. Los burgueses criollos habían llegado tarde al reparto, mucho más tarde todavía que sus congéneres alemanes e italianos.

Como no necesitaron al "pueblo" para obtener el poder, como no necesitaron revolución burguesa, lo mantuvieron en la pasividad y despolitización. El cansancio y la sangría causados por la guerra civil de un siglo les permitió hacerlo - por un lapso histórico que varía con el ritmo de maduración de cada país latinoamericano - convirtiendo las instituciones democráticas en "club de propietarios" con payasadas anexas. No hace falta detallar más para ver por qué la revolución permanente fué imposible.

En cuanto a las "tareas" burguesas que faltaban, las realizaron a la manera capitalista, y en forma totalmente desembosada. Regularon la reforma agraria, excluyendo a las comunidades campesinas de sus tierras y convirtiendo éstas en propiedad privada burguesa. Hicieron pasar a los indígenas nómades de la barbarie al exterminio "civilizado" en un solo paso, con fusiles de repetición en

la Argentina y con subametralladoras y aviones en el Amazonas. Forzaron a proletarizarse a los campesinos expropiados con draconianas "leyes de vagos".

El poderío de todo burgués considerado aisladamente en un momento dado, "brota" siempre de determinada legalidad impuesta por el Estado de la propiedad privada. En el capitalismo monopolista actual la dependencia es mucho mayor: el poderío del burgués depende de una determinada práctica del Estado: protección aduanera, créditos, subvenciones, contratos oficiales, y "planes de desarrollo".

Este entrelazamiento es, para las burguesías latinoamericanas, orgánico y de nacimiento. Su propia existencia como clase depende de su Estado. Burguesía leguleya y "política", no tiene otra cosa que el poder para negociar con el capital financiero internacional, salvo la gran producción agropecuaria para el mercado mundial. No es de extrañar, por lo tanto, el peso social que el ejército-la fuerza propiamente dicha- tiene en su composición social y política.

En esto está la paradoja fundamental de las relaciones de las burguesías latinoamericanas con el capital internacional. El poderío de un Estado- y por lo tanto su capacidad para "negociar"- depende del grado de desarrollo económico y social que alcance el país. Pero este desarrollo fortalece a las dos grandes clases de la sociedad moderna: el proletariado y el capital monopolista internacional, y debilita a la propia burguesía nacional, base social del Estado.

Su respuesta es una creciente intervención estatal en la economía, vía expropiaciones e inversiones, políticas deferenciales, etc. De esta manera consiguen desarrollarse manteniendo a la vez su poderío relativo en la negociación con sus socios del capital internacional (estos también entrelazados con sus Estados, los utilizan como fuerza de presión, lo que consiste la principal forma actual de la política imperialista).

Pero si las burguesías latinoamericanas consiguen así- mal que mal- mantenerse frente a sus socios imperialistas, no pueden impedir un acelerado debilitamiento interno frente a la otra gran clase moderna: el proletariado. Este crece, en términos absolutos y relativos, y aumenta su concentración y cultura, tanto si la gran industria es propiedad

del imperialismo o del Estado. La burguesía menor, mientras tanto, desaparece, y no es para ella más agradable que lo sea a través de la competencia monopolista o del peso de los impuestos.

Para los socialnacionalistas y la izquierda revisionista este proceso lleva automáticamente al socialismo. Vuelven a omitir que cuanto más se desarrollan las premisas para el socialismo mayor es la violencia institucionalizada que le opone, vía Estado, la burguesía. Y en esto están de acuerdo "nacionales e internacionales" del capital. La defensa de la propiedad privada es el eje de la nueva "santa alianza" continental y su resquebrajado Parlamento, La OEA.

Será socialista o no será!

Para los teóricos de las "etapas" y las "transiciones" el carácter de la revolución se desprende de tres "tareas" presuntamente incumplidas de la revolución burguesa: reforma agraria, democracia e independencia nacional.

La reforma agraria, vimos- podemos explicarnos sobre el tema todo lo que sea necesario- ya fué realizada por el capitalismo en casi toda América Latina, con la excepción de Perú, Ecuador y algunos "enclaves" como la isla de Chiloé en Chile. Los revisionistas la tienen delante de las narices y no la reconocen: la reforma agraria burguesa consiste en convertir la tierra en propiedad privada, barriendo con toda otra prerrogativa, inmovilidad o derechos; consiste en expropiar campesinos e indígenas, obligándolos a vender su fuerza de trabajo para vivir, a convertirse en peones o proletarios fabriles. Consiste en erigir un orden agrario basado en la obtención de ganancias capitalistas: no en la satisfacción de las necesidades humanas, despectivamente apodadas "autoconsumo" por los tecnócratas. El latifundio, que enciende de santa indignación a la izquierda revisionista, es justamente el símbolo y realización máxima de la "reforma agraria" del capitalismo. Que es bestial, inhumano, atrasado? Que condena a las masas a la muerte y la miseria? sí señores. Porque así es el capitalismo putrefacto de nuestra época es que el socialismo aparece como única salida para la humanidad. Donde la reforma agraria no está, efectivamente, completada; donde el campesinado siga representando una fuerza social de envergadura, postulamos para el prole-

tariado una política audaz de alianza, que puede conceder concesiones como el "reparto". En esto vamos más lejos que los reformistas y con menos palabrerío social. Nuestro objetivo es la dictadura del proletariado.

Pero en la gran mayoría del territorio latinoamericano ofrecer concesiones a la pequeña burguesía agraria es francamente criminal. Propugnamos la revolución agraria, basada en la expropiación de todos los grandes fundos y estancias y el poder íntegro para el proletariado rural, a través de comités de obreros y peones.

Se es, íme también a la "democracia" tarea incumplida, y lo cierto es que la democracia latinoamericana es una farsa o no existe directamente.

La democracia no es una "condición" necesaria del orden institucional del capitalismo. Donde se incluyó en su programa revolucionario fué como consecuencia y expresión legal de su necesidad de movilizar al conjunto del pueblo contra el feudalismo y el absolutismo. En donde y cuando pudieron los burgueses la reemplazaron por el voto calificado (en Inglaterra fué solamente de propietarios, por ejemplo) o por formas más o menos desmbozadas de dictadura de clase, como la proscripción de partidos, leyes de seguridad, etc.

En Europa Occidental la democracia fué, en general, una reivindicación proletaria, una "reforma" que el proletariado necesitaba para lograr su unidad política en la lucha por el socialismo. Vemos así que en Inglaterra esta lucha estuvo en manos del cartismo, movimiento exclusivamente proletario que constituyó uno de los pilares de la Primera Internacional. En Alemania la lucha fué encabezada - y presidió, por así decir, su formación como partido - por la socialdemocracia, baluarte de la Segunda Internacional. Esta campaña (antiburguesa) se llamó "lucha por los derechos políticos".

En Estados Unidos, en las agravadas condiciones del Estado monopolista, no otro es el contenido (reformista político) de la lucha de los "poderes": poder estudiantil, poder negro, poder marrón, etc.

En América Latina vimos que la burguesía no necesitó de las masas ni de la revolución

para conseguir el poder estatal y el orden legal. Las luchas posteriores por derechos políticos democráticos englobaron a dos sectores: al proletariado naciente, que buscaba su unidad de clase en la lucha política, y a los sectores expropiados de la burguesía menor, que veían levantarse ante ellos a su propio Estado como gendarme de un orden social que los arrojaba a la miseria. El segundo sector condenado a desaparecer o desaparecer ya en gran medida, verdadero "fantasma" social, no puede lograr la democracia, y ni siquiera la lealtad de sus líderes, que se les dan vuelta apenas tienen la manija, desde Bataillon a Frondizi. Su exponente argentino actual es el lloroso Balbín, el caduco Illia el "comité" maltrecho y envejecido.

Solamente el proletariado puede realizar la democracia. Pero siendo su poder incompatible con el orden social capitalista solo puede realizarla en un nivel incomparablemente más alto: la democracia de la "Comuna" proletaria, la democracia del socialismo.

Los intentos de utilizar la fuerza social del proletariado para realizar la democracia a la que aspiran los pequeños burgueses anti monopolistas constituyen una Utopía, representada hoy políticamente por el peronismo y el frente populismo. El primero, precisamente por ser su base proletaria incompatible en el poder con el orden capitalista, puede llegar al gobierno solo como traidor a la democracia, como colaboracionista (Luco o Sarg) lo que constituye una negación de su fuerza y una forma de autoliquidarla (caso Solano Lima).

El segundo encuentra su imposibilidad en el programa de poder: son duras las leyes de la revolución, y, como decía el mismísimo Vucovic, el "camino del socialismo" implica expropiar a los pequeños burgueses tanto como el camino del capital monopolista, lo que expresado en el nivel político, es el fracaso de la democracia policlasista.

En cuanto a la "independencia Nacional" otra vez los izquierdistas se niegan a ver lo que tienen bajo las narices. En la época del capitalismo monopolista, del entrelazamiento del capital privado y el Estado, en un continente en que la burguesía debe la vida misma a su Estado "independencia nacional" burguesa es esto. Qué miserable! Qué complice, prostituida, entregada es esta "independencia"! Cuando levantar el gallo es para mejor negociar; cuando se hacen los estrechos frente a los Estados imperialistas,

es para elevar la cotización de sus trase-
ros. No vemos el rol vergonzoso de los repre-
sentantes latinoamericanos en la diplomacia
mundial, en la UN, en la OEA ? son "independen-
dientes", lo cual quiere decir que ponen pre-
cio a sus votos y complacencias.

La "independencia nacional" sirve también
para explotar más a los trabajadores con el
cuento de los intereses del país, para ilu-
sionar a la intelectualidad con sueños de ri-
validades módicas y grandezas muy futuras,
para santificar el despotismo militar y el
sofocamiento de la libertad política y, sobre
todo, como arma suprema frente a la lucha de
clases y la insurgencia proletaria, "que di-
vide a la Nación". En Chile, sin embargo,
donde la burguesía batió el parche nacional
por décadas, y especialmente el parche anti-
argentino, no tienen ningún prejuicio para
dividir a la Nación y arrojarla en brazos
de Lanusse.

En Bolivia, en cambio, los mineros serían
"antinacionales" y "cipayos", le harían "el
juego al imperialismo" porque no quieren ca-
pitular en sus aspiraciones y derechos en
beneficio de Torres. En este asunto de lo na-
cional todas las vacas son suyas, señores ca-
pitalistas ?

En resumen : creemos que el "carácter" de
la revolución, que se desprende de sus "ta-
reas" en América Latina, o sea la expropiaci-
ón del gran capital y la destrucción del Es-
tado capitalista y su ejército, es socialis-
ta y nada más que socialista. Creemos que
los restos de reforma agraria burguesa aún
incumplidos en el Continente no cambian es-
ta caracterización general.

La democracia será proletaria o no será,
la independencia frente al imperialismo será
de clase, será expresión de la revolución
socialista que recorre el mundo o no será.

La "etapa" burguesa que faltaría es un mi-
to, y en manos del revisionismo un argumen-
to miserable para cubrir su claudicación pa-
cifista y enemiga de la revolución. La "revo-
lución permanente" ya no fué, y es hoy impo-
sible porque la revolución burguesa es impo-
sible. En América Latina no puede ser plante-
ada ni en su tesis "interna" ni en su tesis
"internacional". Si la revolución escapa
los límites nacionales, ignora las fronteras.
es por el carácter internacional de los de-
enemigos enfrentados: el capital monopolista
y el proletariado. Por el desarrollo histó-

no concreto de la conciencia de este último
podemos hablar de "revolución latinoamericana"
que en nuestro caso se expresa, en esta eta-
pa, como revolución en el Cono Sur de Améri-
ca.

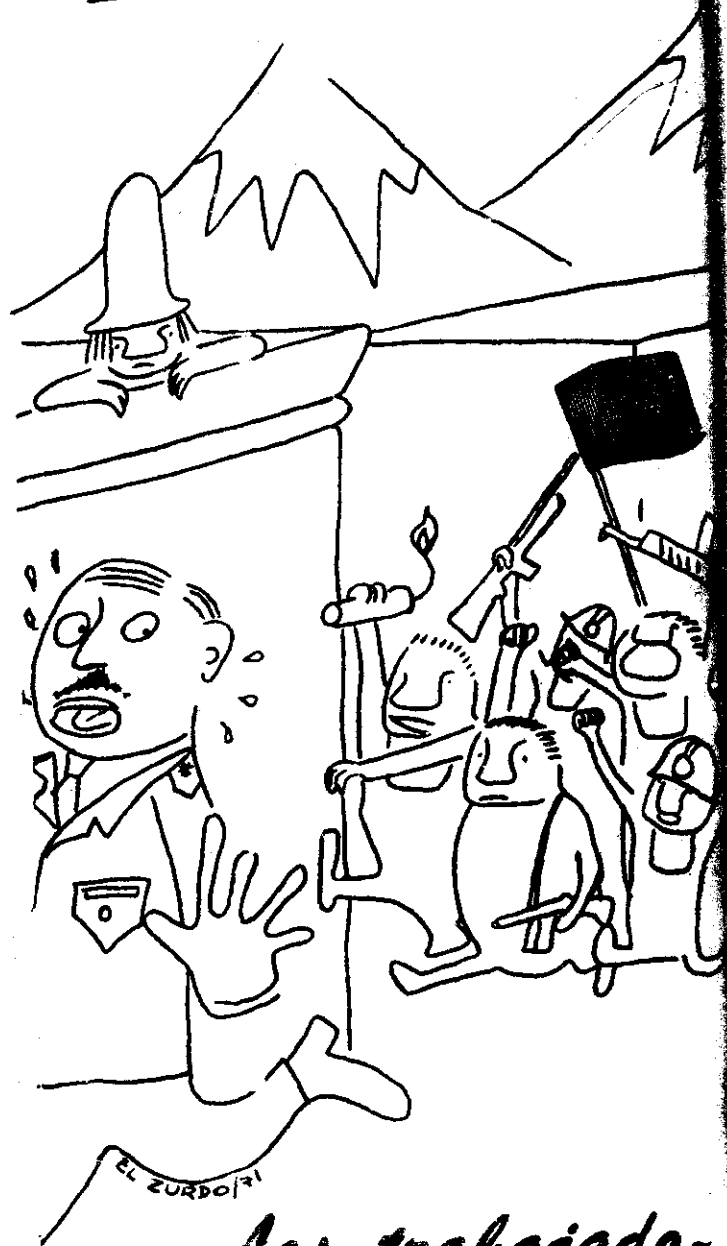
Otra observación, por último: del carác-
ter necesariamente socialista de la democra-
cia y el antiimperialismo no puede deducirse
un contenido "objetivo" o automáticamente so-
cialista de las luchas de este carácter. El
proletariado debe diferenciarse políticamen-
te del caduco, utópico y mentiroso democra-
tismo de la pequeña burguesía expropiada y
del "antiimperialismo" de la oligarquía bur-
guesa o los militares desarrollistas. Esta di-
ferencia se llama programa socialista, y su
expresión organizativa es un partido de los
partidarios del socialismo. El proletariado
es la única clase que puede dar una salida
viable a todo el pueblo, pero para poder ha-
cerlo tiene que ganar su independencia polí-
tica, aparecer como opción concreta y masiva
en la política nacional.

Antonio Morel

1 de febrero de 1971



BOLIVIA



*Los trabajado-
res siguen a To-
rres en la mar-
cha hacia el
Socialismo*

la contradicción entre la adopción a fondo del bolcheviquismo y el mantenimiento de las tradiciones cuartistas.

Apenas comiencen nuevamente las sesiones en septiembre será sometido a la Asamblea el informe de la comisión investigadora de los crímenes cometidos bajo los gobiernos de Barrientos y Ovando. La asamblea deberá pronunciarse sobre los responsables de la masacre de San Juan, y los asesinatos de dirigentes obreros y campesinos. Esto implicará decidir quien detiene a los responsables y quien los juzga. Este solo hecho enervará al máximo la reacción de la burguesía y el ejército y la politización revolucionaria de las masas bolivianas. El enfrentamiento se hará prácticamente inevitable. Por este motivo, y para constituir realmente a la Asamblea en un órgano de poder, la creación de las milicias y el armamento moderno de los obreros será una cuestión vital para las perspectivas de la revolución boliviana. Junto a esto la extensión nacional de la Asamblea es lo que permitirá la unidad orgánica en todos los niveles de los explotados bolivianos.

Un párrafo aparte merece el papel comprobado que representó Arguedas en los asesinatos de dirigen

tes obreros, en especial, como ordenador directo de la muerte de Isaac Camacho, dirigente minero porista. El hecho que la comisión investigadora pida a los sindicatos cubanos que detengan y remitan a Bolivia a ese asesino antiobrero, y que la comisión se tenga que trasladar a Cuba para tomar declaración al propio Arguedas, sin mediar por parte del gobierno castrista el menor intento de conceder la extradición, muestran adónde pueden llegar las alianzas diplomáticas que forja el estalinismo de izquierda. Es inaudito que este hijo de puta se cobije en Cuba mientras los obreros bolivianos exigen juzgarlo. El supuesto revolucionarismo del castrismo frente a la intelectualidad reformista que pidió por Padilla, va a parar al diablo frente al caso Arguedas.

Es un deber ineludible para la vanguardia obrera y estudiantil argentina pronunciarse frente a la revolución boliviana, en el sentido de alentar a fondo las perspectivas de desarrollo revolucionario de la Asamblea Popular. Y es un deber por las concomitancias de la propia dictadura militar de Lanusse con el fascismo boliviano y ante la eventualidad de una intervención militar argentina, como en 1967, contra las guerrillas del Che Guevara.

Carlos Monasterios

23.7.71

Qui Hacer. N° 3 agosto 1971

El Programa de SiTraC-SiTraM

El 22 y 23 de mayo se realizó en Córdoba el Plenario de gremios combativos, convocado por la CGT local. Su resultado, como es sabido, fué un completo fracaso. Los gremios de Fiat Córdoba han convocado ahora un nuevo plenario, para el día 28. Esto ha reactualizado la discusión acerca del programa para el movimiento obrero argentino que presentó entonces SiTraC-SiTraM.

La discusión de una posición de los obreros de Fiat para el plenario de mayo fué por completo deficiente. Se inició recién la noche anterior al plenario, partiendo de la base de los programas de la Fajda, Huerta Grande y 1 de Mayo de la CGT. El sábado por la mañana fué presentado un esbozo a la asamblea de base, que por falta de tiempo delegó la decisión acerca de la redacción final al cuerpo de delegados. Este lo hizo mediante una rápida e improvisada discusión con las tendencias políticas.

Este curso de discusión, ni es casual, ni alcanza para explicar las características del documento. No es casual porque no había habido hasta entonces un debate en Fiat acerca del desarrollo de las luchas proletarias y sus perspectivas; esto es lo que determina que los compañeros fueran al plenario virtualmente desarmados, sin una clara conciencia acerca de

los objetivos y posibilidades de éste. Y si no alcanza para explicar las características del documento es porque este refleja una determinada conciencia política, que cuenta con una trayectoria jalónada por los "programas" que sirvieron de base a la discusión, y a la que los que luchamos por la construcción del partido de la revolución socialista debemos combatir.

Desde entonces algunas tendencias -esencialmente PCR y VO- se dedicaron a batir el parche de este programa, mientras otras, como PRT la Verdad, adherían a él en forma oportunista. Los restantes grupos oscilaron entre las acusaciones de "manijazo", los apoyos críticos, los pedidos de revisión y las propuestas de reformas y agregados.

El 29 de mayo -es decir, una semana después del plenario- nosotros publicamos en nuestro boletín nº4 una crítica de dicho programa y del propio plenario. Poco después salieron publicadas una crítica de "El Obrero" de Córdoba (folleto que distribuímos, y una confusa y contradictoria elaboración de Política Obrera. Estas, junto con el propio programa, son las únicas publicaciones con que cuenta la vanguardia para la discusión.

Dada la importancia del tema, reproducimos nuestra crítica en este número de nuestra revista.

PLENARIO DE CORDOBA:

PALABRAS PARA QUE SE LLEVE EL VIENTO

Los analistas burgueses especularon interminablemente con los "gremios combativos" del interior y su posibilidad de oponer una nueva central "de izquierda" a los burócratas nacionales. Esta reedición de la fallida CGT de los argentinos se apoyaría en la insurgencia proletaria de Córdoba, Rosario y de más ciudades del interior. La huelga política de masas, sin embargo, no solo no sustentó sino que sumó en crisis a las direcciones burocráticas de izquierda. Dos ejemplos bastan para demostrarlo: el aire fresco del cordobazo, en 1969, no hizo más que complicar con pulmonía galopante los males que aquejaban al organismo. La CGT cordobesa, desde entonces, conoce en carne propia los inconvenientes que trae situar los sillones propios sobre un volcán. Esto explica que los analistas burgueses hayan vuelto a equivocarse: del plenario de gremios "combativos" no salió nada, ni siquiera un mínimo homenaje combativo al cordobazo fuera de los límites de Córdoba.

Los organizadores del plenario ambicionaban mucho menos que una nueva central que disputara la conducción del movimiento sindical a Rucci y consortes. Apenas si depositaban sus esperanzas en la formulación de un nuevo programa de Huerta Grande, capaz de reforzar en la conciencia proletaria la deteriorada "mano izquierda" de Perón ("tengo dos manos, la izquierda y la derecha, y uso las dos"). Se trataba de recapturar para el peronismo la iniciativa de izquierda, desplazando a los "bolches" que le muerden los flancos con el Encuentro y a las demás variantes izquierdistas.

Claro que, quizá por aquello de que una mano le va la otra, querían hacerlo sin unificar y ponerse a la cabeza de las luchas proletarias de todo el país, sin levantar las reivindicaciones salariales y democráticas de la clase para unirles en un solo haz contra la dictadura capitalista, sin romper mediante la organización nacional de la huelga política de masas el aislamiento de Córdoba y de luchas obreras como la de Petroquímica de La Plata. Querían hacerlo a puera lengua nomás, sin hacer peligrar el "gran acuerdo" en el que Perón está metido hasta la manija, aunque diga que es "pura táctica". Querían hacerlo sin dejar de ser el ala izquierda de un partido que apoya a la dictadura en su actual variante de garrote y promesas.

De los objetivos de la convocatoria se deduce la discriminación desesperada que practicaron desde un principio. Quedaban excluidas, en primer lugar, las agrupaciones, y el llamado reducido a direcciones sindicales "serias" y constituidas. Se pretendía de esa manera borrar a la izquierda y garantizar mayoría peronista. Pero una cosa es llamar y otra saber quiénes responderán: a medida que las delegaciones iban llegando, los dueños de casa comenzaron a temer seriamente que "los coparan el plenario". Su principal temor era que el MUCS y la izquierda consiguieran mayoría, con discriminación y todo, ante las defecciones peronistas. Por eso es que durante algunas horas impidieron el peso a todo lo conjurado, incluyendo gente del PC, activistas sueltos y hasta a SiTraC-SiTraM. Un recuento de votos, o quizá simplemente el reconocimiento de la inutilidad de su intento, les convenció al fin de bajar la guardia.

El plenario no tardó en adquirir una estrecha semejanza con las habituales -y desesperantes- reuniones de la regional, ampliada con una variada -y no muy abundante- gama de invitados: sindicatos del MUCS

y de izquierda, burócratas del peronismo ortodoxo porteño, sellos de goma diversos. La composición del plenario lo denuncia claramente. Sobre 128 delegados, 33 representaban gremios de la ciudad de Córdoba. Su mando el interior de la provincia hacen 51 delegados, o sea el 40% del total. De Buenos Aires fueron 33 delegados, o sea el 26%. La "estrella" fue telefónica, representado por el "chanta" Guillán. Lo acompañaron burócratas de catadura tal como los de Cas del Estado, Municipales o Prensa. De Rosario y su zona de influencia fueron 10 delegados, 3 de ellos de la Intersindical clasista de San Lorenzo. De Mendoza 7, de Santa Fe y Tucumán 5, de Mar del Plata 4, de la zona de la Plata 3, y de Enel, Dorrego 2. En Chaco, Sgo. del Estero, Neuquén, Corrientes y Jujuy envió delegados un solo sindicato en cada provincia.

La "barra" fue exigua, con composición variable de acuerdo al momento, y creciente peso de la izquierda. El local de UTA permanecía aproximadamente lleno -con delegados hasta la mitad del salón- pero los interparientes colocados en el exterior no hicieron falta en ningún momento. Tampoco los organizadores hicieron ningún esfuerzo por convocar al proletariado cordobés. Sí en formar una claqué de la juventud peronista, con carteles y retratos abundantes.

Las irregularidades en la lista de oradores provocaron enfrentamientos; el bloque peronista pretendía así mantener su hegemonía. Rechazaron, por ejemplo, a un delegado con mandato de la intersindical de San Lorenzo. La chicana pretendía impedir una nueva voz de izquierda.

La izquierda habló, sin embargo. Pero a no engañarse: no para conseguir un acuerdo práctico para impulsar y unificar las luchas proletarias, no para embretar a los burócratas presentes con medidas de luchas nacionales y ligar los gremios en conflicto de todo el país sino para unirse a la verborrea general.

El MUCS defendió su conocida política, los peronistas sus propias ilusiones y el SiTraC-SiTraM se descolgó con un programa nacional -populista, pergeñado a los apurones, y que comentamos aparte. De la intervención del compañero de SiTraC es salvable la denuncia de las exclusiones antidemocráticas que caracterizaron el plenario y la de los intentos de los peronistas y el MUCS por embretar al proletariado en salidas burguesas, reales o ficticias, como la Hora del Pueblo o el Encuentro de los Argentinos. Brilló por su ausencia algún tipo de propuesta para unificar la combatividad del proletariado del país contra la dictadura y el capitalismo, a la que reemplazó con simples apelaciones a la lucha, que pasaban casi desapercibidas en ese ambiente de lenguas ágiles, en que un sostén de Paladino tal como Guillán se daba el lujo de hablar de "organismos obreros de poder, que no sean instrumentos de presión como los sindicatos".

El resultado final del plenario fue, como podía esperarse, igual a cero. No salió un nuevo "centro", ni se fortaleció la "mano izquierda" de Perón, ni un programa unificado (tres bloques - tres programas), ni siquiera una "entente" más o menos sólida para operar en la CGT nacional. Mucho menos, por supuesto, algo útil para los intereses proletarios. La declaración final, sacada por mesa directiva y con oposición del MUCS y de la izquierda, no necesitaba tanto aparato. Un acuerdo entre la derecha de la regional cordobesa y los peronistas ortodoxos porteños para ponerse a Rucci en defensa de Paladino se hubiera podido conseguir en forma más discreta y menos lastimosa.

Los delegados volvieron a sus pagos afónicos pero contentos, los partidos oportunistas tendrán más programas de papel para apuntalar su propaganda y -- los obreros cordobeses volverán a parar el 28, solos.

Antonio Morel
26-5-71

EL "PROGRAMA" DE SITRAC-SITRAM

"... tengo el deber de no reconocer, ni siquiera mediante un silencio diplomático, un programa que es, en mi convicción, absolutamente inadmisibles y desmoralizador para el partido. CADA PASO DE MOVIMIENTO REAL - VALE MAS QUE UNA DOCENA DE PROGRAMAS. Por lo tanto si no es posible -y las circunstancias del momento no lo consentían- ir más allá del programa de Eisenach, habría que haberse limitado, simplemente, a concertar un acuerdo para la acción contra el enemigo común".

Carlos Marx - Crítica al Programa de Gotha - 1869

El programa que Marx tan duramente criticó era el resultado de una transacción entre los marxistas alemanes y el movimiento oportunista que liberaba la silla. Con ser reformista y oportunista era superior al presentado por SITRAC-SITRAM al plenario de gremios combativos, por tener al menos un carácter proletario, de clase. Este último no hace más que recoger los principales lugares comunes del nacionalismo populista. Que los compañeros de Fiat no se sorprendan por la dureza de nuestra crítica: un programa es algo muy serio; es el objetivo y el camino para la lucha del proletariado, es el que mide el nivel de conciencia de su vanguardia, es el que aglutina su voluntad en un partido de clase para terminar con la opresión política, la explotación del hombre por el hombre y la miseria humana del capitalismo. Que no se asusten entonces si repudiamos sin vacilación este escamoteo del objetivo histórico de nuestra clase, que es el socialismo, la plena emancipación del hombre, que solo podremos lograr mediante nuestro propio gobierno de clase, destruyendo el aparato estatal y militar capitalista y reemplazándolo por consejos de delegados de las fábricas y los barrios, sostenidos por el pueblo en armas. Que no se sorprendan si rechazamos violentamente que pretendan sustituirlo por un "Estado del pueblo" chirle y diluido, del que se desconoce el carácter de clase, que utilizaría la fuerza innegable del proletariado argentino para hacer realidad los sueños reaccionarios y utópicos de la pequeña burguesía, para sostener en la arena política su equilibristismo entre la dictadura capitalista que no soporta y la dictadura proletaria que teme, para conseguir que la sangre joven de los obreros reviva y sustente a estos cadáveres condenados por la historia.

Más emerge nos resulta esta maniobra porque se realiza en nombre de los trabajadores de Fiat, que desde el Cordobazo en adelante se han destacado como uno de los más indomables destacamentos de vanguardia del proletariado argentino.

Los compañeros de SITRAC-SITRAM decidieron concurrir al plenario de "gremios combativos", y hasta allí estamos de acuerdo. Pero no fueron a denunciar la maniobra peronista, que pretende sustituir con frases más o menos ardientes la unificación efectiva de las luchas proletarias en el plano nacional, a exi-

gir medidas concretas de lucha frente a la burla de las paritarias, a la danza enloquecedora de los precios, a la persecución patronal-estatal a los millantados obreros y revolucionarios, a la marea creciente que nos amenaza. Prefirieron sumar a los otros países un nuevo papel, a los "programas" que pretenden atar al proletariado al carro de la burguesía -- grande o chica una variante de izquierda, si es que pueda llamarse así, de aquel de Huerta Grande de tan triste memoria. Cualquier acuerdo para la acción logrado hubiera sido superior a la miseria de programa que ni siquiera se logró. Ni siquiera un acuerdo: hubiera bastado una negativa pública por parte de burguesas como Guillén a comprometerse en un plan de lucha común para hacernos un gran favor a los revolucionarios porteños y favorecer así los intereses del proletariado argentino en su conjunto.

No nos extenderemos sobre la increíble precipitación y falta de seriedad con que fue aprobado el programa. Pasaremos a ver el programa mismo.

"Estatización del comercio exterior, sistema bancario, financiero y de seguros"

El programa comienza hablando de estatización... sin definir el carácter de clase del Estado de que se trata. Todo obrero argentino puede comprobar fácilmente que el Estado, capitalista, en defensa de los intereses de la clase burguesa en su conjunto, incluyendo el capital extranjero, puede estatizar una cantidad de cosas. El sistema bancario, por ejemplo, está en buena medida en manos del Estado, sin dejar por eso de preocuparse por la acumulación capitalista, por la máxima explotación del proletariado y por el beneficio directo de la cúspide extranjera y nacional de la propia clase burguesa. La cuestión no es estatizar, sino que clase está en el poder y por lo tanto en beneficio de quién se estatiza.

Si bien no definen el carácter de clase del Estado, más adelante le adjudican un nombre: "Estado Popular" y "Gobierno Popular Revolucionario". Podía hablarse de pueblo en general en la época de la Revolución francesa, y hasta por ahí nomás, desde entonces surgió el proletariado moderno a la vida social y a la política, con un perfil histórico propio; el "pueblo" se dividió en clases. Un Estado del "pueblo" sería aquel que pone juntos al explotador y al explotado, al propietario y al desposeído, al proletario y al burgués. Se trata de un mito irrealizable: tanto como la armoniosa coexistencia del lobo y el cordero. Que se pretenda hacer la experiencia con los chicos no cambia su carácter; habría que ver qué piensan los "pequeños" y "nacionales" explotadores de un aumento real de salarios. ¿Habría que ver? ¿No vemos ya a los minúsculos patronos textiles negarse a pagar aumentos ridículos?

El Estado es la violencia organizada de una clase sobre otra. Nos puede decir algo sobre la naturaleza de éste el carácter de sus fuerzas armadas. Hay una sola manera de garantizar que este "Estado" no será una nueva trampa, una nueva fórmula de opresión, y es la destrucción total del ejército profesional y su reemplazo por el proletariado en armas. Esta condición no es suficiente, porque sin conciencia de poder y de sus intereses históricos el proletariado, aún armado, puede ceder el poder a la burguesía, pero sí es una condición necesaria, indispensable. La fórmula de este programa al respecto es mucho peor que ambigua. Propone la disolución de los organismos armados... "al servicio de la represión". No aclaran si se refieren a la policía solamente, o a la policía y la gendarmería, o a todo el ejército. La duda se acrecienta porque no proponen ningún organismo armado alternativo!

vanguardia en la lucha de clases presente, alcanzando duramente nuevos niveles de conciencia, pagando caro los errores y las ilusiones, en la experiencia de su propia acción espontánea y de la crítica científica de esta misma experiencia. En la comprensión, por ejemplo, del carácter torpemente populista y pequeño burgués del programa que comentamos; en la construcción de un partido revolucionario; en la comprensión de la dinámica internacional de la revolución y en la creación de la nueva sociedad. En esto tiene que ver la ciencia, el arte, la cultura, como no. Pero justamente al revés: impulsadas, liberadas de trabas, generalizadas por una clase sin temor al futuro, por el proletariado.

"La garantía de expresión democrática de las -- grandes mayorías populares estará representada por una única asamblea del pueblo..."

No se dice cuál es la forma de elección, voto universal por urnas sobre la base de listas de candidatos o delegados por lugar de trabajo o estudio; si los elegidos lo serán por cuatro o seis años, de acuerdo al sistema conocido que los permite traicionar tranquilamente a sus votantes, o si son revocables en cualquier momento por decisión de la base; si se asignarán suculentos sueldos o si no ganarán más que el salario obrero medio, como proponemos los marxistas; si habrá un aparato burocrático de Estado -- con el poder real o si la propia asamblea formará comisiones en su seno para cubrir las funciones actuales de los ministros. No se dice, en suma, si se está proponiendo un régimen de la Comuna de París, analizado por Marx y reiterado por Lenin en los primeros años de la revolución soviética, o un simple régimen de cámara única, dentro de los marcos de la legalidad burguesa.

Recapitulemos un poco; el proletariado, presunto "dirigente" de acuerdo al programa, "participará" pero no tendrá la administración de las fábricas; estará bajo la tutela (no se sabe de quién) hasta que se eduque un poco; y luchará por un régimen de gobierno en el que no sabe qué garantías cuenta ni qué mecanismos, salvo el voto individual, para ejercer el cuestionado liderazgo. Ni se habla de la posibilidad de revocar inmediatamente a los malos dirigentes o de garantías salariales para impedir la burocratización. Recordemos además que nadie sabe quién tendrá, en definitiva, las armas. En el sector estatizado de la economía tendrán apenas algunos administradores obreros; la clase capitalista nacional será reforzada, protegida y cuidada. Puede saberse para quién sería una revolución con este programa?

Junto con estas medidas se propone un programa "social" que consiste en: "remuneraciones dignas" -- (planteo idéntico a los Radicales del Pueblo, e igual de impreciso), reajuste salarial automático por alza del costo de la vida (de acuerdo, si elevamos sustancialmente la base), control popular de precios) que significa, en una economía planificada? O no lo estaría tanto?) previsión social integral y estabilidad absoluta en el empleo. Los dirigentes burgueses hacen las mismas o parecidas promesas, por lo que cabe la misma pregunta: de dónde van a salir los recursos? El desarrollo capitalista es el causante de la crisis económica; creen que manteniéndolo, con el simple recurso de pintarlo de celeste y blanco, van a conseguir que el capitalismo argentino funcione al revés, creando prosperidad y disminuyendo la tasa de plusvalía? El análisis científico marxista demuestra lo contrario; demuestra que en las condiciones argentinas, solamente derrocando el capitalismo y estableciendo el socialismo puede salirse de la crisis y elevarse sustancialmente el nivel de vida obrero. El que sostenga lo contrario no es sino un apologeta del capitalismo.

Va que tampoco así se aclare el carácter de clase de este "Estado" podemos ver las medidas que propone y a quiénes beneficia.

"Expropiación de todos los monopolios industriales estratégicos... con resguardo del derecho de pequeños accionistas."

Eso de "estratégico" parece sacado de las elucubraciones de los trasnochados y antiobreros militares nacionalistas. El interés proletario consiste en expropiar todas las grandes empresas capitalistas, estratégicas o no, para administrarlas en provecho de su propia clase -- que produce toda la riqueza social y no de la ganancia de la burguesía. Durante el primer período de dictadura del proletariado pueden existir pequeños capitalistas, pero lo que es un verdadero despropósito es resguardar el derecho de los pequeños accionistas. ¿Qué derecho? El de arrancar una "pequeña" cuota de la plusvalía de los obreros de Fiat, por ejemplo? O es que se alienta la esperanza de incorporar al tan "amplio" gobierno popular también a los especuladores y demás miserables, cuando operan al por menor?

"Fijación de las condiciones en que podrán efectuarse inversiones de capital extranjero sin lesionar la soberanía nacional"

Estos nacionalistas, como vemos, se parecen como una gota de agua a otra a... Ferrer. Como la propaganda de Benson & Hedges, lo único que les interesa es salvar el honor; que los capitalistas, extranjeros y nacionales sigan explotando a la clase obrera no parece importante para el "desarrollo de la economía nacional independiente de transición al socialismo". Si desde ya hacen tales promesas, qué nos espera si los redactores e inspiradores de este programa llegan al gobierno.

"Planificación integral de la economía, abolición del secreto comercial, protección de la industria nacional..."

El primer punto deja en pie el interrogante: ¿planificación en favor de qué clase? Porque también el CONADE quiere planificar integralmente la economía. La abolición del secreto comercial está muy bien y especialmente si antecede a la abolición del propio comercio. Pero de pronto aparece el "puntito" -- el famoso "gobierno popular" se propone defender a la industria nacional, o sea satisfacer el continuo reclamo de toda la burguesía, aquel que exigen por igual la UIA y la CGE, aquél que enarbolan los burócratas sindicales para traicionar las luchas económicas de la clase. Qué nos espera con tal gobierno?

"Expropiación sin compensación de la "oligarquía terrateniente" y utilización de las tierras fiscales para una profunda reforma agraria, que entregue la tierra al campesino que la trabaja..."

Nótese que dice "oligarquía terrateniente" y no capitalistas agrarios. La llamada oligarquía es muy difícil de definir, y es además solamente una parte de la burguesía agraria. ¿Caerán en la volteaada Di Tella o Fortabat, fuertes terratenientes y a la vez "burgueses nacionales"? Los nuevos ricos del campo, que extienden su poder y propiedad sin cesar, lucran con la superexplotación de los trabajadores, se rían expropiados?

En el campo argentino el arriendo tiene poca importancia. La mayor parte de los chacareros tienen tierra propia y alquila otras de acuerdo a sus planes y al capital de que dispone cada uno. ¿Qué quiere decir entonces eso de la tierra al campesino que

la trabaja?" Más grave aún. En el campo argentino hay muchos más peones que chacareros, y estos últimos son generalmente sus explotadores. Esta revolución por lo tanto no será para nuestros hermanos de clase sino para los capitalistas chicos del campo. En el mismo punto se habla de "empresas agrícolas modernas" "bajo -- propiedad cooperativa o estatal". Puede que esta sea el recurso para los proletarios del agro. Pero, como las tierras expropiadas se repartirán, habrá que ver de donde sale la tierra necesaria. El programa no lo aclara.

El punto tres, que proclama el federalismo, parece sacado del programa de la Hora del Pueblo. Acá no se trata de nivelar la "riqueza" de las provincias, -- porque la riqueza no la tienen los territorios sino las personas y las clases. Se trata de expropiar algunas personas (los burgueses) y suprimir una clase (la burguesía). De nada serviría que los propietarios cobraran, por ejemplo, se embolsen una parte mayor de la riqueza que producimos en detrimento de sus iguales portafijos.

El resumen de los puntos de lista nos permite comenzar a delinear el carácter de clase del "Estado Popular" que propone el programa. Expropiar a los capitalistas monopolistas en sectores claves exclusivamente, y en el campo solo a la "oligarquía", estatiza los resortes económicos que aún no lo están del todo. Pero mantiene y favorece: a la burguesía industrial "nacional", al capital extranjero que se compromete a no pisarnos la soberanía; a los "pequeños accionistas" -- (¿cuánto es pequeño?); a los burgueses del campo; a los pequeños burgueses del campo y la ciudad; y por ahí también algún monopolio "no estratégico", que también los hay. Todos los citados son explotadores directos del proletariado.

De acuerdo al programa, sin embargo, la clase obrera tendría la dirección del gobierno popular, al menos así lo dicen expresamente. Veamos el mecanismo con que ejercería esa dirección:

En primer lugar, en las fábricas:

"Mediante la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas privadas y públicas se asegurará el sentido social de la riqueza".

Miren la sorpresa! Este punto figura en las propuestas de los capitalistas reformistas de todo pelaje, sin excluir el propio imperialismo. Es parte de las formulaciones, por ejemplo, de la bien liberal -- "Economía social de Mercado", no falta en los discursos de los radicales del pueblo y ha sido llevada a la práctica, incluso en la superimperialista Alemania Occidental. Esta "participación" es un engaño, que busca comprometer a los obreros -- o más exactamente a sus dirigentes -- en su propia explotación. La posición proletaria es, y no puede ser negociable, administración directa, colectiva y por asambleas de las fábricas y de todos los centros económicos.

"Se impulsará una nueva cultura... superando las deformaciones culturales de la sociedad capitalista y preparando a los trabajadores para que ejerzan plenamente su rol histórico de vanguardia en la dirección de la comunidad..."

El proletariado bajo tutela como un menor de edad! ¿Quién lo va a educar? Cuando los marxistas -- los marxistas de verdad -- decimos que el proletariado es la clase que abrirá las puertas al futuro, que realizará efectivamente la emancipación del hombre, no estamos tratando de halagarlo porque es numeroso sino diciéndole una verdad científica. El proletariado se prepara para ejercer plenamente su rol histórico de --

Por si las cosas fallan, el programa le deja un recurso al proletariado: sus sindicatos serán clasistas e independientes del estado. No dejaría de ser triste, sin embargo, tener que hacer un cordobazo -- contra un gobierno "izquierdista" después de haber ganado una insurrección para ponerlo en el poder.

Para imponer este programa SITRAC-SITRAM llama a la constitución de "un gran frente de liberación social y nacional". Lo integrarían una serie de sectores, que enumeran, y cuyo análisis es muy interesante. La única clase que integraría el frente y que sería su masa y columna vertebral a la vez es el proletariado: junto a la clase obrera industrial aglutinaría a los peones rurales y "asalariados del campo y de la ciudad", que no son sino proletarios. Se mencionan algunas capas sin carácter histórico de clase, como los estudiantes, los profesionales, "los intelectuales y artistas progresistas" y los curas del Tercer Mundo (?) -- un grupo político, y no una capa social -- y los sectores más pauperizados de la pequeña burguesía urbana y rural. Marx señalaba en el Manifiesto Comunista que estos sectores son justamente los que pueden ser arrastrados por el proletariado -- con su propio programa histórico, el socialismo, por que virtualmente no tienen intereses burgueses que defender.

No se entienden a qué vienen, por lo tanto, la denominación de "frente de liberación" ni las crecidas concesiones a la burguesía nacional (y hasta la extranjera) que abundan en el programa. El PC, que plantea la alianza con los burgueses muestra una mayor coherencia: sostiene este partido que es imposible la rebelión proletaria por sus propios objetivos socialistas sin una previa "etapa" de gobierno de coalición con los burgueses.

Se equivocan los del PC, sin embargo. La burguesía no quiere saber nada de rebeliones proletarias, aunque sea como aliados. Cuando ve gomas ardiendo, o una vidriera rota, se arroja en brazos del primer militar que encuentra a mano. Antes que el fuego proletario prefiera la sartén imperialista.

La izquierda populista resuelve el problema de una manera original: hacer la revolución burguesa... sostenida exclusivamente en la sangre y el heroísmo del proletariado, los sectores plebeyos que le son a fines, el estudiantado y la intelectualidad revolucionaria, aún en contra de la propia burguesía.

Ningún burgués serio respaldaría una aventura de resultados tan dudosos: por eso es que podemos caracterizar que estas ideas expresan la desesperación de los sectores empobrecidos de la pequeña burguesía intelectual, en especial profesionales y estudiantes.

Si hay sectores proletarios que defienden el programa burgués de la Hora del Pueblo o el del encuentro de los Argentinos, no puede extrañarnos que suceda lo mismo con el de la izquierda populista: es una consecuencia de la corrupción reformista de la conciencia obrera, que el Cordobazo apenas si comenzó a resquebrajar. Lo dramático, porque expresa en toda su plenitud la crisis en que se encuentra el activo obrero surgido del Cordobazo es que sea un sindicato proletario orgulloso de su "clasismo" en las luchas reivindicativas el que levante un programa político... de otra clase, de la pequeña burguesía. El "clasismo" en el plano económico tiene una correspondencia necesaria con el "clasismo" en el terreno político. Es la necesidad de mantener alianzas con sectores burgueses, por su concepción de la sociedad y la revolución, lo que llevó a las direcciones burocráticas a ser hoy lo que son. A largo plazo es imposible mantener una lucha consecuente contra los patronos

nacionales si a la vez se sostiene la "defensa de la empresa nacional" en el plano político. Esto lleva a una crisis o a una "evolución".

Por eso, como minúsculo destacamento de la vanguardia que aún somos, llamamos a los compañeros de SITRAC-SITRAM a discutir un programa de clase, con intereses propios de clase, y a constituir un partido de clase en base a este programa. Ponemos a su disposición toda nuestra elaboración teórica y política y nos ofrecemos para discutir y explicar todo lo que haga falta. A dos años del Cordobazo, si embrollo en que ha entrado la huelga política de masas sólo se resuelve constituyendo un partido obrero revolucionario con el programa de la revolución socialista.

Antonio Morel - 28 de mayo de 1971.

DENUNCIA

Unos días atrás se realizó un operativo policial en la calle Corrientes, frente al cine "Lorraine". Para los compañeros del interior aclaramos que allí hay un kiosco que, por encontrarse en una zona de cines de arte y librería, es popular entre estudiantes e intelectuales.

Tanto el dueño del kiosco, Sirena, como el peón fueron detenidos con gran aparato y secuestrada la inconfesable mercancía que traficaban: libros, revistas y periódicos de izquierda. Entre ellos una cantidad de ejemplares de "Qué Hacer" Nº 2.

A la dictadura capitalista no le alcanza con monopolizar los medios de difusión masivos, como la televisión, el cine y la radio; con que los burgueses utilicen en su provecho y en su propia defensa todas las editoriales, los diarios, las grandes revistas. Para poder combatir a los revolucionarios "de igual a igual" necesita acallar hasta las voces aisladas, hasta las pobres publicaciones como la nuestra, que salen con el dinero duramente reunido, las noches sin sueño y los sacrificios.

Recurren entonces al terror: como en este caso, en que golpean al comerciante que acepta material de izquierda para que los demás pongan "las barbas en remojo". Y tiene razón al preocuparse la dictadura capitalista: nuestras pobres hojas llegan más lejos que toda su propaganda. Pero es porque expresamos los intereses de las masas, y eso no lo arregla la cana.

Puerta 12:

Para la Justicia burguesa la culpa fué de... las masas!

Ocurrió en el invierno de 1968: Boca jugaba en el estadio de River. Faltaba solo un año para el Cordobazo, pero Góngora no lo sabía. La dictadura, ante el retroceso y derrota de las masas, montaba su régimen de terror. La policía era su indiscutible vanguardia. En la lucha contra los delincuentes empleaba masivamente la "ley de la ametralladora". Aquí no hacían falta folklóricos "escuadrones": las comisiones policiales bastaban para ametrallar hombres dormidos, o con las manos levantadas, si los consideraban "culpables". Aunque en algún caso lo fueran solo de robar un par de zapatos en un supermercado.

A veces se trataba, simplemente, de acallar cómplices. El gobernador Imez, en la provincia de Buenos Aires, era un nuevo Fresco, conservador, fascista y corrupto. Su ministro Brenner encabezaba una poderosa banda de reducidos de coches robados, con complicidad de altos funcionarios policiales.

Los trabajadores eran todos sospechosos para la impunidad policial. Nada mejor, para encontrar un delincuente prófugo, que levantar a las cuatro de la mañana a 300 o 400 habitantes de una villa, ponerlos en fila con las manos en la nuca, allanar sus casillas, destruir sus bienes... El "registro de automotores" en gran escala reeditaba los métodos de los nazis en la París ocupada. Llegó a ser habitual bajarse de un taxi con las manos en alto, encañonado por ametralladores. Los dispersos focos de resistencia estudiantil (Filosofía, por ejemplo) eran reprimidos con saña feroz.

Fue entonces que la impunidad tomó estado legal y público. En Santa Fe fue autorizada una manifestación. La policía se dispuso a reprimir la igual. El juez se interpuso, y recibió también los golpes. Aplicó un leve arresto al jefe de policía por el desacato, medida obviamente insuficiente. Pero este se negó a cumplirla; era una cuestión de "principios". Intervino el gobierno nacional... para echar al juez e intervenir la justicia local.

En Florida la policía local asesinó a sangre fría a tres muchachos que conversaban a un costado de la ruta. Los asesinos quedaron li-

bres: se "habían equivocado". En esos días se hizo la reconstrucción judicial del crimen, cosa que los "reos" aprovecharon para golpear brutalmente al hermano de una de las víctimas, delante del juez de instrucción.

El Jefe de la policía federal lo había dicho: "tiren antes y pregunten después". Ya protegería al "Jefe" a los "muchachos", y el poder ejecutivo al Jefe. Así se formaba el partido -- fascista de la dictadura.

Es en este ambiente que se produce la masacre de la cancha de River. La puerta 12, salida correspondiente al sector de la hinchada de Boca, se convirtió en un depósito monstruoso de cadáveres: 70 muertos y 67 heridos. Desde el principio fue un asunto oscuro. Presuntos testigos fueron detenidos y golpeados. Se prohibió toda mención a la policía, incluso a través de presiones directas a periodistas y publicaciones. Se sucedieron declaraciones contradictorias: se centró la cuestión en si la puerta plegadiza estaba abierta, si los molinetes colocados o no. El gobierno se apuró a echar tierra sobre la cuestión. El entonces ministro Borda declaraba cínicamente: "No hay una versión seria de la verdadera causa que originó el accidente. Indudablemente la puerta estaba abierta. No cabe ninguna duda sobre eso."

Pero el ministro había mentido. Una docena de testigos había declarado que la puerta estaba cerrada o semi-cerrada. Hablaron también de una carga policial, que no aparece por ningún lado. Es en base a estas declaraciones, precisamente, que podemos reconstruir la historia.

Las relaciones de la "cana" con la hinchada de Boca estaban calientes. Este, partido tras partido, los hostilizaba tirándoles objetos y papeles encendidos: se reflejaba de manera distorsionada el odio antipolicial. Ese día la policía había decidido darles un escarmiento: los hinchas lo esperaban. La venganza fue a la salida: la policía cargó sobre los hinchas, y estos se protegieron de la montada tras los molinetes y la propia puerta plegadiza (por eso los molinetes aparecieron volcados y desperarrados, y no atornillados al piso). La salida masiva de la gente, al chocar con los que retrocedían ante la policía, fue la causa de la masacre.

Pero esto no fue todo. Cuando el público se amontonó para ayudar la montada volvió a cargar, resultando en más víctimas. Después quedaba incrementar la confusión para proteger a los culpables. El juicio se hizo contra River Plate y la Municipalidad, por falta de seguridad en el estadio: era evidentemente una cortina de humo.

Ahora, tres años más tarde, el juez se expide. Declara que las instalaciones estaban en buen estado, y que "se habían adoptado todas las medidas de vigilancia apropiadas para garantizar el orden" (1). Quién es el culpable, entonces? La justicia burguesa muestra aquí su verdadero rostro antipopular: la culpa es... de las "masas".

Las justificaciones pseudosociológicas la muestran de cuerpo entero. "La multitud es una formación inestable y diferenciada... comportándose la masa en su conjunto de una manera bastante diferente de lo que lo haría cada uno de sus elementos integrantes por separado" (Rossi) "...La muchedumbre es juguete de todas las exitaciones exteriores, habiendo en ella un desvanecimiento de la personalidad consciente y predominio de lo inconsciente (Le Bon). Termina concluyendo que el culpable es "la invasión de las masas en el concierto de la vida colectiva, que constituye en tal sentido un factor criminógeno peligroso..."

El comportamiento de las masas, mal que le pese al juez, dista de ser irracional. Su com-



Oscar di Pietro: "La policía clausuró la puerta", manifestando

portamiento deriva de los objetivos y sentimientos colectivos que la determinan, de su composición social y nivel de conciencia, del enemigo con que se enfrentan y de las condiciones de esa lucha.

No defendemos a toda multitud, por el hecho de serlo; también hay muchedumbres con objetivos y sentimientos reaccionarios. Pero la causa de esta masacre fue una trampa tendida a su odio antipolicial, un "escarmiento" fríamente premeditado.

El juez también aprovecha para culpar al "alma de la multitud" de la formación de grupos delictivos en los estadios deportivos. Estas bandas, que se dedican al robo, precisamente, de la multitud, si derivan de algún espíritu es -- del "alma del capitalismo", del lucro, el robo, el individualismo antisocial del que el mismo juez, con el nombre de "modo de vida occidental y cristiano", es defensor ilustrado.

Antonio Foral - 28 de Julio de 1971

agosto / 1971 - año 1 N° 3 QUE HACER

SINDICATOS Y PARTIDO

(Respuesta a "El Obrero")

Con este artículo -respuesta al grupo El Obrero- comenzamos a publicar una serie de notas que tienen - por objetivo formular las tesis sindicales de nuestra tendencia. Estas tesis consistirán en definir el papel de los sindicatos en la lucha proletaria por el poder obrero, por el socialismo. Si le damos una atención preferente es por motivos más que evidentes. Los sindicatos han sido en la Argentina los canales normales de la acción y movilización obreras. En la actualidad han surgido direcciones sindicales, que en el caso de Fiat, son una virtual alternativa de dirección para buena parte de la izquierda centrista. Por estas razones, el problema de la lucha sindical, del carácter de las reivindicaciones llamadas económicas, - del papel de los sindicatos, constituyen uno de los temas más arduos de la lucha política en el país.

El grupo El Obrero, de Córdoba, no tiene un desarrollo similar, en la lucha práctica, al de otros partidos de izquierda. Si comenzamos por él, para definir nuestras propias propuestas, en una primera aproximación, se debe a que es uno de los pocos grupos - que ha intentado definir una posición global sobre la lucha sindical y los sindicatos. Por estar centrada - su actividad en Córdoba, estas posiciones adquieren una relevancia que cualquiera pueda comprender.

Con este objetivo tomamos como eje su folleto, publicado a principios de año, llamado "Lucha sindical y lucha política", folleto que en la medida que esté a nuestro alcance, distribuiremos a quien lo pida.

La segunda punta que tomaremos será su crítica - al programa adoptado por el Sitrac-Sitram para el planario de gremios "combativos", y la concepción que - del programa, encierra esa crítica.

El folleto comienza señalando la inexistencia del partido revolucionario e intenta explicarla por dos razones: la primera, es la falta de una línea política proletaria "que resuelva correctamente los problemas de la revolución basándose firmemente en los principios del marxismo leninismo". La segunda señala que no existe el partido porque los "embriones de organizaciones marxistas" no han logrado aún su "fusión con los elementos conscientes del proletariado". A continuación, agregan: "No pretendemos acá desarrollar estos puntos de vista, pero los consignamos para dejar establecido que a nuestro juicio la tarea principal - de este momento es la formación de grupos y organizaciones políticas marxistas, cuyos integrantes se dediquen especialmente al estudio del marxismo leninismo y discutan su aplicación a la realidad nacional e internacional actual; o sea, grupos cuyo eje sea la búsqueda de una línea política justa". Agregan que la participación en la lucha política es "necesaria, inexcusable", ya que "la asimilación de los principios del marxismo leninismo no puede operarse en abstracto, desvinculada de la lucha de clases". Luego señalan - que "desde el punto de vista político, consideramos - que debe ponerse el acento en el trabajo en la "clase obrera". Para después señalar que ese trabajo "plano"

tes la necesidad de participar en la lucha sindical" y que esto vuelve necesario "determinar lo más claramente posible la posición general frente a la misma". (Vease esto en páginas 1 y 2).

La concepción de El Obrero sobre el problema del partido en la Argentina va a determinar en buena medida el punto de partida para su análisis de la cuestión sindical. El Obrero encara la construcción del partido revolucionario sin explicar las causas históricas de la no existencia de éste, y el motivo de que esos "grupos marxistas" surjan por doquier y todos propongan una tarea elaborativa, aunque no desligada de la lucha de clases. Si el partido no existe es obvio que no hay una línea proletaria ni una firme ligazón entre esa línea proletaria y la vanguardia obrera. Ligazón entre la vanguardia y líneas centristas, las hay y muchas, por eso plantear el problema desde el punto de vista de "la teoría y la práctica", de la elaboración y la ligazón como lo hacen los compañeros, es irresoluble. Sucede que no se trata de elaborar una "línea" sino de comenzar por explicar - por qué esa línea, que se reivindica en el terreno - de los principios y no de la historia concreta de los partidos bolcheviques, ha quebrado al ser copados sus partidos, los comunistas, por el stalinismo. El marxismo leninismo no es sólo una escuela de principios, ni de ideología. Cuando los leninistas se pronunciaban sobre el carácter del estado, de la guerra imperialista, de las semicolonias o la autodeterminación nacional, todo esto se expresaba en una práctica concreta de partido, de la Internacional. En este sentido la línea política no está por elaborar, sino que se trata de reivindicar y continuar una determinada trayectoria de partido. Pero continuarla - ahora, luego de la quiebra y formal disolución del partido mundial bolchevique y del intento oportunista fallido por resolver, esa crisis, la Cuarta Internacional significa inscribirse concretamente en la línea continuadora del leninismo. Esta línea es la lucha revolucionaria del trotskismo contra el stalinismo y reconocer por qué el trotskismo abandonó el bolchevismo con la táctica entrista y frantista en el terreno del partido, como lo hicimos en nuestro boletín 7. No hacerlo así, no permite definir revolucionariamente la actual crisis de dirección, no sólo mundial, sino también del proletariado argentino.

Es en ese sentido, que la actitud, definida en el folleto, de respetar la independencia de los nuevos grupos y de ver con buenos ojos, y presuntamente alentar, la formación de grupos (que no se los define) que se dediquen al estudio y a la aplicación del marxismo en una línea política, peca por su origen - al desconocer y no pronunciarse acerca de la crisis mundial de dirección que está en la raíz de la inexistencia del partido y del pulular de grupos. Al reivindicar a todo aquel que se define marxista o se reclama como tal, no lo ubican desde el punto de vista de su definición, que no es ideológica ni práctica, sino revolucionaria u oportunista, ante la crisis -

¿Lucha o no política?

PARTIDO LINEA

MUCHOS GRUPOS

del partido mundial y de la inexistencia de éste en la Argentina. Por el contrario lo colocan desde el punto de vista de las intenciones y proyectos de los grupos que se constituyen. No es posible defender esta actitud con la bandera del antisectarismo. De lo que se trata es de reconocer que los diversos grupos que intentan una perspectiva semejante provienen de distintas fracturas de la izquierda, que tienen una historia ideológica y práctica determinadas, y que es sólo combatiendo contra sus desviaciones actuales y sus herencias ideológicas, también actuales, que es posible construir el partido revolucionario. Si esta actitud de partido, que no es sectarismo, es importante respecto a los grupos de izquierda que han surgido, lo es aún más frente a direcciones que en la práctica representan mucho más, como es el caso de los sindicatos de Fiat. En base a reivindicar una línea política bolchevique que ha existido y que intentamos retomar, y en base a lo señalado recién es que intentaremos tomar posición frente a las propuestas sindicales de El Obrero.

Q: Esto implica, como comentó, "combatir a sí mismo" a todos aquellos grupos que no manejan los elementos de mediación política, que al menos, que al menos se dejen llevar por la "historia" no garantizan ni de lejos que sea sólo por ellos "revolucionarios".

En el párrafo titulado "La lucha económica" (pág. 2) se define a ésta como una lucha obrera defensiva y dentro de los marcos del sistema capitalista, ya que intenta mejorar el salario y no destruir el propio régimen de trabajo asalariado. Sería un nivel inferior de la lucha de clases, e incapaz de convertirse en una lucha política proletaria. Esta última sería únicamente la lucha por el socialismo y exige, para ser tal, la existencia del partido.

Mucho se ha hablado y escrito acerca del carácter reformista, por esencia, de los sindicatos, y en especial, como justificación de la necesidad de construir un partido revolucionario. Y entendemos que en este sentido lo desarrollan los compañeros. Es justo, ya que el sindicato respeta, en los hechos, la ley del salario; altera el nivel del salario dentro de ciertos límites, que son fijados por causas ajenas al accionar propio de los cremlins. Estas causas no son otras que la oferta y la demanda reguladas por la evolución de la mano de obra y la producción y la evolución capitalista, y además por los distintos niveles de productividad del trabajo, determinados por el avance de la técnica y de la organización de la producción. Pero si las causas determinantes de la ley del salario, si la propia ley, escapa al accionar de los sindicatos, si estos son incapaces de avanzar sobre el mismo modo de producción y sus relaciones de propiedad, que de él surgen y al él intentan adecuarse, responde a que los sindicatos no tienen poder. Es en el dominio del Estado, del poder, que es posible modificar, por un acto de fuerza, este tal, el modo de producción. Sucede que el sindicato agrupa a todos los obreros, sin distinción de su mayor o menor maduración política, tras la resistencia a la explotación capitalista. A su vez, y por este motivo dura "a perpetuidad", sin necesidad de crisis revolucionarias para surgir o mantenerse en pie. No necesita de convulsiones sociales para mantener unidos y organizados a todos los obreros, sino que basta con el propio surgimiento social de la clase obrera para que se constituya. El sindicato al ser independiente de la mayor o menor conciencia política del proletariado y fortaleza como un organismo burocrático para épocas de "par social" o de guerra, se vuelve poco apto como organismo para el asalto al poder. Es por lo que hay que tener presente para definir una justa política frente a los sindicatos y a la lucha sindical, reivindicando a la vez, al menos, es sólo así, exigen siempre que se trate de un organismo obrero y

que no basta con principios abstractos para tener una política justa sino que hay que ubicarlo en la historia real de la lucha de clases.

SINDICATOS Y CONQUISTA DE LAS MASAS

En países como el nuestro, los sindicatos han sido la forma normal de la acción directa del proletariado y también de sus retrocesos y derrotas. Los sindicatos no han dejado de realizar constantemente una lucha política en que el carácter burgués nacionalista, o reformista en general, de ésta no estaba determinado por la "esencia" del organismo, sino por la ideología y política concretas que pesaban no sólo en sus niveles dirigentes sino también en sus cuadros medios y bases obreras. El sólo hecho que en la actualidad se debate, en el seno de la izquierda y en sectores de la vanguardia obrera y estudiantil, es bre al pro y el contra del programa de los sindicatos de Fiat y sobre si su dirección es una real alternativa o no para el proletariado revolucionario, muestran el papel político que desempeñan los sindicatos.

Los sindicatos peronistas fueron, durante y después del gobierno de Perón, la única forma organizada con verdadera vigencia de un partido peronista - que como tal siempre se redujo y se reduce a camarillas burocráticas y políticas. La Unidad Básica fue reemplazada, en los hechos, por las agrupaciones peronistas como auténticas "células" partidarias. El propio organismo, como lo mostramos en nuestro boletín número 1, intentó conformarse como un partido peronista, reformista, que organizaba sindicatos y listas, y no precisamente equipos, células, círculos o algo semejante. Toda la lucha política reformista en la Argentina, se trasladó al seno de los sindicatos, convirtiendo a todas sus estructuras (comisiones internas, seccionales, agrupaciones, regionales) en órganos casi partidarios. Al sindicalismo en la Argentina, sólo le falta dar el peso de la afiliación automática y simultánea al sindicato y al partido para convertirse en el laborismo inglés, donde cada miembro sindical recibe el carnet de afiliado al partido laborista.

Cuando el propio grupo El Obrero señala la importancia que tiene que los sindicatos de Fiat levanten consignas socialistas, por su prestigio, etc., está definiendo, en los hechos, que para todo obrero - activista, politizado, las listas y los sindicatos, y las líneas que levantan, son la forma habitual de militancia, de adscribirse a una corriente política, donde se educan y adquieren sus primeras armas, tanto políticas como sindicales. Los programas y políticas reformistas y la militancia sindical - de por sí laxa, indisciplinada, poco clandestina y menos aún profesional -, han ido determinando un peculiar proletario militante. Cuando la CGS de los argentinos organizaba las giras de Onganía por el interior o cuando los compañeros del Litro-Litro realizan las mismas giras ¿de qué se trata? ¿de actividad sindical o de actividad política? Muchos obreros que aspiran a una revolución popular en general sienten en el primero y, luego de su quiebra, en los segundos, una perspectiva política determinada más o menos coincidente con sus anhelos políticos.

En nuestro país la idea del socialismo o radicalidad de los sindicatos ante los partidos nunca

pero
nó
co
del
sind.

pase de una frase. En el repudio de bases a los viajes y cabileos peronistas de Rucci, no se alienta y na idea de gremialismo apertidario sino el constatar que la política peronista poco y nada tiene que ver con una verdadera política obrera. Como organismo obrero y por el papel cumplido en la lucha política en nuestro país, consideramos que el papel de los sindicatos en la lucha revolucionaria debe ser definido a partir de sus programas, de su organización y de sus métodos. Adelantemos desde ya que una de las tareas esenciales es la definición de una política sindical revolucionaria y por lo tanto la conformación de un movimiento sindical revolucionario. Por este motivo, porque la lucha de clases concreta de nuestro país así lo plantea, es que reivindicamos la política bolchevique acerca de los sindicatos revolucionarios definida en el tercer Congreso de la III Internacional. (1)

EL PARTIDO Y LOS SINDICATOS

Respecto de la diferencia que hacen los compañeros de El Obrero entre la lucha económica y la lucha política revolucionaria, hagamos la salvedad que es válido hacerlo si se entiende ésta última como movimiento consciente contra el capitalismo. Sin embargo, la propia experiencia soviética ha demostrado que no todo el proletariado se incorpora a los consejos con esa conciencia que los compañeros reclaman para que la lucha sea proletario revolucionaria. Es justamente esta diferente maduración consciente en el seno del proletariado lo que explica las etapas de poder dual, en lo fundamental, ya que buena parte de los proletarios siguen a direcciones que concilian con el poder burgués que se enfrenta al de los soviets. No caben dudas que los consejos son el terreno más propicio para que aquella conciencia madure, y gana en influencia el partido revolucionario, ya que los soviets se van constituyendo no englobando a todo el proletariado "de golpe" sino a medida que nuevas capas obreras se incorporan a la acción directa contra el poder de turno y por sus reivindicaciones más directas. También es cierto que el consejo es el órgano indiscutible para lograr la verdadera unidad orgánica de la clase, ya que no deja "desperdicios" ni "agujeros" sin cubrir en la medida que se proponga efectivamente constituirse como un verdadero órgano de combate por el poder. Sobre esta base política, y en atención a lo observado en los picos más altos de la lucha de clases en nuestro país, es que reivindicamos la línea de los consejos obreros para el combate y como órgano de poder. Pero también es cierto que los consejos, como un órgano obrero más, no aseguran de por sí la lucha efectiva por el poder si de mina en su seno el ala conciliadora, que justamente se define por ocultar el verdadero carácter del soviético (sea de poder obrero). Recordemos el ejemplo de los bolcheviques que plantearon el abandono de los soviets en julio de 1917 por su acentuado burocratismo y férreo control ejercido por los oportunistas, y la propuesta de colocar a los comités de fábrica, soviets de fábrica más cercanos a las bases en que dominaban los revolucionarios, en el papel de organizadores e impulsores de la insurrección obrera.

El partido revolucionario, de su tradición en el seno de la vanguardia obrera, de su flexibilidad e intransigencia para organizar eficazmente la lucha por el poder, depende, en última instancia, el papel que jueguen los organismos obreros, sean sindicatos, consejos u otra clase de órganos.

En el caso de los sindicatos de Fiat, la inexistencia del partido revolucionario no explica el hecho que esos sindicatos se vean obligados a adoptar definiciones, en general, de denuncia del capitalismo. Si el partido existiera y tuviera influencia en ellos, también y con más razón lo harían. La inexistencia del partido hace que tengan más relevancia como polo de atracción para sectores de la vanguardia.

En el apartado "Organismos sindicales y políticos" la diferencia que hacen los compañeros entre -- sindicato y partido, responde, con justicia, a aquellos que se contentan sólo con ... los sindicatos. La diferencia entre uno y otro no es reductible al plano de la organización como suponen los compañeros. Lógico es que el partido sea necesariamente clandestino, selectivo (en cuanto a su ingreso) y no dividido por profesiones, mientras el sindicato cumpliría los tres requisitos contrarios. Pero la imposibilidad de "librar eficazmente la lucha económica" o el mantener "la lucha política en los marcos de la lucha económica", por parte de la izquierda centrada, no proviene de la confusión entre ambas organizaciones. Pretender extender la validez de aquellas diferencias entre sindicato y partido más allá del profesionalismo de los militantes de partido, para hacerle extensiva a distintas concepciones de la lucha sindical ofrece un doble peligro; porque al suponer que al no ver aquellas diferencias organizativas se cae en una concepción oportunista, economista, de la lucha sindical es un nudo corredizo hacia una de dos variantes: el programa socialista como una abstracción que no parte de la situación actual del proletariado, o la apología del sindicalismo existente, actual, contentarse con él. Y así ha ocurrido en el caso de los compañeros de El Obrero, tal como se deduce de sus materiales escritos, ya que por razones de distancia no conocemos los aspectos más prácticos de su actividad.

No caben dudas, que como dicen los compañeros, no se puede exigir profesionalismo militante a compañeros obreros que surgen a la actividad sindical en la lucha contra la patronal y la burocracia. Exigir esto reduciría de antemano la necesaria amplitud que deben tener los nuevos organismos obreros para el combate actual, y sería trastocar todo. Pero sino se pide profesionalismo no es por razones organizativas o por "comprensión" hacia la lucha sindical. El carácter profesional de los miembros de un partido revolucionario viene determinado porque su adhesión es al comunismo, a la sociedad sin clases, y no a etapas intermedias en el desarrollo hacia el comunismo. El partido, cuando se dice que representa los intereses históricos del proletariado, no significa otra cosa que reafirmar el carácter de impulsor que tiene la organización del proletariado de vanguardia para que no se detenga la lucha de clases en ninguna etapa intermedia. El partido no se satisface con ninguna etapa alcanzada en el transcurso de la lucha proletaria y por lo tanto define el carácter de sus miembros por la adhesión a la revolución como único eje posible de vida. La deformación sectaria de esta concepción de partido fue ver a éste como el único garante de la profundización de toda revolución al margen de la evolución política y social del conjunto de la clase.

Pero el profesionalismo o no del partido y el -- sindicato no tiene nada que ver con el carácter más atrasado o adelantado que tomen la lucha económica y su programa. La Tercera Internacional planteaba para los sindicatos un sistema de reivindicaciones llamadas de transición que unían la situación presente de opresión económica y política, y las reivindicaciones que de esa situación surgían objetivamente, con la lucha por el poder obrero. El programa de los sin

díctos revolucionarios no era ni puede ser otro que un sistema de reivindicaciones organizadas alrededor de un planteo político y organizativo central que -- sirva de puente, de trampolín para la lucha por el poder. Reivindicar actualmente la escala móvil de salarios sin hacer hincapié por la situación de crisis capitalista -- en la imposibilidad de que esto lo cumpla por cuenta propia alguna fracción burguesa, y que sólo sea realizable en la medida que prosperen organismos obreros que ejecuten esa medida en favor de los obreros, es ignorar el carácter mismo de las reivindicaciones de transición. Cuando la Tercera Internacional definía que las reivindicaciones no sólo de ben arrastrar a las masas sino que deben ser de naturaleza organizativa, tanto como organismo de poder -- como para lograr la unidad orgánica de las masas explotadas, estaba diciendo que toda reivindicación de transición susceptible de ser levantada en el período de crisis general del capitalismo, debía plantearse en el terreno del poder obrero.

Hace 50 años, la Tercera definía a esa consigna organizadora como el control obrero pero asentado sobre los "soviets de industria y los sindicatos revolucionarios", y expresamente así lo planteaba porque cualquier otra política lo transformaba en un órgano burocrático de coexistencia con el capitalismo. Y era bajo aquella condición que era susceptible de lograr la "unidad orgánica de las masas en lucha y combatir el divisionismo de los reformistas".

¿Por qué el programa sindical revolucionario, -- que no era otro que el programa del partido para una etapa determinada, no contemplaba "grandes proyectos"? Los grandes proyectos insertos en los programas de reformas del capitalismo, como son el de Muerte Grande, La Falda o el mismo del Sitrac-Sitram, consisten en proponer reformas a la propiedad o a las instituciones del estado. En general se trata de nacionalizaciones, cooperativizaciones, cogestión, consejos económicos, etc. Estos proyectos de reformas en la época de capitalismo floreciente buscaban evitar la concentración omnipotente del estado y la propiedad en manos de la burguesía. Eran estatizaciones o instituciones "obreristas" que habían de complemento de la lucha parlamentaria de los diputados obreros por abrir paso a las conquistas obreras. Pero una vez comenzada la época de crisis irreversible del capitalismo, y ahora en la Argentina, todas esas reformas no son más que ilusiones que suponen mejorar la situación de la clase obrera sin disputar efectivamente el poder. Las reivindicaciones inmediatas, que poco y nada tienen que ver con reformas a la propiedad y al estado, descuelgan a medida que el capitalismo coloca a la clase obrera en los límites de su supervivencia digna. Resaltan cuando la miseria creciente del proletariado y la quita progresiva de sus derechos democráticos son condición necesaria para que el capitalismo pueda seguir acumulando capital. La crisis del capitalismo vuelve a los grandes proyectos una utopía incapaz de movilizar las energías obreras, y convierte a las reivindicaciones elementales en susceptibles de un desarrollo revolucionario. Pero son esas reivindicaciones elementales el terreno lógico de la lucha económica de los sindicatos. Y es justamente aquí donde se plantea el problema del programa y los métodos de los sindicatos revolucionarios.

El Obrero le asigna al partido el papel de propagandista en la lucha económica, lo que no impediría que se ponga prácticamente al frente de ella. Su crítica al programa de los sindicatos de Fiat está orientada desde el ángulo de ideas contra ideas: liberación nacional y social frente a revolución socialista; estado popular frente a dictadura del proletariado. Esa crítica de ideas es justa, pero no basta

ni alcanza para definir cual es el error político -- central del programa de los compañeros de Fiat. Ese programa no es un programa para la acción, no se coloca en el terreno de la actual situación obrera tratando de ligarla con la lucha por el poder. De haberlo hecho así, en vez de enfrentar programas contra programas en el seno del burocrático plenario de grandes combates, hubieran buscado de arrancar algún compromiso inmediato para la acción. Lo contrario -- fue caer en una lucha totalmente abstracta contra la burocracia. En sí mismo, el programa es populista y deja de lado la lucha por el poder obrero. Pero a su vez no tiene nada que ver con la propia experiencia lograda por el proletariado de Fiat de un año a esta parte. Este programa no solo es susceptible de crítica alrededor de sus ideas, lo cual hemos hecho, sino más concretamente porque carece de todo aquello que definimos antes como un programa sindical revolucionario.

REFORMISMO POLITICO Y BUROCRACIA

Pero sigamos el desarrollo del folleto de los compañeros. En página 5, sostienen que los caracteres de un sindicalismo regimientado y controlado por el estado han sido transmitidos a la burocracia. Digamos que la burocracia no es un simple heredero del carácter regimientado de los sindicatos en la época del capitalismo monopolista. En primer lugar, todo sindicato, así fuera hace 100 años, era reconocido legalmente sino se orientaba a liquidar la propiedad privada. Además al conjunto de leyes laborales y sindicales, de por sí, no regimientan efectivamente a los sindicatos sino que lo hacen según la orientación ideológica de su dirección, en este caso, de su burocracia. El mismo sindicato de Luz y fuerza de Córdoba, en manos del reformismo, no debería funcionar -- más que a través de su interventor, de ser fatal lo que dicen los croas. Lejos está de una situación mejorable por el papel opositor al gobierno del toaquinismo.

Los sindicatos de Fiat no podemos decir que sean ejemplo de acatamiento a las leyes estatales. Si lo son todos los sindicatos orientados por la burocracia peronista. Entre permitir la entrada de un vecedor del ministerio de Trabajo o echarlo a patadas me da una línea política determinada.

Nosotros afirmamos que es el reformismo, y en la Argentina el peronismo, el que está detrás de la burocracia y no las formas legales y organizativas. Claro está que la política reformista ha impuesto un régimen burocrático y legal de funcionamiento sindical y una estructura adecuada a ese régimen. Por eso la lucha antiburocrática no se reduce al reemplazo de los dirigentes y de su línea política, sino de todo el régimen y estructuras antidemocráticos y esclerosados actuales, amén de su legalismo. Aclaremos que esto muy justamente también lo plantean los croas. de El Obrero cuando critican la consigna de "recuperar los sindicatos" del SR y Bandera Roja. El mismo sindicalismo peronista en la actualidad es el sindicalismo de las leyes de asociaciones profesionales y de conciliación obligatoria. El sindicalismo revolucionario debe implementar una política práctica contra estas leyes maestras que sujetan a los grandes al aparato estatal.

En la página 7 del folleto se vuelve con la misma incompreensión de fondo de la cuestión de la burocracia. Se señala que la ideología burguesa predomi-

na de manera "natural" en "este sistema". Se refiere a los sindicatos integrados por su mismo carácter al funcionamiento del capitalismo y a su subordinación a todo un sistema legal. Es justamente al revés. Quien se mueve como un pez en el agua dentro del otro es el sindicalismo regimientado dentro de la ideología nacional burguesa. Esta es el basamento de aquí. Si no se termina de entender el papel de sindicatos como el de panaderos en la década del 20, en que su anarquismo los condujo a una total ilegalidad, mientras que los que seguían a los traidores de la Pro - testa mantenían su personería legal.

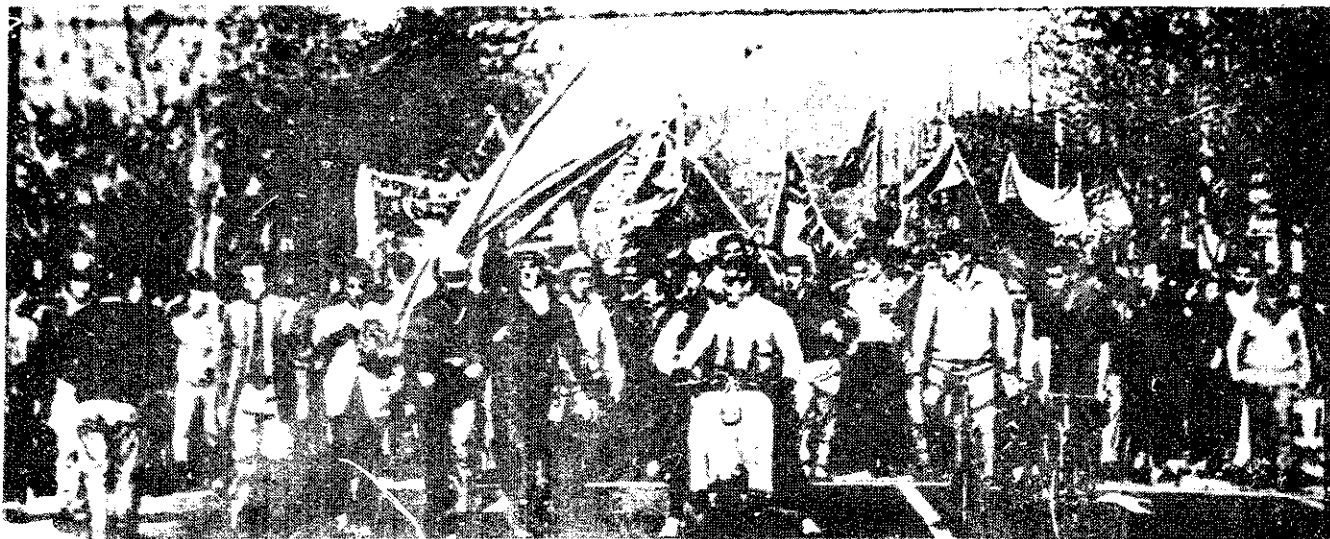
En el párrafo titulado "Allí lejos y hace tiempo" (se titula así por hacer una alusión directa a los primeros tiempos de la socialdemocracia rusa) se destaca la concepción netamente organizativa que del problema sindical tiene el grupo El Obrero. Critica a la izquierda en general, da ejemplos de "U" y el -- PCR, por abandonar el proselitismo político clandestino de "los objetivos últimos del proletariado" y concentrarse en "lograr el liderazgo sindical". No caen dudas que buena parte de la izquierda, en el aspecto meramente práctico, se reduce a convertirse en delegados. El PRI es el ejemplo típico de permitir cualquier capitulación con tal de capturar un puesto sindical. Pero si así lo hace no se por olvidarse de la política (además que de su política, mejor olvidarse), sino por la concepción burocrática, de camarilla, que tienen de la recuperación clasista del movimiento obrero. Con la crítica que hacen los compañeros, parecen olvidarse que en las épocas en que en lo inmediato no se planteaba el asalto al poder, los bolcheviques se proponían la conquista de las masas. En los países de desarrollo capitalista y de un importante movimiento reivindicativo de la clase obrera, conquistar las masas no se daba en el aire sino que significaba conquistar la mayoría en los sindicatos. Es más, el bolcheviquismo señalaba que en algunos países se había dado una división entre la receptividad que lograba el partido en la masa y su débil inserción en los sindicatos, ya que los reformistas seguían detentando el control de los gremios. Por este motivo planteaba expresamente que había que capturar la dirección de ellos. Sucede que la inserción e influencia en el proletariado, para ser efectiva del todo, debe expresarse también en la dirección no sólo política sino también organizativa del proletariado, en todos sus organismos y en los sindicatos.

Lo que la izquierda contrista no resuelve es - cuál es el nexo que une al proselitismo político con la captura del liderazgo sindical. La unidad entre ambas actividades prácticas, el proselitismo y el salir electo delegado, se logra con la unidad programática de la lucha reivindicativa y la lucha por el poder obrero. Para que las consignas generales no aparezcan "descolgadas" deben surgir de la propia situación actual y no imponerse como algo educativo en general. En este sentido El Obrero repite la misma concepción de proselitismo político en abstracto. Si la izquierda reduce su actividad política a discutir planes de lucha y denuncias contra la burocracia sindical es porque está incapacitada políticamente de comprender cuál es la crisis programática de la propia vanguardia y carece de una línea y un programa que hagan de nexo convirtiendo al delegado en dirigente político y a la vez sindical, o sea, en un dirigente del conjunto de la lucha de clases anticapitalista. En la época de florecimiento del capitalismo, este nexo se ponía de manifiesto a través de la democracia burguesa. El diputado al parlamento era también un dirigente sindical y la clase obrera lo votaba alternativa e indistintamente para uno u otro puesto. Como era lógico, su política, tanto en el parlamento como en el sillón del sindicato, era la misma.

Además, e insistiendo una vez más, no se trata sólo que el proselitismo predique los objetivos finales sino que sea capaz de hacer progresar una lucha concreta hacia ese objetivo final. Ejemplo de esto es el sistema de reivindicaciones que hemos planteado en Petroquímica, en La Plata.

Los compañeros de El Obrero reducen el economismo a una forma de trabajo y de militancia, lo cual es una verdad a medias ya que con esto no explican su origen y sus aspectos más relevantes. Tomemos la misma época que sirve de referencia histórica en el folleto de los compañeros. El origen del economismo ruso era ideológico, en especial, hacia al papel del partido obrero en la revolución democrática. El segundo congreso, en que los bolcheviques terminan por batir definitivamente al economismo, pone aquello de manifiesto. El economismo representaba la postración fatalista ante el carácter burgués de la revolución; otorgaba a la burguesía liberal el rol de director político en la revolución que se avecinaba y ubicaba las luchas obreras, precisamente como luchas sindica-

COMUNIA DE FIAT CORDOBA: ESTO ES POLITICA



Las combativas para hacer presión y lograr una brecha democrática a favor de los obreros en el curso de la revolución. El economismo se apoyaba en el que se espontáneo de las luchas obreras, pero su problema no era el espontaneísmo en el aire, como querían tratar algunos stalinistas ocultos como el SR, sino el espontaneísmo ligado a una perspectiva política determinada, la de liderazgo de la burguesía liberal. El propio Lenin se encargó, doce años después del -- Qué Hacer, en precisar su crítica de la espontaneidad en este sentido.

De una u otra manera, toda la izquierda contrista y oportunista se enfrenta y concibe al gobierno revolucionario como un gobierno de los distintos ... frentes. Su amor por lo "concretito" proviene de que en las luchas obreras el frentismo sólo pueda progresar sobre la base de metodologías de lucha sindical y no alrededor de sus distintos objetivos políticos. Es común a toda la izquierda la relevancia metodológica que toma su política sindical. El sindicalismo más que por olvidarse de la política, responde a su búsqueda de la unidad en los métodos duros. En el último número de Política Obrera hay un párrafo en el artículo sobre Fiat Córdoba que se más que significativo. Plantean que las anteriores comisiones de solidaridad con Fiat no anduvieron porque estaba loco, y por el petardismo. Y no por motivos ideológicos, en clara alusión a nosotros. Parece que el burocratismo del toaquismo y el petardismo de algunas tendencias de izquierda vinieran del cielo o se apoyaran sobre la nada, lo cual es lo mismo. En el número 1 de Qué Hacer explicamos este problema no por la pura ideología, sino por los objetivos políticos que cada tendencia perseguía. Claro que para PO los objetivos políticos son abstracciones ideológicas. Un buen ejemplo de lo que los compañeros de El Obrero critican -- en PO.

UN MOVIMIENTO SINDICAL REVOLUCIONARIO

En la página 12, los compañeros sostienen lo siguiente (refiriéndose a la historia del Sitrac-Sitram): "Para la lucha contra la patronal, el gobierno y la burocracia sindical, por las reivindicaciones económicas de la clase obrera basta con la agrupación 23 de marzo (cuando aún no se ha ganado el -- sindicato) y con el propio sindicato cuando éste sea un instrumento en manos de los propios obreros. Que la lucha se pueda librar a través de esos organismos, lo prueba la práctica. Podrán hacerse aportes, correcciones parciales, etc.; pero en lo esencial esa lucha está bien cubierta. Más aún: no sólo no debemos reforzar la confusión entre lucha sindical y lucha política (totalmente explicable en compañeros de una agrupación sindical, pero incomprensible en un grupo que se pretende vanguardia comunista), sino que incluso no es nuestra función principal meterse a dar consejos a los compañeros de Fiat acerca de cómo deben ellos conducir concreta y prácticamente su lucha sindical, sino que nuestra responsabilidad principal es aportar las ideas políticas socialistas, comunistas, en el verdadero sentido de la palabra, si es -- que sabemos algo de esas cosas."

No caben dudas que esto es una apología de lo -- hecho hasta ahora por las direcciones de Fiat. Pero no podemos quedarnos acá. En primer lugar, los compañeros de El Obrero hacen una verdadera división del trabajo en la lucha de clases. La lucha sindical podría conformarse con direcciones combativas e inspiradas en sentimientos de clase. La lucha política, al margen de aquella, necesitaría del partido. El Obrero

se defiende explícitamente la dirección de la lucha reivindicativa de los obreros al margen de la lucha política. Suponer que en Córdoba y en el país, se puede intentar una propaganda socialista al margen de -- un balance político de las actuales alternativas de dirección que se presentan al proletariado, es concebir en forma totalmente idealista la propaganda y la agitación políticas. Es separar el programa por el -- socialismo de la actividad concreta que ahora hacen los obreros de vanguardia. Es meter al partido como algo totalmente descolgado de la actual lucha de clases. Es suponer que pueden coexistir y dividirse al trabajo dirigentes combativos para lo sindical y comunistas para lo político. Es concebir la lucha de -- clases como una seguidilla de compartimientos separados en que caben políticas distintas.

Nosotros sostenemos que la lucha clasista de -- Fiat no alcanza, no sólo para la lucha conciente contra el capitalismo, sino que tampoco resuelve los -- problemas mayúsculos que debe resolver la clase obrera cordobesa. La represión militar preventiva y la -- presión política y económica que sufre el proletariado son temas tanto del activista sindical como del -- activista político, y el papel del partido es orientar ambas luchas con un programa común para la actual etapa. Poder progresar hacia otro cordobazo, en mayor profundidad, es un problema político común al partido y a la vanguardia sindical de Fiat. Cuando nosotros fijamos posición ante Petroquímica, esa posición -- ¿cuál era: sindical o política?. Era para que la lucha de clases en la Plata tomara un definido sesgo anticapitalista y por el poder obrero, y en ese marco resolver el problema sindical del convenio y los despidos. Por el contrario, El Obrero afirma una -- concepción sindicalista de la misma lucha sindical y una concepción abstracta de la lucha política. Quien en Córdoba intenta resolver el problema político que presenta la lucha antidictatorial en las actuales -- condiciones debe comenzar por resolver los problemas de los compañeros de Fiat. Sería absurdo suponer un desarrollo del partido al margen de un vuelco político en Fiat. La aprobación del programa del Sitrac-Sitram revela el tremendo empirismo de la actual dirección y que con ese empirismo no se terminan de resolver los problemas de su vanguardia.

No se trata de "aconsejar" sobre métodos de lucha sino de definir una orientación política bien -- precisa para Fiat, que lógicamente incluye métodos -- determinados. En cada pero sindical de Fiat se juega el futuro político de un sector más que desecado de la vanguardia obrera. Además de implicar una desviación, el punto de vista en que se coloca El Obrero -- es estéril para enfrentar a los partidos de izquierda que actualmente tratan, y a veces logran, orientar la lucha "sindical" de Fiat.

Para construir el partido no alcanza con decir que con direcciones sindicales como las de Fiat no -- basta, porque para el compañero que defiende política y sindicalmente a la dirección de Fiat el partido aparece como innecesario. Pero aparece así porque ya -- encontró esa dirección. Se trata de demostrar la insuficiencia política de la propia dirección del Sitrac-Sitram. Por rechazar la pedantería se cae en una apología de esta dirección que desvirtúa por completo la -- lucha política por el partido.

Para el bolcheviquismo el cómo se dirigiera y -- orientara la lucha reivindicativa era esencial. A tal punto que combatía cualquier asomo de neutralidad o apolitismo de los sindicatos, incluso contra los -- que sostenían que los problemas económicos e inmediatos eran importantes para los sindicatos y de escaso relieve para el partido, el cual debía reducirse a -- propagandear los objetivos últimos. El bolcheviquismo batió todas estas concepciones semejantes a la de los compañeros de El Obrero.

A la dirección de Fiat sería absurdo criticarla estrictamente por su programa. Este representa bastante poco el pensamiento real de la dirección y activistas de Fiat, ya que fue impuesto entre gallos y medianoche por la izquierda perardista. Además el programa no arma a nadie, y por eso no representa ningún movimiento real de la conciencia política de los compañeros. A la dirección de Fiat hay que ubicarla en los hechos que ha producido, tanto en el laudo, como frente a la CGV, como en los paros activos, como en su definición contra el acuerdo radical peronista como el frente populista. La dirección de Fiat no ha dejado de producir hechos políticos. El 3 de marzo, el ferreyrazo, el 15 de marzo, su periódico, su posición frente al laudo, la comisión de solidaridad qué son: hechos sindicales o políticos? Son hechos de la lucha de clases y sobre ellos hay que dar una batalla política para construir el partido.

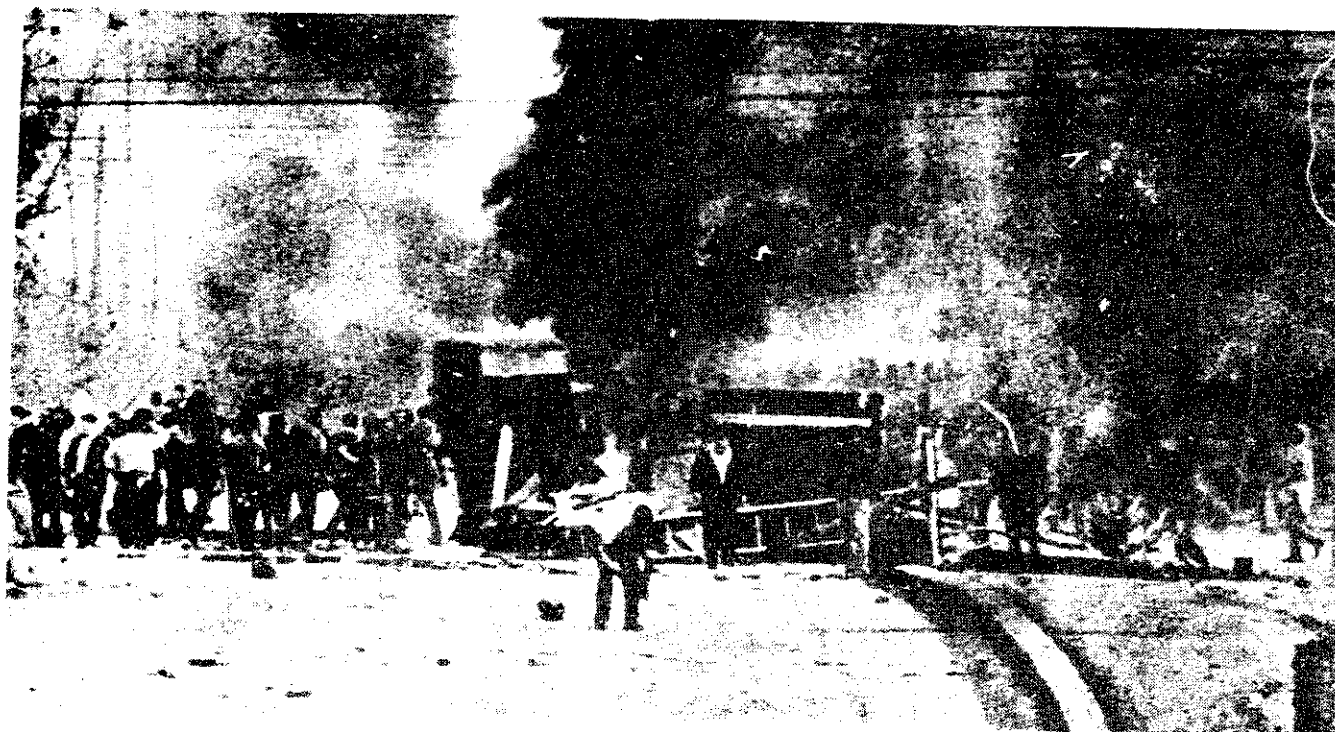
En la misma página se realiza una crítica de la consigna de recuperación de los sindicatos, (que por parte de SR y Bandera Roja) es una verdadera apolo-gía objetiva del burocratismo del actual movimiento sindical. En el caso del SR, conduce a la indiferenciación de los militantes revolucionarios en el terreno de la lucha reivindicativa y antiburocrática; como siempre el SR trata de ubicarse en el nivel promedio o más atrasado de la propia clase. En el caso de BR el proburocratismo es total como lo denuncian justamente los cron. de El Obrero.

Por último resta ubicar correctamente la tarea de la reconstrucción revolucionaria del movimiento sindical. El planteo de formar agrupaciones, sean clasistas, sindicalistas, o sectarias, agrupaciones más vastas que agrupen a todos, parte de reconocer como inevitable el recuperar las formas más esclerosadas y antidemocráticas que tiene el sindicalismo argenti-

no. Las agrupaciones tomaron vuelo en los sindicatos a partir del predominio del peronismo. Como dijimos antes eran la expresión del "partido" peronista en el seno de su base social preponderante. Las listas, tienen como objetivo concurrir a elecciones, organizar un paquete de candidatos que cada uno o dos años se disputen por elecciones secretas, al estilo demoburgués, la manija del gremio. Se reúnen cada tanto y se organizan en forma caudillesca alrededor de los distintos mandones y delegados de la burocracia. Como tales, las agrupaciones no representan nada, ni siquiera un nivel efectivo de militancia obrera. No son escuela de nada, salvo de trenzas y manijeros a favor de los caudillos de turno. Consagran la división de los obreros, obligándolos a ir divididos a las elecciones tras distintas fracciones burocráticas. Como forma organizativa para el combate (que es lo que nos interesa) no sirven para nada. Agrupan formalmente a 100 obreros de una fábrica y a 1 de otra. No son formas de ir agrupando a la masa obrera en una fábrica y en una zona para el combate contra la patronal y la dictadura. Las comisiones internas y cuerpos de delegados son mucho más representativos, pese a su burocratismo, de las necesidades de organizarse para la lucha que las listas. Esta tradición nefasta de las agrupaciones hace que las nuevas listas no sean ningún atractivo para gruesos sectores de la vanguardia obrera. El sectarismo que El Obrero critica en las agrupaciones de izquierda, al englobar sólo a los adherentes a determinados partidos, expresa que la agrupación vale algo sólo para aquellos que adhieren con todo a sus posiciones políticas respectivas.

Para nosotros se trata de ir conformando un nuevo movimiento sindical tras un programa sindical revolucionario y que vaya agrupando al activo obrero en verdaderos órganos de combate. Frente a las nece-

CORDOBAZO: FALTO EL CONSEJO OBRERO PORQUE FALTO EL PARTIDO REVOLUCIONARIO



sidades de mantener las luchas reivindicativas y de hacer frente a la represión militar, que ya ha comenzado, es necesario no formar nuevas agrupaciones sino superar las limitaciones que tiene la actual estructura de delegados y comisiones internas. Se trata de ir organizando a la clase como tal, fábrica -- por fábrica, con enlaces en los barrios cercanos y en fábricas alejadas, y con el movimiento estudiantil. Esta tarea sólo puede realizarse a través de crear una red más o menos permanente de comités de fábrica, o grupos de acción, o comisiones de resistencia, o de lucha, que discutan un programa para hacer frente a la opresión y a la represión policial y militar. Es el comité obrero por sección y por fábrica quien verdaderamente puede organizar y mantener ligados a la mayoría de los compañeros de cada sección para mantener las luchas obreras en alto. La lucha contra la burocracia es incomprensible, en especial en Buenos Aires, sino se apoya en una red de cierta importancia de grupos obreros que garanticen la defensa y la lucha contra la represión burocrática. Para salir a la calle a provocar un cordobazo se requiere otro movimiento obrero por sus objetivos políticos y por sus formas de organización. Los comités obreros por fábrica y ligados entre sí son los únicos capaces de conformar verdaderas interfabricales de bases que puedan cubrir todos los aspectos de organización, de enlace y de autodefensa para enfrentar la represión dictatorial. El consejo obrero surgirá sobre la base de un movimiento sindical revolucionario que se vaya conformando en cada fábrica y taller. Las agrupaciones jamás van a lograr un organismo semejante a través de frentes y acuerdos que encasillen la lucha obrera en una burocrática concepción de recuperar los sindicatos.

Los cuerpos de delegados y su número siempre están en directa correspondencia con la cantidad de obreros de la fábrica. Nosotros preguntamos. ¿Cómo es posible que, según los estatutos de la UOM, 52 delegados sobre 3000 compañeros puedan organizar y mantener el enlace entre todos los compañeros y preparar grupos de autodefensa para sobrellevar una huelga de masas en la calle sino es a través de la formación -- sección por sección de comités obreros que se conformen como verdaderos grupos obreros de combate? Además, es sólo creando una estructura sindical semejante bajo las barbas de la burocracia que es posible mantener la lucha antiburocrática y reemplazar el actual movimiento sindical por otro más apto para la revolución proletaria.

Carlos Monasterios
24/7/71

NOTA:

1). En las tesis sobre táctica del tercer congreso de la III Internacional se señalaba lo siguiente a propósito de las reivindicaciones parciales. "Los partidos comunistas deben de tomar en consideración no las capacidades de existencia y de concurrencia de la industria capitalista, no la fuerza de resistencia de sus finanzas capitalistas, sino la extensión de la miseria que el proletariado no puede y no debe soportar. Si estas reivindicaciones responden a las necesidades vitales de las grandes masas proletarias, si estas masas están penetradas del sentimiento de que sin la realización de estas reivindicaciones su existencia es imposible entonces la lucha por esas reivindicaciones se convertirá en el punto de partida de la lucha por el poder. En lugar del programa mínimo de los reformistas y de los centristas, la Internacional Comunista pone la lucha por las necesidades del proletariado, por un sistema

de reivindicaciones que demoliendo en su conjunto la potencia de la burguesía organicen al proletariado, y constituyan las etapas de la lucha por la dictadura proletaria, y de las que cada una en particular dé su expresión a una necesidad de las grandes masas, -- aún en el caso de que esas masas no se pongan todavía conscientemente en el terreno de la dictadura del proletariado. ...

"Al establecer sus reivindicaciones parciales los partidos comunistas, deben velar porque estas reivindicaciones, teniendo su origen en las necesidades de las grandes masas, no se limiten a arrastrar a estas masas a la lucha, sino que sean por sí mismas de naturaleza para organizarlas.

"Teniendo su origen todas las consignas concretas en las necesidades económicas de las masas obreras, deben ser introducidas en el plan de la lucha por el control obrero, que no será un sistema de organización burocrática de la economía nacional bajo el régimen del capitalismo, sino la lucha contra el capitalismo realizada por los soviets industriales y los sindicatos revolucionarios. No es sino por la construcción de organizaciones industriales de esta especie, no es sino por su trabazón en ramas de industria y en centros industriales, como la lucha de las masas obreras podrá adquirir una unidad orgánica, como se podrá hacer la oposición a la división de masas de la socialdemocracia y los jefes sindicales. Los soviets industriales realizarán esta misión solamente si nacen en la lucha por fines económicos comunes a las más grandes masas de obreros, solamente si crean la trabazón entre las partes revolucionarias del proletariado: el partido comunista, los obreros revolucionarios y los sindicatos en camino de desarrollo revolucionario.

"Toda objeción contra la presentación de reivindicaciones parciales de este género, toda acusación de reformismo o pretexto de esas luchas parciales, se desprenden de la misma incapacidad para comprender las condiciones vivas de la acción revolucionaria -- que se ha manifestado ya en la oposición de ciertos grupos comunistas a la participación en los sindicatos y a la utilización del parlamentarismo. No se trata de limitarse a predicar siempre al proletariado los objetivos finales, sino de hacer progresar una lucha concreta que es la única que puede conducir a luchar por esos objetivos finales...

"La naturaleza revolucionaria de la época actual consiste precisamente en que las más modestas condiciones de existencia de las masas obreras son incompatibles con la existencia de la sociedad capitalista y que por esta razón la lucha misma por las más modestas reivindicaciones adquiere las proporciones de una lucha por el comunismo."

En el mismo congreso, parte de las tesis sindicales afirman:

"Los sindicatos rojos no pueden triunfar de Amsterdam (se refiere a los centristas), no pueden, por consecuencia, triunfar del capitalismo, sin romper de una vez para siempre con esta idea burguesa de independencia y de neutralidad respecto a los partidos. "Desde el punto de vista de la economía de las fuerzas y de la concentración más perfecta de los golpes, la situación ideal sería la constitución de una Internacional proletaria única que agrupara a la vez a los partidos políticos y a todas las demás formas de organización obrera. No cabe duda que el porvenir pertenece a este tipo de organización. Pero en el momento actual de transición con la variedad y la diversidad de sindicatos en los diferentes países, hay que constituir una unión autónoma de sindicatos rojos que acepten en conjunto al programa de la Internacional comunista, pero de una manera más libre que los partidos políticos pertenecientes a esta Internacional."